



COMPañÍAS
PELIGROSAS

CASSIE MILES

e lit

COMPAÑÍAS PELIGROSAS

Cassie Miles



Índice

[Compañías peligrosas](#)

[Argumento](#)

[Personajes](#)

[Acerca de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

Argumento

El hijo de Anya necesitaba seguridad... Y él podía darle eso...Y mucho más.

Anya Bouchard Parrish era una madre soltera que vivía con su hijo en una institución donde el pequeño recibía una educación privilegiada. Todo parecía encajar en su sitio. Sin embargo, Anya jamás se había sentido más inquieta... Y más atraída hacia un hombre que cuando estaba con Roman Alexander, el guapísimo ejecutivo que no dejaba de observarla. Además, Anya no podía quitarse de la cabeza la sensación de que le ocultaba algo.

Roman Alexander tenía una misión secreta: Proteger a Anya. Trabajando de incógnito en aquella corrupta organización, trataba de atrapar a sus compañeros y al mismo tiempo ayudar a Anya y a su hijo a escapar. Lo que no entraba en sus planes era la inevitable atracción que los unía...

Personajes

Roman Alexander: El apuesto administrador jefe del *think tank* Legate Corporation lleva una peligrosa doble vida.

Anya Bouchard Parrish: Tras la muerte de su marido, se limita a buscar los placeres sencillos de la vida... y lo que encuentra es intriga y peligro.

Charlie Parrish: A sus cinco años, el hijo de Anya posee un coeficiente intelectual de genio.

Jeremy Parrish: Científico y marido de Anya. Murió en un sospechoso accidente. ¿Se trató en realidad un asesinato?

Fredrick Slater: Dueño absoluto de Legate Corporation, busca siempre «el mayor bien» ignorando las consecuencias. Y sin importarle los medios.

El doctor Lowell Neville: El psiquiatra de Legate, siempre interesado en métodos de investigación éticamente cuestionables.

Wade Bouchard: El idealista padre de Anya, que abandonó a su familia cuando ella sólo era una niña.

Claudette Bouchard: La brillante madre de Anya acaba de jubilarse de una magnífica carrera como asesora internacional.

Jane Coopersmith: La recepcionista de Legate que lo sabe todo sobre todo el mundo.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Kay Bergstrom. Todos los derechos reservados.
COMPAÑÍAS PELIGROSAS, N.º 71
Título original: Protecting the Innocent
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 2005.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-851-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Acerca de la autora

El ejercicio físico no es la ocupación favorita de Cassie Miles, residente en Denver, pero al menos procura dar un largo paseo cada mañana. Cierta mañana de invierno estaba paseando con una amiga por el centro comercial Cherry Creek cuando se les ocurrió rellenar una solicitud para un concurso. Ganaron un viaje a San Francisco, que por cierto le sirvió a Cassie para documentar debidamente su siguiente novela, *Compañías peligrosas*. Por desgracia, ni una ni otra encontraron su verdadero amor en la ciudad californiana. El servicio de habitaciones del lujoso hotel Ritz-Carlton fue, sin embargo, un estupendo premio de consolación.

Prólogo

Román Alexander corría solo por la estrecha playa de arena. Una película de rocío empapaba su ropa deportiva negra y su espeso pelo oscuro. Aumentó el ritmo de carrera, cortando la densa niebla de la bahía de San Francisco. El ejercicio que no agotaba era inútil. Para fortalecer el cuerpo, había que forzar el límite de la resistencia física.

Cambiando al trote, subió los ochenta y siete peldaños de la escalera de caracol que llevaba a la sede de *Légate Corporation*. Una vez arriba continuó por el sendero de asfalto, de un par de kilómetros de largo. Al otro lado del césped podía ver la silueta del edificio principal, una gran mansión levantada en piedra más de ciento veinte años atrás, al sur de Oakland.

Cuando llegó allí por primera vez para trabajar como administrador jefe y vicepresidente, le recordó inmediatamente un castillo. *Légate* era su reino, uno de los principales «*think tanks*» o institutos de investigación del país. Su lema era *Por el Mayor Bien...* Y Román había creído en ello. Antes. Porque en aquel momento, aquellos muros de piedra gris se le antojaban tan sombríos y ominosos, como las torres de vigilancia de una prisión.

En el Edificio Catorce, cerca de la entrada principal, tomó un desvío, aminoró de nuevo el ritmo de carrera y entró. Aquella rechoncha y fea estructura apenas mayor que un barracón, siempre había funcionado como sede provisional. Precisamente al día siguiente, el grupo de físicos y bioquímicos que trabajaba allí, sería trasladado a un local permanente más cerca de la mansión.

El frío y blanco pasillo que lo dividía estaba lleno de cajones de embalar. Muchos ya se habían trasladado. Román abrió la puerta de un despacho contiguo al laboratorio de bioquímica. Tal y como había esperado, su amigo Jeremy Parrish aún seguía allí, trabajando. Sentado ante su escritorio, tomaba notas como un poseso en un bloc.

—Utiliza el portátil.

—Antes tengo que ver todo esto en papel.

Sin alzar la mirada, Jeremy continuó escribiendo.

—¿Debo ordenar a la empresa de mudanza que te embale en uno de esos cajones?

Jeremy terminó sus anotaciones. Parecía enfermo. Tenía la tez pálida, sin brillo.

—Trabajas demasiado —observó Román—. Tienes un aspecto terrible.

—No es para tanto. Debe de haber algún virus circulando por el laboratorio.

Era un comentario sorprendentemente vago tratándose de un reputado doctor en bioquímica, más que acostumbrado a tratar diariamente con todo tipo de virus e infecciones bacterianas.

—Además—añadió—, quiero completar rápidamente este proyecto para regresar a Denver cuanto antes, con mi familia.

Desvió la mirada hacia la fotografía que tenía en el escritorio: Su esposa Anya y su hijo de cuatro años. Román se fijó una vez más en el niño de aspecto sano y alegre y en la mujer de larga melena de color rubio platino. Siempre había admirado a Anya. Aunque parecía increíblemente delicada, etérea, sus ojos azules brillaban de inteligencia y humor. Siempre estaba dispuesta a reír, a afrontar un desafío, el que fuera. Si no se hubiera casado con su amigo, la habría pretendido de buena gana, renunciando a su reputación de solterón empedernido.

—Eres un hombre muy afortunado, Jeremy.

—Lo sé. Nunca imaginé que algún día sería capaz de tener hijos. Y el pequeño Charlie... —se interrumpió, tosiendo—. Ese niño es la luz de mi vida.

Charlie era la principal razón por la que Jeremy había aceptado trabajar en *Légate*, con proyectos especializados. Los descubrimientos y experimentos realizados en *Légate* habían facilitado el nacimiento del hijo de Anya mediante fertilización artificial. Cuando Jeremy tosió de nuevo, Román le comentó:

—Esa tos suena mal. Tienes que tomarte unos días libres.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —forzó una sonrisa—. ¿Es posible? ¿Es el mismo Román Alexander en persona, capataz de esclavos, quien le está sugiriendo a uno de sus científicos que se tome algún tiempo libre?

Román le sonrió. Muy poca gente se habría atrevido a decirle algo así. Pero su relación con Jeremy era diferente. Se conocían desde que se entrenaban juntos en el equipo universitario de atletismo. Román consiguió una marca récord en los quinientos metros pista que aún seguía imbatida. Jeremy había sido saltador de pértiga.

—Alguien tiene que cuidar de los intelectuales como vosotros —replicó—. Si no apareciera aquí de vez en cuando para echarte un vistazo, te olvidarías hasta de comer.

—Tendré el proyecto terminado para finales de esta semana. Luego pasaré un mes, quizás dos, en Denver, con Anya y Charlie.

—O podrías tomar un avión hoy mismo —le sugirió Román—. El mundo no se hundirá porque no esté a tiempo esta fórmula tuya...

—No puedo dejarlo así. Este antiséptico purificador podrá prevenir muy eficazmente todo tipo de infecciones, sobretodo en las clínicas de países del Tercer Mundo que...

—Vamos, Jeremy...

—Está bien, ya sé que debería irme a casa de una vez. Pero después de terminar este último cálculo. No creo que tarde más de una hora.

Román pensó que si él hubiera tenido a una mujer como Anya esperándolo en casa, habría salido corriendo por la puerta.

—Dales recuerdos a Anya y a Charles de mi parte, ¿de acuerdo?

—Desde luego.

Román abandonó el despacho y atravesó de nuevo el pasillo, esquivando las cajas. Se dijo que él también necesitaba un descanso. Y la sensual abogada con la que estaba saliendo, le había insinuado un par de veces lo mucho que le gustaría pasar un largo fin de semana esquiando en Squaw Valley...

Una vez fuera, la niebla apenas se había levantado. La promesa de otro día gris y sombrío hacía aún más seductora la perspectiva de escaparse a la nieve. De repente, a medio camino de la mansión, le pareció que la tierra temblaba bajo sus pies. ¿Un terremoto? Inmediatamente después oyó las explosiones.

Fueron tres las que reventaron el edificio. Astillas de cristal llovían en medio de las llamas. Cedieron los cimientos de cemento. La estructura entera se desintegró en pedazos. Actuando por instinto, Román echó a correr hacia la puerta por la que acababa de salir hacía tan sólo unos momentos. Pero ya no había puerta. Sólo un impenetrable muro de fuego. Intentó acercarse, pero la onda de calor lo proyectó hacia atrás. Los ojos le escocían. El humo negro le quemaba los pulmones.

Tenía que entrar allí. Cuidar de aquellos científicos era su trabajo. No podía dejarlos morir. Nadie podría sobrevivir a aquel calor, pero tenía que intentarlo... Alguien tiró de él hacia atrás. Aturdido y medio asfixiado por el

humo, no tuvo fuerza suficiente para resistirse. Se quedó sentado sobre los talones, con la mirada fija en el edificio en llamas.

«*¡Jeremy! ¡Dios mío, no!*», exclamó en silencio. Aquello no podía estar sucediendo.

Capítulo 1

—Eso es lo que quería Jeremy —pronunció Claudette Bouchard con su habitual tono autoritario.

—Lo sé, madre.

Anya Bouchard Parrish tenía la mirada clavada en sus manos, entrelazadas plácidamente sobre el regazo como si el corazón no le estuviera latiendo a toda velocidad.

—Esas fueron las instrucciones de tu marido.

Claudette paseaba de un lado a otro del despacho de la mansión *Légate*, con sus delgadas piernecitas de pajarillo. Era una mujer menuda y muy pulcra, exquisitamente arreglada, desde sus zapatillas a juego hasta su elaborado moño a la francesa. Al lado de su madre, Anya se sentía como una torpe gigante, aunque solamente medía poco más de uno setenta. Se recogió un mechón rubio detrás de la oreja, nerviosa.

—¿Por qué dudas? —le espetó Claudette.

Porque Anya no podía creer que su amado y sensible marido hubiese dictado todas aquellas disposiciones en su testamento... Sin mencionárselas jamás. ¿Por qué? ¿Por qué no habían hablado nunca de ello?

Alzó la vista y miró a Fredrick Slater, al otro lado de su mesa de mármol. El fundador y director ejecutivo de *Légate Corporation*. Con su melena gris acero, sus rasgos duros como esculpidos en piedra, quedaban suavizados por una expresión compasiva que durante los últimos días se le había hecho demasiado familiar. Anya era una joven viuda de treinta y dos años, con un hijo de cinco. Todo el mundo sentía lástima por ella, y nadie podía aliviarla de su dolor.

—Anya —insistió su madre, impaciente—. Todos estamos intentando hacer lo correcto. Por el bien de Charlie.

¿Lo correcto? Contuvo un suspiro de amargura. Nada había sido «correcto» desde que Jeremy pereció ocho meses atrás en la explosión que reventó el Edificio Catorce. Murieron tres científicos más. La explosión fue investigada y atribuida a un accidente. Mientras el edificio era desalojado, supuestamente la instalación de gas habría debido estar desconectada. Pero se produjo un escape. Y luego...

Sin quererlo, se imaginó las llamas, el incendio, la destructora fuerza que había acabado con todo. La descripción de Román había sido demasiado vívida, pero aun así ella le había pedido que se la contara con todo detalle. Necesitaba saberlo todo, asimilar de algún modo aquel terrorífico e incomprensible desastre. Un amargo suspiro escapó al fin de sus labios. La pérdida de Jeremy le pesaba como un ancla atada al cuello, arrastrándola a un pozo sin fondo. Ignoraba lo que habría sido de ella sin el firme apoyo de Román.

Ocho meses atrás se encargó de llevar los restos de Jeremy a Denver, para el funeral. Aunque sabía que siempre estaba muy ocupado, se había quedado durante semanas en Denver, cuidando a Charlie y ofreciéndole a Anya un hombro sobre el que llorar. Él, más que ningún otro, había compartido su dolor. Tras su regreso a *Légate*, sus llamadas y correos electrónicos le habían servido de oportuno consuelo en aquellos momentos en que más había echado de menos a Jeremy.

Pero extrañamente, Román no había contactado con ella cuando llegó con Charlie la noche anterior. Una limusina de *Légate* había ido a buscarla directamente al aeropuerto de Oakland.

—¿Dónde está Román? —le preguntó a Slater.

—Fuera de la ciudad. Tuvimos una emergencia en Los Ángeles que requirió su atención inmediata.

—¿Volverá hoy?

—Es lo más probable —inclinándose sobre su escritorio, Slater entrelazó los dedos—. ¿Tienes alguna pregunta concreta, Anya?

—Unas cuantas...

Se levantó de la silla para acercarse a la ventana en forma de arco desde la que se dominaba la propiedad. La hierba de Octubre había desaparecido y los robles y olmos habían perdido sus hojas. Aunque desde allí no podía ver las aguas de la bahía, al otro lado del bosque, su humedad impregnaba el aire formando una finísima bruma.

Directamente bajo la ventana, había un jardín en forma de laberinto. Allí estaba Charlie, tirando de la mano de la mujer encargada de cuidarlo. Acababa de llegar y se dirigía a la fuente de mármol que se levantaba en el centro. A cada vuelta o esquina del laberinto se detenía sólo unos segundos, calculando las probabilidades de que le condujeran a la ruta correcta. Cometió muy pocos errores y en cuestión de minutos llegó a la fuente.

Una orgullosa sonrisa asomó a los labios de Anya. Su hijo poseía un

coeficiente de inteligencia extraordinariamente elevado, lo cual tampoco constituía del todo una sorpresa. No por casualidad, Jeremy había sido un científico brillante, Claudette era doctora en Ciencias Químicas y su padre un físico tan genial como irresponsable, ya que las abandonó a las dos antes de que Anya cumpliera los tres años.

—Deja de perder el tiempo —le dijo Claudette, revoloteando a su alrededor—. Tienes que firmar esos documentos.

Pero Anya continuaba mirando tercamente por la ventana. Sabía que era una decisión muy importante y no quería precipitarse.

—Por favor, no vaya a pensar que soy una desagradecida, señor Slater. Su oferta es generosa y bienintencionada, estoy segura de ello.

—Pero no completamente altruista —admitió—. Si es educado aquí, bajo la tutela de nuestros profesores, tu hijo se convertirá en una de las inteligencias más brillantes de este siglo.

—¿Pero tendrá oportunidad de ser un niño, de vivir una infancia... Normal?

Claudette esbozó una mueca burlona.

—Eso es una tontería.

—Pero para mí es importante —Anya se giró en redondo para encararse con su madre—. Los niños necesitan descansar, poder pasarse una tarde entera tumbados en el césped, si ese es su gusto, contemplando las nubes. O jugando al béisbol. O incluso practicando el salto con pértiga, como su padre.

—Disponemos de instalaciones para todo tipo de actividades extracurriculares —le dijo Slater—. Ya has visto las cuerdas y la piscina.

—Sí.

—Y si tú quieres que Charlie pase el tiempo contemplando las nubes, no hay problema. Tú eres la responsable de su tiempo libre. Sigues siendo su madre.

—¿Qué hay del tiempo para jugar con otros niños? —quiso saber Anya.

—Ya sabes que tenemos otros cinco niños en el programa.

Anya sabía que sus edades oscilaban entre los cuatro y los siete años. Todos ellos habían sido cuidadosamente seleccionados para entrar en el programa *Légate*. Todos poseían un coeficiente intelectual de genio.

—No entiendo por qué sigues dudando —le dijo su madre—. Si te quedaras en Denver, probablemente tendrías que volver a trabajar, y Charlie perdería buena parte de su tiempo en un centro de atención diaria. Piensa en tu hijo, Anya. En mi nieto. Se merece la oportunidad de desarrollar todo su

potencial.

Pero aquel arreglo le parecía antinatural. Aunque Anya conservase la patria potestad de Charlie, *Légate* se encargaría de todo lo demás. Ellos lo educarían y les facilitarían un hogar para los dos. Anya incluso recibiría un estipendio. ¿Por qué? ¿Simplemente por ser su madre? Detestaba la idea.

—¿Qué pasa con mi vida? —inquirió—. ¿Y si decido volver a casarme?

—¿No has leído el contrato? —replicó su madre—. No estás obligada a nada. En el momento en que decidas retirarte del acuerdo, sólo tendrás que reponer los gastos a *Légate* y marcharte.

—Lo sé.

Había estudiado aquella cláusula con un abogado, que no había detectado problema alguno en ella. La indemnización que había recibido por el seguro de vida de Jeremy le permitiría pagar cualquier deuda que contrajera con ellos.

En contraste con Claudette, Slater se mostraba sutilmente persuasivo:

—Anoche te quedaste a dormir en la casa en la que Charlie y tú habitaréis, si al final te decides a aceptar. Convendrás conmigo en que es lo suficientemente grande como para dar cabida a una persona más, en caso de que llegaras a casarte otra vez... De hecho, fue el propio Jeremy quien la eligió.

Era obvio que Jeremy había deseado lo mejor para su hijo. En esas circunstancias, ¿cómo podía negarse ella? Slater continuó:

—Si te casas y tienes más hijos, buscaremos una casa aún mayor.

Pero las probabilidades de que Anya volviera a quedarse embarazada eran bastante escasas. Nunca habría tenido a Charlie sin el programa de fertilización artificial que *Légate* había diseñado. Su madre tenía razón. ¿Para qué perder el tiempo con un futuro hipotético? Lo importante era proporcionarle lo mejor a Charlie. Se acercó al escritorio y tomó el bolígrafo. Recorrió con la mirada las páginas de apretada letra. Había leído tantas veces aquel contrato que casi se lo sabía de memoria. Pero entonces... ¿Por qué se mostraba tan reacia a firmarlo?

—Quizás lo que te preocupe es cómo vas a pasar el tiempo que Charlie esté en la escuela —añadió Slater.

—He pensado que podría encontrar una plaza de profesora en la zona.

—Permíteme que te haga una oferta —le dijo con una amplia, bondadosa sonrisa—. Sé que estás especializada en lingüística.

Anya dominaba numerosas lenguas y había enseñado español, francés y

japonés, aparte de trabajar como traductora.

—¿Así que también tiene un trabajo para mí?

—*Légate* es una empresa de proyección internacional. Tenemos una regular necesidad de traductores. A jornada media y completa.

—Acepto.

Tendría un empleo. Charlie tendría compañeros de juego y recibiría una fantástica educación. La casa en la que se alojarían era encantadora, las instalaciones magníficas. Todo aquello le parecía demasiado bueno para ser cierto. Firmó las tres hojas del contrato.

Román entró en el sendero circular que llevaba a la mansión *Légate* y aparcó cerca de la puerta. El trayecto desde el aeropuerto apenas había calmado su frustración. No era una simple casualidad que la supuesta emergencia de Los Ángeles hubiera coincidido con la llegada de Anya y Charlie a San Francisco. Slater se había inventado aquella excusa para mantenerlo alejado de Anya. ¿Habría firmado el contrato? Román no había podido advertirla de los peligros. No sin revelar su identidad y poner en riesgo su investigación.

Una vez en el suntuoso vestíbulo de la mansión, se dirigió hacia la mesa de Jane Coopersmith, la recepcionista.

—Buenas tardes, Jane.

Mirándolo por encima de sus gruesas gafas, lo saludó con un movimiento de la cabeza y le presentó varias notas, con llamadas que había recibido. La primera era del doctor Neville, jefe del departamento de psiquiatría de *Légate*, marcada con el sello de «urgente». Desgraciadamente, Neville tendría que esperar.

—¿Dónde puedo encontrar a la señora Parrish y a su hijo?

—En las cuadras —respondió la secretaria, sin dejar de consultar sus papeles.

Jane no estaba en absoluto dotada para la conversación, pero podía procesar cualquier dato más eficazmente que cualquier ordenador. Román, sin embargo, nunca cometía el error de tratarla como una máquina. La sonrisa que le lanzó habría sido capaz de derretir hasta a una piedra.

—Tú siempre lo sabes todo, Jane. ¿Qué sería este lugar sin ti?

—El caos —fue su complacida respuesta.

Se dirigió hacia la parte trasera de la mansión atravesando el comedor de empleados, ya vacío. Siempre que Román entraba en la sede, se sabía bajo vigilancia. Como todo el mundo, sus teléfonos y su ordenador estaban

intervenidos con micrófonos. El sistema de seguridad de *Légate* habría hecho palidecer al del Pentágono. Por supuesto, tales precauciones eran necesarias. *Légate* trabajaba en numerosos proyectos secretos del gobierno de Estados Unidos y de otros regímenes de todo el mundo. Sin embargo, la meticulosidad de aquella vigilancia se debía a la morbosa necesidad de Slater de controlar cada detalle. Todo lo sabía. No se le escapaba absolutamente nada.

Por eso, siempre que entraba en la sede, Román mantenía la guardia bien alta. Resultaba fundamental mantener el engaño, la ilusión de que era un ejecutivo leal y abnegado. Lo cual, sin embargo, complicaba terriblemente su vida.

Aunque hubiera podido contactar con Anya, no habría podido hablar sinceramente con ella del contrato que le habían propuesto. Y aunque hubieran podido mantener esa conversación con un mínimo de seguridad, tampoco habría podido proporcionarle pruebas sólidas de que las intenciones de *Légate* no eran en absoluto altruistas. Aparentemente aquel contrato significaba una gran oportunidad para Charlie, pero su intuición le aseguraba todo lo contrario.

Pasó por delante del laberinto, de camino a las cuadras. Fue entonces cuando la vio. Montada en una yegua moteada, cabalgaba por el borde del bosque. La brisa hacía ondear su larga y sedosa melena rubia. Y estaba riendo, más feliz y despreocupada de lo que la había visto desde la muerte de Jeremy.

Tenía a Charlie montado delante. El cabello del niño era de un rubio más oscuro y tenía los ojos grises, pero por lo demás, el parecido era más que evidente. Ambos hacían una estampa magnífica, bellísima. Román sintió el abrumador impulso de abrazarlos y sacarlos inmediatamente de allí, lejos de aquellas malditas intrigas.

Anya lo vio y lo saludó con la mano, guiando su montura hacia él con mano experta. Charlie daba saltos en la silla, alborozado.

—Hola, Román. ¿Sabes? Voy a aprender a montar yo solo. Esta yegua se llama Peggy, por Pegaso, pero la verdad es que no sabe volar.

Anya detuvo la yegua frente a Román. El ejemplar estaba perfectamente entrenado y cuidado. Todo en *Légate* era de primera clase.

Román extendió los brazos para recibir al pequeño.

—Haz el helicóptero —le pidió Charlie.

Román lo levantó en alto y dio varias vueltas en redondo antes de bajarlo

al suelo.

—Vamos a quedarnos a vivir aquí —le anunció riendo, cuando se le pasó el mareo.

—¿De veras?

—Voy a aprender a fabricar mi propio helicóptero y muchas otras cosas. Y además...

Mientras Charlie continuaba hablando, Román alzó la mirada hacia Anya. Su elegante silueta se recortaba contra el cielo. El azul de sus ojos quitaba el aliento. El ejercicio físico había coloreado sus mejillas.

Desmontó ágilmente. Sin soltar la brida, tomó a Román de la cintura, un saludo que a él le resultó absolutamente insatisfactorio. Porque le habría gustado sentir su cuerpo apretado contra el suyo, acariciar sus finos hombros y su cintura esbelta...

—Ya me he decidido —le informó—. He firmado el contrato.

Román asintió. Ojalá hubiera podido decirle que había hecho lo más adecuado.

—No tenías otra elección.

—Y voy a trabajar aquí de traductora. Así que supongo que vas a ser mi jefe...

Curioso. Slater debía haber previsto que Anya se aburriría allí sin un empleo. Además, viviendo y trabajando allí, *Légate* podría controlarla con mayor eficacia.

—Tengo que advertirte que soy muy exigente.

—No hay problema —sonrió—. Porque yo soy muy buena.

—Súbeme otra vez —reclamó en aquel instante Charlie—. Quiero seguir montando a Peggy.

—Tranquilo, Charlie —lo amonestó su madre—. Incluso los vaqueros piden las cosas con más educación que tú.

—Por favor, Román —suplicó—. Quiero montar más...

—Muy bien —levantó al niño y lo sentó en la silla—. Pero es difícil mantener el equilibrio, así que tendrás que agarrarte a esto. Es el pomo de la silla, ¿ves?

—Comprendido. ¡Adelante!

Román lo llevó de la brida, hacia las cuadras. Sabía que cada palabra de su conversación podía estar siendo grabada en aquel preciso instante. Y había cámaras vigilándolo todo desde diferentes ángulos.

—Creo que este arreglo será perfecto. No sé por qué he dudado tanto

antes de firmar el contrato.

—Bueno, es un cambio muy grande, ¿no? Dejar tu casa de Denver...

—Pero ya nos hemos trasladado antes, muchas veces —repuso Anya—. Yo he estudiado en cuatro, no, en cinco colegios e institutos distintos. Teníamos que irnos a donde nos exigía el trabajo de mi madre como asesora.

—¿Qué tal está Claudette, por cierto?

A Román no le caía bien la madre de Anya. Era fría como un cubo de hielo, exactamente todo lo contrario que su hija.

—Ha alquilado una casa al otro lado de la bahía. Supongo que pensará quedarse en San Francisco por un tiempo.

—Para estar cerca de los dos.

—Es extraño —soltó una risita—. Claudette nunca ha sido precisamente un modelo de madre cariñosa.

—Ya. La típica abuela que siempre está encima de su nieto, ¿no? O la de los cuentos.

—Dudo que haya leído uno en su vida. Y mucho menos que se lo haya creído.

—Pero tú sí.

—Efectivamente —se echó hacia atrás la melena rubio platino—. De hecho, yo creo en los cuentos de hadas. Suceda lo que suceda, siempre tiene que haber un final feliz.

Pese a la simplicidad de sus palabras, Román percibió un matiz de determinación en su voz. Evidentemente estaba dispuesta a ganarse a pulso su propio «*final feliz*».

—Y tal vez ese final se produzca aquí. «*Y vivieron felices para siempre...*». Quizás *Légate* sea lo que llevo buscando toda la vida.

No quiso descorazonarla. Eran muchos los indicios que apuntaban lo contrario. En un cuento de hadas, *Légate* sería como un maligno reino, gobernado por un ogro llamado Slater.

—Tengo entendido que dispondréis de una casa en la finca.

—Es preciosa. Perfectamente amueblada —lo miró buscando una respuesta que él no podía darle—. Pero sigo pensando que es muy extraño que Jeremy jamás me comentara este plan. Dejó meticulosamente reseñados todos estos detalles en su testamento.

Román tenía sus dudas de que el testamento de Jeremy fuera auténtico. Seguramente habría sido amañado por el equipo jurídico de *Légate*.

—A mí tampoco me dijo nada.

—Qué raro —repitió—. Para que te hagas una idea, Jeremy y yo estuvimos dos semanas hablando del sofá que íbamos a comprar. Y de repente elabora en un santiamén este grandioso plan, que trastorna por completo nuestra vida.

—Bueno, tampoco es algo tan extraño en él. Recuerdo que una vez compró un coche sin probarlo siquiera —le recordó Román.

—Porque le gustaban los adornos del capó.

—Era capaz de tomar decisiones rápidas.

—Eso es cierto. El testamento fue firmado pocas semanas antes de su muerte. Probablemente pretendía discutirlo conmigo cuando volviera a Denver.

Román advirtió que, al hablar de Jeremy, el azul de sus ojos se tornaba sombrío, apagado, triste. Seguía sufriendo, y a él le dolía terriblemente verla sufrir. Su marido no debería haber muerto.

Si hubiera sido más listo, habría podido evitar la tragedia. Sospechaba que la explosión había sido provocada, pero seguía ignorando el posible motivo. ¿Por qué habría de querer matar Slater a sus propios científicos, a la gente que trabajaba para él? Eran buenos empleados, discretos, tranquilos y eficaces. ¿Por qué tuvieron que morir? Había pasado los últimos ocho meses analizando los proyectos en los que estuvieron trabajando y aún seguía sin tener una respuesta.

—¿Sabes? Me alegro de verte —le confesó Anya.

—Y yo a ti. Has engordado.

—¿Perdón?

—Era un cumplido —después de la muerte de Jeremy la había visto adelgazar hasta quedarse como un palillo, incapaz de comer—. Tienes un aspecto sano, saludable.

—¿Saludable? ¿Como el de una vaca en una feria de ganado? —arqueó las cejas—. Si no actualizas tu táctica de flirteo, me temo que te quedarás soltero para toda la vida.

—Eso no ha tenido nada que ver con ninguna táctica de flirteo.

—¿Y por qué no? Puede que seamos amigos, pero yo también soy una mujer soltera. Y de acuerdo con tu reputación, ahora mismo deberías estar seduciéndome. Como con cualquier otra mujer...

—Tú no eres cualquier mujer.

Era la esposa de otro hombre. Por lo que a él se refería, y a pesar de que Jeremy estaba muerto, ella seguía estando casada.

Desde lo alto de la yegua, Charlie reclamó su atención:

—¡Mamá, mira! Estoy montando sin manos.

—Agárrate al pomo de la silla —le recomendó—. O se caerá usted al suelo, señor vaquero.

—Quiero ir más rápido. Por favor...

—Ésta es la primera vez que montas a caballo —le recordó su madre—. Tómatelo con un poco más de calma.

—De acuerdo, mamá.

Anya se volvió hacia Román, retomando la conversación donde la habían dejado:

—Muy bien, soltero número uno, lánzame un cumplido de verdad. Te aseguro que lo necesito.

Durante años había intentado no pensar en Anya como en una mujer disponible, pero ella misma se lo había buscado. Bajó la guardia. La fachada de discreción y cortesía desapareció. Permitió que deseos inexpresados aflorasen a la superficie. Pensamientos que habían estado bullendo en el fondo de su mente desde el primer día que la conoció.

Contempló con ojos brillantes su rostro en forma de corazón. Bajando la voz hasta convertirla en un suave murmullo, le confesó:

—Cuando te veo aquí, bajo el sol, con el viento haciendo ondear tu pelo y los labios tan delicados como pétalos de rosa... Me convengo de que los milagros existen. Atesoraré esta visión tuya durante el resto de mi vida.

—¡Oh! —exclamó, sin aliento.

Saboreando el efecto provocado, le tomó una mano y le besó levemente los nudillos.

—¡Vaya! Sí que eres bueno —retiró la mano, abanicándose el rostro—. No me extraña que tengas miles de chicas suspirando por ti.

Román desvió la mirada y siguió caminando. Aunque aquel flirteo no había sido más que un juego, en el fondo había pronunciado aquellas palabras completamente en serio. Quería tocarla, besarla, hacerle el amor...

La madre de Anya y Fredrick Slater los estaban esperando en las cuadras. El hecho de ver a Slater le produjo a Román el mismo efecto de una ducha de agua fría.

—Ahí están —comentó Anya—. Claudette y Slater. Casi parecen una pareja, ¿verdad?

«*Semejantes en ambición e inteligencia*», pensó Román. Habrían representado a la perfección el papel de Macbeth y señora.

—Casi.

—Román, al firmar este contrato... ¿Tú crees que he hecho lo correcto?

—Todo saldrá bien...

Jamás permitiría que algo malo le sucediera a ella o a Charlie.

En las cuadras, Slater no perdió el tiempo en llevarse a su empleado a un aparte:

—¿Resolviste ese problema de Los Ángeles?

—No era nada —contestó Román—. Un simple error de comunicación.

—Supongo que Anya ya te habrá dicho que Charlie y ella se quedarán a vivir aquí...

—Sí.

Se puso las gafas oscuras, para evitar que su mirada pudiera traicionar la hostilidad que sentía hacia aquel hombre.

—Me parece que se encuentra algo incómoda. Y eso no es bueno para la evolución de Charlie. El chico necesita sentir *Légate* como su hogar, y es importante que su madre le trasmita esa aceptación.

—¿Según quién?

—Según el doctor Neville, el psiquiatra.

—Por cierto, tengo un mensaje urgente de su parte.

—Sí, lo sé.

Slater mantenía las manos entrelazadas a la espalda. Con su elegante traje de tweed y su cabello gris perfectamente peinado, parecía un terrateniente de paseo por su enorme finca. Román alargó su zancada. Era bastante más alto que su jefe y quería que apresurara el paso para poder mantenerse a su altura.

Pero Slater pareció adivinar sus intenciones, porque se detuvo en seco. Mirándolo fijamente, le espetó:

—Tú tienes una relación especial con ella.

—Conozco a Anya desde hace años.

—Ha hecho un gran trabajo criando al chico. Neville me comentó que es conveniente dejar a Charlie con su madre hasta que tenga cinco años y haya fortalecido su relación con nosotros.

—¿Y luego qué?

—La educación, por supuesto. Expandir los horizontes de referencia del niño.

Slater estaba hablando de todo aquello como si se tratara de un experimento.

—Exactamente... ¿Cuáles son tus objetivos con Charlie?

—Educar y desarrollar su inteligencia. Y al mismo tiempo debe convertirse en un individuo modelo. Demasiados de nuestros genios son antisociales, amargados. Charlie funcionará al máximo nivel en todos los aspectos: El teórico, el creativo, incluso el político. Con el tiempo, podría llegar a ser hasta presidente de los Estados Unidos.

¿Realmente creía Slater que podía programar un presidente a su medida? Aquel plan le recordaba los delirios de un doctor Frankenstein del siglo XXI.

—Ese chico... Será mi legado.

¿Su legado? Román se dijo que Slater no era ni el padre ni el abuelo del niño.

—Necesito tu ayuda, Román.

—¿Cómo?

—Mientras Charlie se adapta al nuevo programa, quiero que su madre sea feliz. Quiero que se alegre de haber tomado la decisión de quedarse aquí. Encárgate de ello.

—¿Podrías ser algo más concreto?

—Anya necesita un hombre.

Román no podía dar crédito a sus oídos. Aquel maquiavélico canalla le estaba ordenando que hiciera lo que había deseado hacer durante años. Quería que se convirtiera en el amante de Anya.

Capítulo 2

A las siete de aquella tarde, Román contactó con Maureen. Pelirroja, con sus vaqueros ajustados y su blusa transparente, proyectaba una imagen peligrosamente sensual. Aunque su apariencia era lo que menos le importaba de ella. De hecho, Maureen no era ninguna cita. Era su contacto en la CIA: Una agente de operaciones especiales.

Se citaron en un restaurante de Oakland, pero no se quedaron a comer. Después de un rápido saludo se dirigieron a su coche, al fondo del aparcamiento. Maureen se sentó al volante y encendió la radio. En lugar de música, se oyó un persistente zumbido.

—Este ruido de interferencia bloqueará cualquier micrófono o artilugio de escucha que esté apuntando hacia nosotros.

—Bonita canción.

—Ya sabes que me encantan mis juguetitos de agente secreto.

Era su contacto desde hacía un año. Cuando Román se enteró de que *Légate* había estado desviando regularmente fondos federales para un país de otro continente, se incorporó a la nueva misión. Y le asignaron a Maureen, una bella mujer que podía pasar perfectamente por una de sus amantes.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

—Me preocupan dos personas inocentes que actualmente están viviendo en *Légate*. Anya Bouchard Parrish y su hijo Charlie.

—Se trata de la mujer del amigo tuyo que asesinaron, ¿verdad?

—Sí. Slater la convenció de que firmara un contrato que le permitiera educar y hacerse cargo de su hijo.

—¿Por qué?

—Charlie tiene un coeficiente de inteligencia de genio, y Slater quiere desarrollarlo, prepararlo para la política. Convertirlo en una especie de heredero. «*Su legado*», lo llama él.

—Pero él no está emparentado con el crío, ¿no?

—No.

A la luz mortecina del tablero de mandos, Román vio que fruncía el ceño.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco —repuso, aunque algo había reflexionado al respecto—.

Anya participó en un programa experimental de fertilización artificial en *Légate*. Fue así como concibió a su hijo. Tal vez Slater se sienta de algún modo como su... Copropietario.

—¿Qué piensa la señora Parrish de todo esto?

—No lo sabe —respondió, ceñudo. Nada de todo aquello tenía sentido—. Pero al llevar a su hijo a *Légate*, ella cree estar cumpliendo con la última voluntad de su marido.

—¿Por qué?

—Jeremy dejó establecido en su testamento que deseaba que su hijo estudiara en la escuela de *Légate*, y que empezara a la edad de cinco años.

—¿Tú crees que él habría hecho una cosa así?

—La verdad es que no. Si la firma de su testamento es falsa, ¿sería posible comprobarlo?

—Consígueme el original. Nuestros expertos se encargarán de hacerlo.

Román sabía que eso no sería fácil. No quería alarmar a Anya pidiéndole que le dejara ver el documento.

—Pero aunque el testamento hubiera sido falsificado, eso no explica por qué Slater está tan obsesionado con Charlie. Ciertamente, el crío es inteligente, pero en *Légate* hay decenas de niños así. ¿Por qué Charlie?

—Quizás exista alguna conexión en el árbol genealógico de Anya. ¿Quieres que lo investiguemos?

—No es necesario.

Pensó que la intimidad de Anya ya había sido vulnerada con creces. Además, sabía lo suficiente de su padre como para prever que una investigación de ese tipo sería problemática.

Maureen se recogió su melena cobriza en la nuca, con una horquilla.

—Vamos a la pregunta principal. Madre e hijo... ¿Están en peligro?

—Charlie no. A él lo tratarán como a un príncipe.

—¿Y su madre?

Román había pensado mucho sobre aquello. Y había llegado a la conclusión de que no corría un peligro inmediato.

—Por el momento está a salvo. Slater no permitirá que le suceda nada que pueda traumatizar a su hijo.

—¿Entonces por qué has contactado conmigo?

—Quería avisarte. Si se demuestra que estoy equivocado y Anya llega a correr un peligro real, abandonaré la cobertura. Renunciaré a la misión.

—Sería una pena. Tu trabajo allí dentro nos ha facilitado excelentes

pistas.

—Yo no estoy hecho para el trabajo de agente secreto. Me siento como un canalla mintiendo de esta manera a la gente.

—Procura no cometer ningún error. Hasta ahora lo has hecho muy bien. Gracias a tus informaciones hemos podido frustrar varios planes terroristas, impedir un golpe de estado en Burma y cerrar una fábrica de armamento ilegal.

—Por el mayor bien —pronunció, en irónica referencia al lema de *Légate*—. También quería decirte otra cosa. En el futuro, puede que dejes de ser la persona más adecuada para contactar.

La sonrisa de Maureen brilló en la oscuridad.

—¿Quiere eso decir que vas a romper conmigo?

Era una broma. Nunca había habido nada entre ellos, excepto una relación profesional.

—Ya no podré seguir teniendo citas. Mi actual misión en *Légate* no es otra que hacer feliz a Anya. Ya sabes, enamorarla.

—¡Oh, vaya! —exclamó, indignada—. Eso clama al cielo, Román. ¿Piensas seducir a propósito a esa pobre mujer?

—¿Has dudado tú alguna vez en servirte de tus atributos físicos para conseguir tus propósitos? —contraatacó él.

—Pero eso no es propio de ti —lo miró a los ojos—. Tú odias el engaño, el fingimiento...

—Anya no saldrá perjudicada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello?

—No le mentaré. Anya no volverá a sufrir ningún daño. Nunca más.

—¡Oh, Dios mío! —volvió a exclamar Maureen, recostándose en su asiento—. Realmente quieres a esa mujer...

No imaginaba hasta qué punto.

Después de acostar a Charlie, Anya se inclinó para darle un beso en la frente. Se había quedado dormido a las nueve, una hora algo temprana, pero había sido un día lleno de sorpresas y acontecimientos.

—Que duermas bien, corazón.

Solamente en momentos así podía estar sola y reflexionar con tranquilidad. Durante el último mes, sus reflexiones se habían concentrado en una única pregunta: ¿Debía o no firmar el contrato con *Légate*? Pero al fin se había acabado el proceso de decisión. La tinta del documento estaba seca y todo indicaba que había hecho lo mejor para Charlie. Sin embargo, ¿por qué

seguía sintiendo aquella opresión en el pecho?

De pie en el centro del salón, giró lentamente sobre sí misma. La casa no estaba decorada exactamente como a ella le hubiese gustado, pero se acercaba bastante. El mobiliario era de mejor calidad que el de su apartamento de Denver. No podía quejarse. Era un hogar tan cómodo como acogedor. Y gratis.

Su mirada viajó de la gran pantalla de cristal líquido del televisor hasta la encantadora chimenea de piedra. No, no era esa la vida que había imaginado para sí misma. Todo era... Demasiado organizado. Ella había deseado algo más... Espontáneo, incluso aventurero. Un fin de semana de vacaciones decidido en un impulso, al calor del momento. Una sorpresiva visita de algún amigo. Pero dudaba que nada de eso estuviera incluido o previsto en el programa de *Légate*. «*Espontáneo*» sería una palabra carente de significado en el vocabulario de Charlie.

Aunque tal vez fuera mejor así. Recorrió el primer piso de la casa apagando las lámparas, dejando solamente una encendida en caso de que Charlie se levantara durante la noche. En la puerta principal, apagó también la luz del porche y salió a la oscuridad. La casa se levantaba en mitad de un bosque, lo que acentuaba la impresión de soledad, de aislamiento. Desde allí no podía divisar la mansión *Légate*, pero uno de los edificios aledaños estaba solamente a unos veinte metros de distancia tras los árboles.

Hacía una noche hermosa. La brisa otoñal era de un frescor estimulante. Se apretó el cinturón de la bata de franela y aspiró profundamente. El aire olía a tierra húmeda, a cedro, a pino. Si se concentraba lo suficiente, podía incluso reconocer el leve aroma de la bahía... De repente, en el borde del bosque, advirtió un movimiento. Si se trataba de un animal, era mucho mayor que una ardilla.

—¿Quién anda ahí?

Un hombre salió de entre las sombras.

—Buenas noches, señora.

Anya se dijo que no debería sentirse sorprendida. Había varias personas residiendo en aquella zona.

—Hola. ¿Nos conocemos?

—No, señora.

Conforme se fue acercando a ella, pudo reconocer el uniforme azul marino del servicio de seguridad de *Légate*. El guardia llevaba los pantalones metidos dentro de las botas de media caña, al estilo militar. Parecía ocultar

algo en la mano derecha, pegada al muslo.

—Me llamo Anya.

—Sí, señora. Lo sé.

—¿Y usted es...?

—Harrison.

—¿Va usted armado, Harrison? —le preguntó.

Por toda respuesta, le mostró lo que le había estado ocultando. Un rifle automático. Anya se quedó sorprendida y algo enfadada.

—¿Por qué lleva ese rifle?

—Por los intrusos —empezó a retroceder, desapareciendo entre las sombras—. Lamento haberla molestado, señora...

Sabía, por supuesto, que *Légate* manejaba información muy sensible, de tipo político y científico. La seguridad era necesaria, pero no había esperado una vigilancia constante a cargo de guardias armados. ¿Por qué resultaba tan necesaria semejante protección? La brisa de la que tanto había disfrutado unos minutos antes se enfrió de repente. Una vez dentro, cerró la puerta. Conciliar el sueño estaba descartado. Vagó de nuevo por la casa, encendiendo otra vez las luces. Se dijo que había cometido un terrible error. No podían vivir allí. ¡No, con un guardia armado patrullando delante de su puerta!

Dio un respingo cuando sonó el timbre del teléfono. Lo descolgó de inmediato.

—¿Diga?

—Soy Román. ¿Qué tal estás?

—¿Quieres explicarme cómo es que los guardias de seguridad llevan una ametralladora?

—No es una ametralladora, es un fusil específicamente diseñado para...

—No me importan los detalles. ¿Tan peligroso es este lugar? ¿Qué tipo de intrusos temen que se cuelen aquí?

—Estoy en la mansión, Anya. Si quieres, puedo acercarme a tu casa ahora mismo...

—Date prisa.

Colgó el teléfono y se acercó a la ventana para verlo llegar. Román debería habérselo advertido. A él jamás se le habría ocurrido ponerlos a los dos en peligro...

A la luz del porche, lo vio acercarse a paso rápido por el sendero que llevaba a la casa. Se había cambiado el traje por unos vaqueros y una chaqueta de cuero negro que le daba un aspecto fiero, peligroso... Román era

un hombre muy alto, de más de un metro noventa, fuerte y musculoso.

No le dio tiempo a llamar. Abrió la puerta y se llevó un dedo a los labios:

—Shhh... Charlie está durmiendo.

—¿Estás bien?

—Un poquito asustada —le confesó.

Cuando entró, su energía masculina pareció llenar toda la casa. Anya habría jurado que la temperatura ambiente subió varios grados. Apoyando las manos sobre sus hombros, la miró a los ojos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó con voz ronca.

—Hace un rato salí al porche a tomar el aire y me encontré con un vigilante de seguridad vestido como un comando. ¿Por qué está aquí?

—Este es un think tank internacional. Trabajamos con proyectos de alto secreto. Los guardias son una medida de precaución.

—¿Contra quién? ¿Terroristas? ¿Es que he traído a mi hijo a vivir a una zona de guerra?

Román le lanzó una sonrisa cálida, reconfortante, al tiempo que le apartaba el cabello de la frente con extremada delicadeza:

—Aquí estás a salvo.

Él mismo se preguntó cómo podía haberle dicho eso. Sobretudo cuando su marido había muerto allí, víctima de un sospechoso accidente.

—Cuando Charlie vea guardias armados, se asustará.

—Lo dudo. Puede que tu hijo sea un genio, pero también es un niño normal. Sentirá curiosidad y...

—¡Eso es todavía peor! No quiero que se sienta cómodo viviendo rodeado de hombres armados, ni que se familiarice con las armas... —cerró los puños, como dispuesta a luchar contra un enemigo invisible—. No sé, Román... —pareció vacilar—. Puede que esté exagerando...

—Quizás... —Le alzó la barbilla para mirarla directamente a los ojos—. ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

—No lo sé.

Se quedó mirándolo, distraída. Un mechón de cabello negro le cayó sobre la frente. Sus ojos profundos brillaban con una luz extraña, irresistible, magnética. Mirándolo tan de cerca, el iris de sus pupilas no era completamente negro, sino de un tono castaño intensamente oscuro. Su fuerte mandíbula tenía una sombra de barba. Se concentró en sus labios, perfectamente delineados. Aquella boca sonriente era el rasgo más cálido de aquel rostro duro, anguloso, de rasgos como esculpidos en piedra. Se

preguntó qué se sentiría al besarlo...

Rechazó de inmediato aquella impetuosa idea. Román tenía reputación de mujeriego. Vivía solo en una casa levantada en lo alto de un acantilado, un escenario perfecto para la seducción. Además, solamente habían pasado ocho meses desde que...

Le retiró las manos de los hombros. Román era un amigo. No se permitiría pensar en él de otra manera.

—¿Te apetece un té?

—Preferiría una copa de vino.

—Yo también. Pero no sé si tengo...

—Permíteme.

Fue a la cocina y abrió un armario cerca de la puerta trasera. Estaba lleno de botellas.

—¿Blanco o tinto?

—Merlot. ¿Es otra nevera?

—Es como una bodega en miniatura, sellada para mantener una temperatura y humedad estables —sacó una botella—. En California sabemos apreciar el vino.

A continuación sacó dos copas. Evidentemente conocía la cocina bastante mejor que ella.

—Veo que ya has estado aquí antes.

—Solíamos usar esta casa como alojamiento para los invitados. Pero ahora es tuya. Todo lo que hay aquí es tuyo.

Eso era lo que le habían dicho, pero Anya no podía evitar sentirse como viviendo en un lujoso complejo que terminaría pagando muy caro.

—Un joven del departamento de relaciones públicas me lo estuvo enseñando todo. Por lo que me dijo, ni siquiera tendré necesidad de ir al mercado. Sólo tengo que elaborar una lista y me dejarán lo encargado en la puerta, al día siguiente.

—Antes de que acumules comida en casa —abrió la botella—, te sugiero que pruebes el menú de la mansión. El cocinero es excelente.

—¿Estás diciendo que cocina mejor que yo?

—Bueno, tus espaguetis ya los conozco...

Se refería a una desastrosa cena que había preparado mientras Román estuvo en Denver, después del funeral. Pensando que le sentaría bien volver a su rutina habitual, quiso hacer una salsa casera para la pasta. Pero luego se olvidó de ella, distraída como estaba: El resultado fue que se le quemó.

—Comer es una actividad social. La comida en sí no es lo más importante.

—Ya. Será un momento privado para ti y para Charlie.

—Vamos a necesitar un poco de tiempo y de intimidad —aceptó la copa que le ofrecía—. Su programa educativo está tan repleto de actividades que tendrá que desconectar de vez en cuando.

—Ten cuidado, Anya —la miró fijamente a los ojos, por encima del borde de la copa.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres?

—Si pasas demasiado tiempo preocupándote por Charlie, ignorarás tus propias necesidades.

Tomó un sorbo de vino. El suave Merlot le dejó un delicioso sabor en la boca.

—¿Mis propias necesidades, dices? Precisamente esta noche estaba pensando en ello. Mucho me temo que aquí me siento atrapada. Y que no tendré...

—¿Qué es lo que no tendrás?

—Diversión —alzó los ojos al techo, esbozando una mueca—. Ya sé que suena estúpido cuando lo digo en voz alta. Soy una adulta. Una viuda. ¿Por qué habría de preocuparme por divertirme, por pasármelo bien?

—Déjame adivinarlo... Porque de niña te divertiste muy poco.

—Mi madre me educó muy bien —de manera automática, defendió a Claudette. Bastante se había sacrificado por ella, siendo una madre soltera que jamás había dejado de trabajar—. Pero lo cierto es que le quedaba muy poco tiempo para mí. Viajábamos mucho debido a necesidades de su trabajo. De la Costa Este a la Oeste, continuamente, incluso al extranjero: Europa, África...

—¿Te gustaba?

—No.

Se le antojaba extraño que no hubiera hablado nunca con Román de esa parte de su vida. Durante los días que pasó con él después del funeral, habían hablado sobretodo de Jeremy. Bebió otro sorbo de vino.

—Ya era bastante malo ser siempre la chica nueva en cada población a la que íbamos. Y cuando todo el mundo hablaba otra lengua, entonces era aún peor.

—Te sentías aislada. Atrapada.

Su rápido análisis no había podido ser más certero. Vivir en *Légate* le

recordaba terriblemente su infancia. Una etapa de su vida sobre la que no había ejercido control alguno, cuando su madre la había llevado de su sitio para otro como si fuera un mueble.

—¿Tan transparente soy?

—¡Diablos, no! Eres una mujer terriblemente inteligente. Y compleja.

—No quiero ser compleja —se llevó la copa al salón y se sentó a la mesa—. Yo siempre he querido llevar una vida normal. Tener una familia normal. Una casa sencilla y bonita. Un trabajo agradable, sin presiones. Un jardín, un perro...

—Y cuando murió Jeremy, tuviste la sensación de que habías perdido la oportunidad.

—Lo echo de menos —le confesó ella.

—Yo también.

Cuando Román se sentó a su lado, Anya tuvo la sensación de que todo lo que estaba sucediendo era algo no sólo perfectamente normal, sino también justo, necesario. Un hombre y una mujer juntos, con un niño durmiendo plácidamente en el piso de arriba.

—Gracias por haber venido corriendo.

—Siempre que lo necesites, estaré contigo.

No se creía semejante promesa. Sabía que tenía buenas intenciones, pero también una vida propia.

—Me temo que tu actividad como niño entorpecerá tus otras actividades sociales... —al ver que se limitaba a encogerse de hombros, añadió con una sonrisa—: Estoy al tanto de tu legendario apartamento de soltero...

—Podrás verlo por ti misma. Ven a cenar el viernes por la noche.

—No puedo —se apresuró a negarse—. No quiero dejar a Charlie con otra persona tan pronto.

—Tráetelo.

Dubitativa, se puso a jugar con su copa de vino.

—Espero no tener que explicarle lo de los espejos encima de la cama, si es que hay alguno...

—Mi casa no es la Mansión Playboy —le aseguró.

Parte de ella deseaba que su hogar fuera una especie de espléndido y sensual palacio del placer. ¿Qué se sentiría al entrar allí, en su dormitorio, en brazos de un hombre tan atractivo como él? Esa vez, más que un sorbo, bebió un largo trago de vino. Lo necesitaba para ahogar aquella oleada de deseo.

Una vez más posó la mirada en sus labios, humedecidos de Merlot.

¿Pero por qué un reputado mujeriego como Román Alexander habría de interesarse por una mujer como ella? Allí estaba, vestida con una vieja bata de franela y calzando unas zapatillas de estar por casa. Sin maquillar. Ciertamente no era la viva imagen de la sensualidad...

Pero aun así, Román parecía transmitirle una extraña energía sexual, como si realmente estuviese interesado en ella... En ese sentido. Lo sentía en la manera que tenía de mirarla, en el gesto de llevarse la copa a los labios. Cuando hablaba, su voz ronca, vibrante, parecía tocarle una fibra sensible. Y sus silencios, para colmo, estaban cargados de promesas y tácitas sugerencias...

—¿Crees que volveré a casarme alguna vez? —le espetó de pronto.

Román le puso una mano sobre la suya, encima de la mesa. Anya tuvo la sensación de que la piel le ardía. Su contacto era tan excitante...

—Sí, Anya. Volverás a encontrar el amor.

Era la respuesta que había querido oír. Antes ni siquiera se había atrevido a hacerse a sí misma aquella pregunta, pero eso era exactamente lo que la había estado inquietando. No tanto el guardia armado que había visto en la puerta de la casa. Ni la carencia de diversión en la vida que iba a llevar. No. Quería saber si el amor iba a constituir una opción real en su futuro.

—El viernes por la noche —dijo—. Allí estaremos. Los dos.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Román llegó temprano a *Légate*. Necesitaba una buena dosis de ejercicio físico antes de su reunión de las ocho. Se había pasado la noche entera dando vueltas y más vueltas en la cama sin poder dormir, pensando en Anya.

Dejó el coche en el aparcamiento y empezó a trotar por el sendero de asfalto. La bruma del amanecer teñía el cielo de un leve tono rosado... El mismo color de los labios de Anya. Aunque soplaba un viento muy fresco, llevaba solamente unos pantalones cortos y una camiseta de manga larga.

Empezó a correr por el sendero que rodeaba la mansión. El día anterior, Fredrick Slater le había pedido que hiciera feliz a Anya. Y cualquier sugerencia de Slater escondía siempre un motivo oculto, una intención que la trascendía. El problema era que Román había aceptado cumplir aquel encargo con demasiada complacencia. No podía dejar de pensar en ella, imaginándose lo que sería enterrar los dedos en su sedosa melena rubia y saborear sus deliciosos labios...

Al mismo tiempo, sin embargo, se sentía culpable. A sus ojos, seguía siendo la esposa de Jeremy. Aún llevaba su alianza de matrimonio. Su muerte le había afectado mucho, le había dolido profundamente. Lo que significaba que era vulnerable. Y Román no quería aprovecharse de ella.

Apresuró el ritmo, consciente de que se estaba acercando a la casa de Anya. Entre los arbustos podía ver la ventana del segundo piso, que tal vez fuera la de su dormitorio. Las cortinas estaban echadas. ¿Estaría durmiendo? Se imaginó su delicado cuerpo bajo las sábanas. Habría rodado a un lado, y la sábana se habría deslizado bajo sus senos. Ansiaba tocarla, acariciar aquella piel tan tersa y blanca...

Corrió aún más rápido y llegó a la escalera de caracol que bajaba hasta la playa. Aquella fase de su carrera matutina era su favorita. Se detuvo al borde del agua, flexionando los músculos de los hombros. Segundos después echó a correr de nuevo y comenzó el esprint. El agua le salpicaba los tobillos. Las gaviotas remontaron el vuelo. El pulso se le aceleraba. Un torrente de adrenalina empezó a circular por sus venas.

Se detuvo en las negras rocas que señalaban el fin de la playa. Jadeando,

se dobló sobre sí mismo. Cuando alzó la cabeza, vio a un hombre vestido de traje dirigiéndose hacia él. Era el doctor Lowell Neville, jefe del departamento psiquiátrico de *Légate*. Lo maldijo en silencio. En aquel momento no tenía ninguna gana de hablar con él.

—Esperaba encontrarlo aquí.

—Si no le importa, me gustaría terminar mi carrera.

—Me importa —replicó Neville, tenso—. Ha ignorado los mensajes que le dejé ayer.

—Estaba ocupado.

—Pero aun así encontró tiempo para contactar con la encantadora señora Parrish. Incluso para visitarla en su casa anoche.

—Obedeciendo órdenes de Slater. Me pidió que me asegurara de que Anya se sintiera cómoda —siguió hablando sin dejar de moverse, dando vueltas—. Lo siento, doctor. Si me detengo ahora, me quedaré frío. Tendremos que hablar después.

—Se trata de su antiguo ayudante.

—Peter Bunch —era un joven brillante, muy cualificado, que había dimitido dos semanas atrás—. ¿Qué pasa con él?

Se plantó justo delante de Román, obligándolo a detenerse.

—Ha desaparecido.

—¿Cómo?

—Como lo oye. Y la policía estuvo aquí, preguntando por él.

Román maldijo una vez más para sus adentros. La desaparición de Peter... ¿Tendría algo que ver con su trabajo en *Légate*? Bajó deliberadamente la mirada, cuidando de no traicionar su expresión delante de un experto como Neville. El psiquiatra era el hombre de confianza de Slater.

—Vaya, lo lamento profundamente.

—¿Qué tipo de relación mantenía usted con Peter? Cuando dimitió, ¿mostró alguna hostilidad hacia *Légate*?

—Se marchó porque lo invitaron a incorporarse a una expedición arqueológica a Sudamérica. Era doctor en arqueología. Trabajar en ese campo le gustaba más que hacer recados para mí.

—¿Tiene algún motivo para sospechar que Peter pudo haberlo traicionado?

—Nuestra relación personal era buena.

Román alzó la vista y lo miró. Las espesas cejas negras del psiquiatra contrastaban con su pelo y su bigote blancos, perfectamente recortados.

Vestía siempre de traje, con una corbata al cuello y pañuelo a juego asomando en el bolsillo de la chaqueta.

—Usted es una persona difícil para trabajar.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—¿A usted qué le parece? —replicó Neville, arqueando una ceja.

—No tengo la menor idea.

—Supongo que su ayudante tendría acceso a información confidencial. Si estaba resentido con usted, bien pudo haberlo traicionado vendiendo secretos a alguien.

—Lo dudo.

—¿De veras? Sea como fuere, espero que la avidez de Peter no le haya acarreado problemas.

—¿Problemas? ¿Como cuáles? —inquirió Román—. ¿Cree que puede estar herido? ¿Muerto incluso?

—¿Y por qué habría de sacar yo una conclusión semejante?

—Porque es usted un hombre terriblemente fatalista —empezó a correr hacia atrás, hacia las escaleras. Se moría de ganas de perderlo de vista—. ¿Por qué se le ha ocurrido que Peter pudo haber estado vendiendo nuestros secretos a alguien?

—¿No es obvio? —esbozó una mueca de desprecio—. Tenemos una filtración.

Román se volvió para correr hacia la escalera. Esperaba de todo corazón que no le hubiera sucedido nada a Peter Bunch. ¿Habría estado vendiendo secretos? Era dudoso. Y Peter no podía ser la causa de la filtración porque... Ese honor le correspondía exclusivamente a él. Se llenó de aire los pulmones y empezó a subir la escalera de dos en dos.

Cuatro días llevaba Anya en *Légate* y ya se sentía inquieta, ahogada.

En el minúsculo despacho de la mansión en el que trabajaba como traductora, miró su reloj decenas de veces. Los minutos se le hacían eternos. Era viernes, y esa noche había quedado a cenar con Román. A las dos de la tarde dejó de trabajar y volvió a la casa. No tenía ningún otro lugar a donde ir, ni nada que hacer. Tampoco estaba lo suficientemente cansada como para dormir una siesta. Mientras rebuscaba en el armario buscando algo que ponerse, experimentó una creciente sensación de anticipación, de expectación...

—No he ido a ninguna parte en cuatro días...

Tan pronto como pronunció esas palabras, frunció el ceño. ¿Estaba

hablando sola? No era una buena señal.

A las cuatro y media Charlie entró corriendo en casa.

—Mamá, ¿sabes lo que es un polímero? Es un racimo de moléculas. Es química.

—Sí, cierto.

—Hoy hemos diseñado un polímero. La semana que viene construiremos un cohete y lo mandaremos a Marte.

Anya se recostó en la mecedora, oyendo hablar a su hijo. Su conversación atropellada le alegraba el corazón. Al día siguiente, sábado, podrían estar juntos todo el tiempo...

—Oye, corazón... —lo interrumpió—. Esta noche cenaremos en casa de Román. Ha quedado en recogernos dentro de una media hora. Y antes tienes que ducharte.

—De acuerdo.

Tan pronto como subió el niño al cuarto de baño, llamaron a la puerta. Román se había adelantado. Ya estaba allí.

Cuando le abrió la puerta, se lo quedó mirando por un momento. Era un hombre terriblemente atractivo. Estaba un poco despeinado. Sonriente, un cálido brillo asomó a sus ojos castaños. Lucía un traje de rayas gris, sin corbata.

—Para ti.

Le tendió un sencillo ramo de margaritas.

—Pero si vamos a ir a tu casa... Era yo la que tenía que llevarte un regalo.

—Contar con tu compañía ya es regalo suficiente.

—Ya estás utilizando otra vez ese tono seductor. ¿Te acuerdas del primer día, cuando estábamos montando el poney de Charlie? Cuando me hablaste de esa manera, casi me caí de espaldas.

—¿Y?

—Que dejes ya de hacerlo.

—Es la fuerza de la costumbre. Como ahora... Estás tan preciosa con ese vestido negro... Que hace un momento, cuando me abriste la puerta, me olvidé de que no se trataba de una cita.

—No tengo mucha ropa para elegir. La mayoría de mi vestuario todavía está en Denver.

Como no había querido dejar a Charlie allí solo, su madre había regresado a Denver para encargarse del traslado.

—O el vestido negro o los vaqueros —añadió, encogiéndose de hombros.

—No te disculpes. Estás perfecta.

—Gracias —le gustaban sus cumplidos. Estar cerca de Román le recordaba que seguía siendo una mujer. Recibió las margaritas y se hizo a un lado para dejarlo pasar—. ¡Ah, y gracias por las flores!

Charlie bajó en aquel instante las escaleras y se lanzó a los brazos de Román.

—¡El helicóptero! ¡El helicóptero! —exigió.

—Dentro de casa, no —lo alzó en brazos—. A ver si tocas el techo, Charlie.

—Ya está —rió, divertido—. Venga, vámonos a tu casa.

—Ahora mismo —lo bajó al suelo—. Pero antes tengo algo para ti —se llevó una mano al bolsillo y sacó una caja aplastada, lacada en rojo—. Es una caja china, un puzzle chino. Pero tendrás que resolverlo para abrirla.

Anya volvió al salón después de poner las margaritas en un florero.

—¡Mira, mamá! —Charlie le enseñó la caja—. Es de China.

—Bueno, en realidad es de Chinatown —lo corrigió Román—. Justo al otro lado de la bahía.

—Tendremos que ir allí —dijo ella—. Tan pronto como me traiga la furgoneta de Denver, podremos viajar a cualquier parte.

Se pusieron los abrigo y salieron de la casa, dirigiéndose al aparcamiento. Anya estaba de un magnífico humor.

—Me siento como si me estuviera escapando de un convento.

—*Légate* tiene ese efecto sobre la gente —comentó Román—. Por eso no quiero yo vivir aquí.

—No consigo imaginarte como un monje.

—Tienes razón. Además, odio llevar tonsura —bromeó.

Le abrió la puerta de su coche y Anya se instaló cómodamente en el asiento tapizado en piel. El tablero de mandos tenía más luces que la cabina de un avión. Pensó que Román era muy exigente en todo. Ropa cara, los mejores vinos... ¿Cómo sería su casa de la bahía? Se volvió hacia Charlie:.

—Abrochate el cinturón, jovencito.

—Sí. En dos minutos voy a resolver este puzzle —le informó, optimista.

—No estés tan seguro —repuso Román mientras encendía el motor—. Hay gente que tarda días en abrir una caja de esas.

—Yo no.

—¿Tan listo te crees? —se burló.

—Neville dice que soy un genio.

—¿Neville? —inquirió Anya—. ¿Cuándo has hablado con él?

—No lo sé —Charlie estaba concentrado en la caja—. Ayer quizás.

Anya frunció el ceño. No quería que el psiquiatra examinara a su hijo. Al menos, no sin su permiso.

—Pues yo me lo encontré hoy mismo. Me sorprende que no me lo mencionara.

Charlie no dijo nada, absorto en el puzzle.

—¿Qué te parece Neville? —quiso saber Román.

Anya se encogió de hombros. No quería dar una respuesta negativa delante de su hijo.

—Es muy... Elegante.

—¿Elegante, dices?

—¿Qué tienen de malo su corbata y su pañuelo de bolsillo? —le preguntó en voz baja.

—Lleva un color distinto cada día de la semana. Azul el lunes, rojo el viernes. Sí, el viernes debe de ser su día de desahogo y diversión.

—La verdad... —sonrió Anya—. Es que no consigo imaginármelo divirtiéndose...

—Bueno, en cualquier caso, no creo que te gustara frecuentar su compañía.

Cuando traspusieron la verja de la propiedad, el ambiente pareció cambiar. El cielo se ensanchó, se tornó más brillante, más luminoso. Román soltó un suspiro. La tensión de su rostro desapareció de pronto.

—Supongo que tu trabajo debe de ser muy estresante —le comentó Anya.

—¿Qué me dices del tuyo? ¿Qué tal el trabajo de traducción?

Pensó que a ella no le habría importado un poco más de estrés.

—Bueno, no es exactamente el trabajo de mis sueños.

—Te aburre —adivinó.

Lo dijo con un tono tan decepcionado que se sintió tentada de mentirle.

—La verdad es que sí.

—¿Aún sigues necesitada de diversión?

—Desde luego.

—Pues dentro de muy poco habrá mucha. Halloween. En *Légate* todo el mundo se disfraza, y los niños se lo pasan muy bien...

—¿Estás diciendo que todos esos científicos se ponen máscaras de monstruos? Cuesta imaginarlo.

—Pues aprovechan al vuelo cualquier oportunidad de hacer un poco el tonto. Mientras tanto, ya me encargaré yo de que pases a traducir cosas más complejas. Y más interesantes.

—¿Qué tipo de cosas?

—Alto secreto.

—Estás de broma.

—Te aseguro que no. Elaboramos tratados geopolíticos y hacemos experimentación científica a escala internacional. Jeremy trabajó en un par de proyectos bioquímicos cuyos resultados finales fueron fiscalizados por el presidente de los Estados Unidos y por el primer ministro británico.

—Pues él nunca me dijo nada.

—Por eso se trataba de alto secreto.

Le irritaba que Jeremy no le hubiera dicho nada al respecto. Había pensado que su matrimonio estaba por encima de todo lo demás. Pero al parecer, Jeremy le había ocultado cosas de su trabajo. Y también en secreto, había diseñado el futuro académico de Charlie en *Légate*.

Se disponían a cruzar un puente cuando se volvió hacia Charlie:

—Llegamos a un puente. Levanta los pies y contén el aliento, para que te dé buena suerte.

—Ahora no, mamá. Estoy ocupado.

—La zona de la bahía está llena de puentes —dijo Román—. A partir de aquí, vais a acumular un montón de buena suerte.

No sabía por qué, pero Anya tuvo el inquietante presentimiento de que iba a necesitarla.

El anciano chino mantenía la mirada fija al frente, impassible, mientras se mantenía a prudente distancia del coche de Román sin perderlo de vista.

—Que no nos vea —le advirtió su compañero.

—Yo siempre soy muy cauto, Wade. No tienes motivo alguno para preocuparte.

Pero Wade Bouchard estaba nervioso, y no podía evitarlo. Después de tantos años, al fin estaba a punto de alcanzar su gran objetivo... Que no era otro que la absoluta destrucción de *Légate Corporation*.

Wade formaba parte de la organización CCV, *Científicos Consagrados a la Verdad*. Sus socios dedicaban sus vidas a luchar contra todos aquellos que se servían de la ciencia para fines ilícitos. La mayor parte de sus batallas las libraban en el terreno público, pero CCV estaba decidida a conseguir sus metas bajo cualquier medio, incluida la violencia. Wade había recibido un

balazo por esa causa. Y había matado a un hombre en Taiwan. El rostro de aquel pobre diablo todavía lo asaltaba en sueños, pero si hubiera tenido que volver a matarlo, lo habría hecho. Había principios que valían mucho más que la vida o la muerte de un hombre.

Sólo podía rezar para que Anya no desbaratara su actual misión. Tenía que aceptarlo. Tenía que entender que no existía otra forma de salvar al chico. A Charlie. A su nieto.

Capítulo 4

En un principio, la vista de la casa de Román no impresionó demasiado a Anya. Cuando aparcaron en el garaje, Charlie soltó una exclamación de alegría:

—¡Lo conseguí! ¡Conseguí abrir la caja!

—Enhorabuena —lo felicitó Anya.

—¡Oh! —sacó un pequeño dragón de la caja. Tenía las fauces abiertas, como si se estuviera riendo.

—Es un amuleto —le explicó Román—. Llévalo siempre contigo y te protegerá de cualquier desgracia.

Charlie contempló la figurilla con gesto solemne y se lo guardó en un bolsillo. Luego se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó del coche. El garaje comunicaba con la cocina, muy moderna, con encimeras de granito y electrodomésticos y armarios de acero inoxidable. El diseño era sencillo y funcional, pero la sorpresa se la llevó Anya cuando entró al salón. Ventanales que levantaban dos pisos de altura ofrecían una espectacular vista de la bahía. Los tabiques interiores estaban pintados con tonos verdes y rojos, que conjuntaban bien con las lámparas niqueladas y los suelos de maderas oscuras.

Había esperado encontrarse con una especie de sensual nido de seducción. Y se había equivocado.

—Muy... Clásico —comentó—. Te va mucho.

—Casi tengo miedo de enseñarte el piso de arriba...

Precedidos por Charlie subieron por una escalera abierta al piso superior, que consistía en una única y enorme habitación. Los colores predominantes eran el blanco hueso y el rojo fuego. En un extremo había un espacio reservado como despacho, y en el centro una mesa de comedor. Al otro extremo, separada por un biombo lacado, se levantaba una gran cama con dosel, negra. Aquello sí que era el nido de seducción que había esperado. La colcha roja, cubierta de innumerables cojines, evocaba un escenario de sensuales goces. Anya lo contemplaba todo entre fascinada e hipnotizada. En la mesilla había un panel con tres botones.

—Adelante —la invitó Román—. Púlsalos.

Miró nerviosa a Charlie. ¿Podría verlo su hijo? El primer botón ajustaba las persianas verticales de los ventanales, dejando ver la bahía. Parecía algo perfectamente inocente...

Cuando apretó el segundo, la cama empezó a vibrar. Arqueó una ceja.

—¿Tienes problemas de espalda?

—También se calienta.

—No me extraña...

Lo apagó y pulsó el tercer botón. Una enorme pantalla de televisión se alzó de una cómoda, al pie de la cama.

—¡Guau! —aplaudió Charlie, alborozado—. Yo quiero tener una cama como ésta cuando sea mayor.

—Esta parte de la habitación es la mejor... —Román señaló el área de despacho—. Ordenador encendido.

La pantalla se encendió de pronto, mostrando el paisaje submarino de un arrecife de coral. A continuación resonó una voz:

—Bienvenido a casa, Román. Son las cinco y treinta y dos de la tarde.

Charlie corrió hacia la pantalla.

—¿Qué más hace?

El *Bolero de Ravel* comenzó a sonar en los altavoces disimulados en la habitación. Anya estaba impresionada. Aquello era como estar en el patio de una orquesta.

—Ordenador, baja el volumen —pronunció Román, y el aparato obedeció al instante.

—¿Puedo hablar con él? —inquirió Charlie.

—Lo siento, amiguito. Sólo responde a mi voz. ¡Ah! Y tiene un montón de juegos. ¿A qué te gustaría jugar?

—A los dinosaurios —respondió, alegre—. Yo siempre hago de cavernícola.

Román pulsó unas cuantas teclas y accedió el programa, creación de *Légate*. Sentó a Charlie delante y le entregó un mando.

—Todo para ti. Tu madre y yo estaremos abajo, preparando la cena.

—Muy bien —repuso, absorbido ya en el juego.

Después de lanzar una última y especulativa mirada a la suntuosa cama, Anya siguió a Román al piso de abajo.

—Estoy impresionada. Tienes una casa fantástica.

—Me alegro de que te guste. Ya estaba edificada, pero derribé un par de tabiques para ampliar el espacio. Y convertí el piso superior en una sola

habitación.

—Pues te quedó magnífica. ¿Dónde aprendiste a diseñar casas?

—Antes de pasarme a *Légate*, era arquitecto. Hice un montón de viviendas para clientes, pero lo que me gustaba de verdad eran los grandes edificios. Rascacielos.

—¿Qué fue lo que te movió a cambiar de oficio?

En la cocina, sacó una bandeja de la nevera.

—No fue un cambio tan drástico. El trabajo de arquitecto exige una gran cantidad de trabajo administrativo: Programación, negociación, presupuestos... *Légate* me proporcionó un horizonte más amplio.

Anya, sin embargo, creyó detectar un tono de tristeza en su voz.

—¿Echas de menos tu anterior trabajo?

—En cierta forma, sí. Hay algo íntimamente satisfactorio en diseñar un plano y encargarse de hacerlo realidad. En *Légate* nada es tan sencillo.

Destapó la bandeja, que contenía varios filetes en salsa.

—No sabía que cocinaras...

—Es un saber muy útil, sobretodo para un soltero —sacó una botella de vino de la nevera—. Toma un par de copas del armario de encima del fregadero y sígueme.

Salieron por una puerta de cristal. Una larga terraza de madera corría todo a lo largo de la casa. Construida en voladizo sobre el acantilado, parecía suspendida en el aire. Anya se acercó a la barandilla. Había unos diez metros de caída en picado hasta las rocas batidas por las olas.

—Me alegro de no tener miedo a las alturas.

—Ni a los terremotos —añadió él—. Cuando me trasladé, hice reconstruir los pilares para compensar el efecto de la erosión y de posibles corrimientos de tierras, teniendo en cuenta la frecuencia de terremotos en esta zona. Confío en que aguantará.

—Por lo que veo, te gusta vivir peligrosamente —miró nuevamente hacia abajo—. En el amplio sentido de la palabra.

Román encendió el horno y metió la bandeja con los filetes.

—Neville lo llama «*comportamiento agresivo arriesgado*». Por alguna razón que desconozco, es una característica deseable en un administrador como yo, siempre rodeado de papeles.

—No te imagino rodeado de papeles.

—Te sorprendería lo aburrida que puede llegar a ser mi vida —se reunió con ella en la terraza y señaló hacia el oeste—. Desde aquí podremos ver el

sol hundirse en el mar.

El cielo surcado de nubes, había empezado a teñirse de un rojo carmesí. La brisa salada refrescaba las mejillas de Anya, levemente ruborizada. Alzó la vista hacia el hombre alto y fuerte que se hallaba a su lado. Ahora que ya había comenzado a descubrir algunas cosas sobre él, quería saber más.

—Hasta ahora me has contado muy poco sobre ti —reflexionó en voz alta—. Sé que Jeremy y tú estudiasteis juntos en Denver. Eras corredor de atletismo del equipo universitario.

—Sigo conservando el récord de los quinientos metros lisos —le sonrió—. Siempre he sido muy rápido.

—Eso he oído... —Jeremy le había contado todo tipo de anécdotas sobre Román y su harén, pero estaba empezando a verlo como una persona de múltiples facetas, por encima de su imagen de mujeriego—. Creo que nunca me has hablado de tu familia.

—Es probable...

Descorchó la botella y sirvió las copas.

—Vamos, Román. Háblame de tus padres.

—Mi madre era gitana —le dijo, bebiendo un sorbo—. Por eso me llamo Román, abreviatura de «*romaní*», o sea, «*gitano*».

—Continúa.

—Se supone que los gitanos son gente nómada, vagabunda. Y mi madre no decepcionó a los de su raza. Se marchó de casa cuando yo tenía diez años.

—Vaya, lo siento.

—Pues no lo sientas. Era una mujer imposible. Siempre estaba enfadada, gritando por todo. Y mi padre no era mucho mejor. Él se quedó a cuidarnos a mi hermano pequeño y a mí, pero nunca supo arreglárselas muy bien.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

—¿Y tu hermano?

—Lukas se mató en un accidente de moto hace diez años —una sombra oscureció sus rasgos—. A él sí que lo echo de menos.

Pero no guardaba ninguna foto. Román no vivía en el pasado. Tomaba lo que la vida le ofrecía en cada momento y seguía adelante. A Anya le habría gustado poder hacer lo mismo.

—¿Sabes? Mi infancia fue justamente lo opuesto de la tuya. Fue mi padre quien se marchó de casa. En cierta forma, nos parecemos en eso.

—No te creas. Tu madre triunfó profesionalmente hablando. Tú viajaste

por todo el mundo. Mi familia jamás salió de Denver. En realidad, sobrevivíamos a duras penas.

Anya pensó que tenía razón. El dinero marcaba una diferencia fundamental. Y su padre no había llegado a abandonarlas por completo. Permanecía en contacto enviándoles cartas de felicitación, llamándolas de vez en cuando e incluso visitándolas en alguna ocasión especial.

Siempre había pensado que su vida habría sido más fácil si la hubiera abandonado por completo. Sólo si se hubiera marchado de una vez por todas, habría sido capaz de olvidarlo.

—A tu padre no recuerdo haberlo visto en el funeral —le comentó Román.

—Me telefoneó.

Y se había mostrado sinceramente dolido, pero también le había dicho que no podía estar con ella, ya que su presencia habría sido peligrosa para ambos.

Ese era el aspecto más desconcertante de Wade Bouchard. Al parecer, formaba parte de una sociedad de científicos dedicada a descubrir prácticas poco éticas en el terreno de la investigación, y a sacarlas a la luz pública. En teoría, si realmente era lo que decía ser, se trataba de una persona admirable, consagrada a un fin altruista.

—Mi padre sigue empeñado en salvar el mundo. Es una especie de superhéroe. Supuestamente, se mantiene prudentemente alejado de mi madre y de mí, para protegernos de sus enemigos.

—Si no me equivoco, pertenece a CCV, *Científicos Consagrados a la Verdad*.

—Así es. Si te soy sincera, nunca entendí a esa Organización. De vez en cuando publican declaraciones en la prensa o en Internet. Y tienen una pequeña oficina en Washington. Pero... ¿Realmente posee alcance mundial, como sostiene mi padre? —sacudió la cabeza—. A veces tengo la impresión de que Wade es un paranoico... Siempre luchando contra enemigos inexistentes.

—Me parece estar oyendo hablar a tu madre...

—Mi madre no suele hablar nada bien de él.

—A mí me parece que tu padre no es ningún estúpido. En el campo de la ciencia y de la tecnología, la frontera entre lo lícito y lo ilícito suele ser muy difusa.

—Ya, pero los métodos legales de investigación están muy definidos...

—¿Y si esos métodos fracasan?

—Uno siempre sabe distinguir lo bueno de lo malo —repuso ella.

—¿Lo sabes tú?

Román entró de nuevo en la cocina para sacar la bandeja del horno, dejándola sola en la terraza.

Anya fijó la mirada en el horizonte, arrullada por el rumor de las olas batiendo las rocas. Una extraña voz parecía burlarse en su subconsciente: ¿Qué era lo bueno y lo malo en la vida? Recordó el lema de *Légate*: *Por el mayor bien*. Sugería que las necesidades de la mayoría eran más importantes que las de unos pocos. ¿Lógico? Sí, pero no del todo cierto. Las filantrópicas políticas de *Légate* le habían granjeado unos enemigos tan peligrosos, que aparentemente, exigían muros infranqueables y guardias armados.

En medio de aquella actividad de genios de la ciencia dando constantemente lo mejor de sí mismos, Anya creía percibir algo extraño, algo que no conseguía precisar. Era sólo una sensación, una especie de tensión latente.

Tomó un sorbo de vino.

En la finca de *Légate*, su marido había perecido de una muerte violenta. Estremecida, se preguntó si la explosión del Edificio Catorce fue en realidad un accidente.

—Cuando hace un momento hablaste de prácticas ilegales... —inquirió cuando Román volvió a la terraza—. ¿Te referías a *Légate*?

—Preferiría no hablar de *Légate*. Estamos disfrutando del fin de semana, ¿no? Toca relajarse.

Pero Anya ni podía ni quería dejar el tema:

—¿He traído a mi hijo a vivir a un lugar potencialmente peligroso?

La miró a los ojos, sin decir nada. La luz del crepúsculo proyectaba una inquietante sombra sobre su rostro, acentuando sus altos pómulos. Su sangre gitana lo convertía en un hombre exótico e inescrutable, lleno de secretos. De pronto, inclinándose hacia ella, le retiró un mechón de cabello de la frente.

—Aquí estaréis a salvo. Yo cuidaré de vosotros.

Su profunda voz parecía armonizar con el rumor de las olas. Anya ansiaba creer en sus palabras, disfrutar de la calidez que experimentaba cuando estaba cerca de él... Y en aquel instante lo estaba. Sus intenciones no podían ser más claras: Quería besarla. Sabía que debería resistirse, pero no podía. Quería que la besara. Ladeó la cabeza, cerrando los ojos.

El contacto de sus labios fue firme, insistente. Su boca ejercía una presión

que demandaba una respuesta, y se sorprendió a sí misma devolviéndole el beso. Una pura sensualidad se extendió por todo su ser, inflamándole la sangre, aturdiéndola como si estuviera flotando en una nube. Era sólo un beso, pero lo que estaba sintiendo era mucho más. La promesa de una futura pasión.

—¿Mamá?

Se volvió. Charlie la estaba mirando desde el otro lado de la puerta de cristal, con expresión acusadora.

Instintiva y precipitadamente, se levantó para reunirse con él. La copa resbaló entre sus dedos, y se estrelló contra el suelo.

Capítulo 5

Román no podía dormir. Echó a un lado las sábanas negras de seda y se levantó. Desnudo, caminó sin hacer ruido por la gruesa moqueta del dormitorio. La luz de la luna se derramaba sobre la cama, el espacio del salón y el despacho.

Había sido un golpe de mala suerte que Charlie los hubiera sorprendido besándose. El chico no estaba preparado para aceptar que alguien ocupara el lugar de su padre, y sentía celos de cualquiera que se atreviese a disputarle la atención de su madre. Durante toda la cena, el pequeño se había mantenido pegado a Anya como una lapa, lo que la había hecho sentirse tensa, intranquila.

Y Román se había sentido igual. No debería haberla besado, por mucho que hubiera querido. Era demasiado pronto. Se maldijo en silencio. Él, que siempre se había enorgullecido de su dominio de sí, ahora lo estaba perdiendo. No sabía qué hacer. ¿Dónde estaba el bien? ¿Y dónde el mal? ¿Debería revelarle a Anya la naturaleza de su trabajo? ¿Descubrirle su misión secreta? Había corrido un gran riesgo cuando intuyó los fines ilícitos de *Légate*. Pero si llegaba a conocer las dimensiones de su traición, se escaparía, huiría. Y Román no estaba seguro de que ese fuera el momento más adecuado para abandonar aquel lugar.

Todo giraba en torno a Charlie. Slater estaba firmemente decidido a que el chico se quedara con él. Anya, en ese sentido, era perfectamente prescindible para sus propósitos. La gente de *Légate* era capaz de matarla, y Román no podía asumir ese riesgo. De repente se detuvo ante su escritorio.

—Ordenador encendido.

—Hola, Román. Son las dos y veintitrés —pronunció la voz—. Tienes un mensaje de Maureen.

Había programado a su ordenador para que lo avisase de cada correo electrónico que recibiera, incluidos los de Maureen.

—Dame el mensaje.

El texto apareció inmediatamente en la pantalla: «*Por favor, llámame pronto. Te echo de menos.*»

Era la contraseña convenida. Tenía verdadera necesidad de contactar con

él.

—Ordenador, línea de seguridad telefónica.

Hizo la rutinaria revisión en busca de micrófonos. En el dormitorio había instalado un avanzado sistema de seguridad antivigilancia, que incluía una línea telefónica a prueba de escuchas. Ese era, posiblemente, el único lugar desde donde podía mantener una conversación por teléfono sin temor a que lo estuvieran escuchando. Marcó el número de Maureen.

—Hola, Román.

—¿Qué pasa?

—La gente normal suele dormir a estas horas. ¿Por qué no me has llamado antes?

—Acabo de recibir tu mensaje. ¿Para qué me querías?

—En primer lugar... —se oyó un ruido de sábanas, como si se estuviera levantando de la cama—. No tenemos suficiente capital humano para asignarte otro agente. De modo que no vas a poder librarte de mí.

—Me alegro de oír eso.

—En segundo lugar, tengo información de tu antiguo ayudante, el que desapareció. Está a salvo.

Román suspiró aliviado, pero quería saber más. ¿Estaba Peter Bunch relacionado con la CÍA?

—Sospechaba que lo conocías. ¿También estuviste saliendo con él?

—No es de los nuestros. Está relacionado con CCV, la organización de Wade Bouchard.

Román maldijo para sus adentros. Lo último que necesitaba era que el padre de Anya estuviera enredado en aquella ya de por sí complicada investigación.

—Cuéntame más cosas de CCV.

—Sus objetivos son nobles. Pero utilizan medios cuestionables para conseguirlos...

—Como la CÍA.

—Una comparación interesante. La diferencia es que la CÍA opera dentro del marco de la ley.

—¿Tú crees?

—El caso es que tenemos motivos para pensar que *Légate* es el objetivo actual de las investigaciones de CCV.

—¿Por qué?

—Algunos de sus miembros más destacados están en la zona. Por

supuesto, no es que hayamos tenido oportunidad de hablar con ellos... Son como fantasmas. Cada vez que localizamos a alguno, se evapora.

No era de sorprender. Para Wade Bouchard trabajaban científicos y humanistas brillantes. Cerebros que sabrían disfrutar del desafío de eludir a la CÍA.

—¿Por qué están tan interesados por *Légate*?

—La epidemia de Topaku. ¿Recuerdas aquel proyecto?

¿Cómo habría podido olvidar una tragedia semejante? Un año atrás, la pequeña aldea de Topaku, en el África Central, fue borrada del mapa por una infección viral, sospechosamente parecida a una cepa previamente aislada en un laboratorio de París. El laboratorio había contratado a *Légate* para diseñar una vacuna. Cuando la epidemia asoló Topaku, *Légate* reaccionó con rapidez. Aunque no pudieron salvar el pueblo, consiguieron frenar la extensión del virus. En aquel entonces Román todavía se sentía orgulloso de pertenecer a *Légate*.

—¿Qué pasa con Topaku?

—CCV sospecha que se trató de una práctica ilegal.

—¿Una práctica ilegal? En Topaku, el comportamiento de *Légate* fue brillante. Si nuestra gente no hubiera actuado con tanta rapidez, el virus se habría reproducido sin control.

Maureen soltó un suspiro.

—Mira, son las dos de la madrugada, no necesito que me eches un sermón.

El propio Román había participado directamente en la campaña de Topaku.

—En tan sólo veinticuatro horas fuimos capaces de...

—Lo sé —lo cortó ella—. ¿Quieres oír o no lo que tengo que decirte?

—Adelante.

—CCV está convencida de que en los archivos de *Légate* existe una prueba definitiva que cuestiona su modus operandi en la epidemia de Topaku, una especie de memorándum, o de informe. El problema es que está redactado en una lengua africana minoritaria, muy poco conocida. Y tú no puedes acceder a él así como así.

—¿Entonces para qué me has llamado?

Maureen se aclaró la garganta.

—¿Sería posible que convencieras a Anya... De que lo tradujera?

—No.

Por nada del mundo la implicaría directamente en la investigación.

—Piénsalo bien, Román...

—No —repitió con tono aún más firme—. Sigo sin creer que *Légate* hizo algo incorrecto. ¿Cuáles son tus sospechas?

—Estamos hablando de un virus semejante al Ébola, que pudo haber sido usado en bioterrorismo. Sabemos además, que *Légate* organizó un embarque para África con armas y material médico. Así, de pronto, se me ocurren muchas formas de que *Légate* capitalizara la operación... —su tono era impaciente—. Si encontramos esa prueba, la CÍA podrá echarle mano a *Légate*. Y Slater quedará fuera de juego.

Por supuesto, ese era su último objetivo: Acabar con *Légate* y con Slater. Pero Román tenía otras razones para ello: La muerte de Jeremy. Quería saber por qué habían asesinado a su amigo. Si quería acabar de una vez por todas con *Légate*, era porque habían asesinado a sus propios científicos. Y en el proceso habían acabado con la vida de Jeremy, dejando viuda a Anya.

—Veré lo que puedo hacer para encontrar esa prueba.

—Estamos en contacto —se despidió Maureen.

Román colgó el teléfono y bajó al piso inferior. En la terraza, el frío de la noche no tardó en envolverlo. Helados dedos acariciaban su piel desnuda. Permaneció de pie en el mismo lugar donde había besado a Anya. Apoyándose en la barandilla, contempló la bahía y las olas que batían las rocas. Quería venganza por la muerte de su amigo. Y por el dolor de Anya.

Sin embargo, había más cosas en juego. Que Dios lo ayudara, pero quería a Anya. Egoístamente.

El lunes por la mañana, Román alcanzó a Anya en el sendero que llevaba a la mansión *Légate*. Aunque le había telefoneado dos veces ese fin de semana, sus conversaciones habían sido lacónicas, tensas.

—Espérame, Anya.

Lo esperó a la sombra de un ciprés. Con su suéter, sus vaqueros y una bolsa de libros colgando del hombro, parecía una estudiante. Lo saludó con una sonrisa.

—Voy a trabajar.

—De eso precisamente quería hablarte —caminaron juntos por el sendero, sin prisas—. Quiero que pases a hacer unas traducciones algo más complejas. En los archivos.

Aunque había decidido buscar la prueba que le había mencionado Maureen, no quería por nada del mundo implicar a Anya... Excepto como

tapadera para disimular sus actividades. Si Slater le preguntaba por su repentino interés por los antiguos documentos del archivo, Román le respondería que sencillamente había intentado conseguirle un trabajo algo más estimulante... Con tal de mantenerla ocupada.

—¿Qué tal se te dan las lenguas africanas?

—Conozco algo de swahili.

—¿Algún idioma más?

—Tendrás que ser algo más concreto, Román. En África existen cientos de lenguas y dialectos, la mayoría procedentes del swahili o del bantú.

—Supón que te presento un documento escrito en alguna de esas lenguas. ¿Podrías traducírmelo?

—Podría intentarlo.

Entraron en la mansión por la puerta trasera y atravesaron el comedor, donde ya estaba dispuesto el bufé del desayuno. Román se acercó al mostrador de recepción.

—¿Me has echado de menos, Jane? —le preguntó a la recepcionista, bromeando.

—No tienes ningún mensaje —se limitó a replicarle, ajustándose sus gruesas gafas.

—¿Ni siquiera uno? ¿Es que nadie me quiere?

—Define esa acepción del verbo «querer» —le pidió Jane con tono seco.

Román se encogió de hombros y se volvió hacia Anya:

—Pues parece que nadie me quiere. Ni me echan de menos ni nada —se dirigió de nuevo a Jane—. Estaremos abajo, en los archivos.

La recepcionista frunció levemente el ceño. Las visitas a los archivos no eran frecuentes, y Román sabía que atesoraría aquel detalle en el prodigioso procesador de su cerebro. Al final del vestíbulo central, guió a Anya por una sencilla puerta de madera que daba a una escalera de caracol. Una vez abajo, presionó el pulgar derecho en un sensor y se abrió otra puerta.

—Cuando se edificó la mansión, el sótano se utilizaba como almacén —le explicó—. Todavía hoy cuenta con una bodega de vinos y un par de salas donde se guardan obras de arte.

—¿Más pinturas? Este lugar parece un museo. Hay cuadros en todas y cada una de sus paredes.

—La colección *Légate* es enorme. Hacemos trabajos para clientes internacionales de gran renombre, que a veces nos lo agradecen con regalos muy especiales.

—¿Alguna obra maestra oculta al mundo?

—Ninguna.

La colección de arte fue el primer objeto de las pesquisas de Román cuando empezó a sospechar de las actividades ilícitas de *Légate*. Pero cada pieza estaba debidamente valorada y registrada. El arte no constituía una pasión para Fredrick Slater. Su único amor verdadero era el poder.

—Actualmente el sótano se utiliza como sede del archivo —añadió mientras caminaban por un estrecho pasillo—. Enormes cantidades de papel en publicaciones y documentos.

—¿No está computerizada toda esa información?

—Por supuesto. Pero por razones jurídicas necesitamos conservar los contratos originales firmados. Y gran cantidad de papeleo científico porque...

—Conozco la razón —lo interrumpió—. A veces los borradores y las anotaciones al margen son más importantes que el trabajo final. Jeremy siempre trabajaba con sus fórmulas sobre el papel.

—Y yo precisamente le reprochaba ese hábito.

El día de la explosión, Román recordaba perfectamente que Jeremy había estado tomando notas, prescindiendo del ordenador y atacado por una insistente tos. Era un recuerdo terriblemente vívido, que le hacía sentirse culpable. Dudaba que su viejo amigo hubiera aprobado que enredase a Anya en la investigación, aunque sólo fuera indirectamente.

—¿Qué es lo que estás buscando aquí abajo?

—Un estudio comparativo. Quiero que revises las diferentes traducciones y elabores una versión completa de la investigación y las conclusiones.

Se detuvo frente a una doble puerta, que también abrió presionando el pulgar en otro sensor. En las salas de archivo, la vigilancia era exhaustiva, con decenas de cámaras instaladas por doquier.

—No es tan lóbrego como pensaba... —comentó Anya.

—Lógicamente, tanto la temperatura como la humedad están meticulosamente reguladas. No queremos que se nos pudra el papel.

Le señaló las filas de estantes que se levantaban hasta el techo, llenos de cajones con cartas, libros y legajos encuadernados. El volumen de información resultaba sencillamente abrumador, pero Román sabía, que el informe que buscaba procedía del año anterior, de cuando el laboratorio parisino contrató los servicios de *Légate*.

—Dime lo que necesitas que te traduzca —le pidió ella.

Con aquella profusión de cámaras, no quería localizar directamente el

informe. Primero necesitaba elaborar bien su coartada: Encontrar documentos fuera de toda sospecha para que Anya trabajara en ellos.

—Creo que se trataba de unos estudios de fertilización artificial...

—¡Oh, me encantará traducirlos! —comentó con tono entusiasta—. ¿Por dónde empezamos a buscar? ¿Por la F de «fertilización»?

—No estoy muy seguro —ojeó las etiquetas de varios paquetes de documentos—. La verdad es que esto es como volver a la Edad Media. ¿Cómo hacía la gente para encontrar cosas antes de que se inventaran los ordenadores?

—Perdiendo el tiempo. Pero a mí esto me encanta. Siempre he sido una rata de biblioteca.

—Pues adelante. Estás en tu casa.

Empezó a recorrer lentamente los pasillos, leyendo concentrada las etiquetas. De vez en cuando abría mucho los ojos, interesada por algún título, antes de pasar al siguiente. Román habría sido capaz de quedarse todo el día allí, contemplándola fascinado.

—Hay mucho silencio aquí.

—Lo único que se oye es el rumor del aire acondicionado —comentó ella.

—Estamos completamente solos —a excepción de las cámaras, los ojos omnipresentes de *Légate*, espíandolo todo constantemente. Al final de un pasillo se apoyó contra la pared de cemento, reprimiéndose de lanzar una furiosa mirada a una de aquellas cámaras—. Anya, quería hablarte de...

—Lo sé.

¿Cómo podía saberlo? Ni siquiera él estaba seguro de lo que quería decirle.

—¿Lo sabes?

—Quieres hablarme de esto...

Apoyó suavemente las manos sobre su pecho y se puso de puntillas para besarlo en los labios. Fue un beso tan leve como el roce de un ala de mariposa.

Casi para convencerse de que aquel instante no había sido fruto de su fantasía, deslizó los brazos por su cintura y la acercó hacia sí. El suyo fue un beso intenso, apasionado. Deslizó la lengua en el dulce interior de su boca.

Las cámaras lo estaban registrando todo. Sabía que debería detenerse, pero la pasión se imponía a la lógica, de modo que prolongó el beso hasta dejarla casi sin respiración. Anya se apartó al fin, jadeando.

—Lo siento, no he debido hacer esto... —se disculpó Román de manera automática.

Le estaba mintiendo acerca de un montón de cosas. Su investigación secreta, la muerte de su marido, la verdadera razón de su presencia allí, en los archivos...

—Pero si he sido yo quien te ha besado.

Deseó con todas fuerzas que en aquel instante hubieran estado verdaderamente solos.

—No quiero hacerte daño —le susurró al oído.

—Soy una mujer adulta, Román. Soy responsable de mí misma —se liberó de su abrazo—. En todo el fin de semana no he dejado de pensar en nuestro beso.

—Y yo.

—Y he decidido que estoy dispuesta, absolutamente dispuesta, a divertirme un poco.

—¿Qué quiere decir eso?

—En tu casa, cuando me besaste, me sentí tan llena de vida... Que ahora quiero más —lo miraba con expresión tímida, pero sus palabras no podían ser más directas—. Para mí, tú eres el hombre más seguro del mundo para tener una aventura —continuó, decidida—. ¿Y sabes por qué? Porque eres un soltero inveterado. Así no tendremos que preocuparnos de que surjan complicaciones emocionales.

Román no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Aquel era su propio discurso, el que soltaba a las mujeres con las que deseaba relacionarse y que sabía estaban pensando en el matrimonio. Siempre tenía buen cuidado de avisarlas para que no esperasen nada más de él y que disfrutaran del momento...

—¿Me entiendes, verdad? —prosiguió Anya—. Ambos podemos experimentar con todo esto... Sin que signifique nada.

—Un beso no es más que un beso.

—Exacto. Y ahora, localicemos de una vez esos documentos que quieres que traduzca...

La observó mientras seguía revisando las estanterías, con su capacidad de concentración prácticamente agotada. Sólo podía pensar en ella. En su cuerpo, en su belleza y su decidido deseo de divertirse.

El martes por la tarde, Fredrick Slater contemplaba por la ventana de su despacho a su administrador jefe, Román Alexander, paseando con Anya.

Como era su costumbre, los había emparejado bien. Ambos eran altos, esbeltos, atractivos. Sus ADN respectivos crearían un magnífico espécimen si llegaban a reproducirse. Pero no un genio como Charlie.

Le gustaba pensar en el chico. El pequeño Charlie era una esponja intelectual, capaz de retener los conceptos más complicados con un mínimo esfuerzo. Un magnífico futuro se extendía ante él. El control y el gobierno de *Légate*. Pero su madre constituía un problema. Había confiado en neutralizarla sugiriéndole a Román que se enredara con ella. Había esperado que distraída con la fuerza del amor, se fuera alejando de Charlie. Pero ante todo, Anya era una madre. Completamente dedicada a su hijo.

Y últimamente, Román se había estado comportando de manera harto sospechosa. Neville le había advertido repetidas veces que Román constituía una amenaza potencial que había que someter a constante vigilancia. Terco y testarudo, podía tomar cartas en el asunto si llegaba a descubrir alguna irregularidad en *Légate*. Ese mismo día le había mencionado lo de las lenguas africanas a Anya. ¿Por qué? ¿Qué era lo que estaba buscando? Atravesó el despacho y se dirigió a la caja fuerte oculta tras un pequeño cuadro de Degas. Allí guardaba los especímenes más sensibles. Tres muestras con la etiqueta Topaku.

Capítulo 6

La víspera de Halloween, Anya ya estaba a punto de salir de casa cuando llamaron a la puerta. ¿Sería Román? Había quedado con él en que se encontrarían en el apartamento...

—¡Ahora voy! —gritó.

Durante los últimos días, la parte divertida de su relación se había ralentizado un tanto. Después de la confesión que le había hecho en los archivos, había esperado un acercamiento más abiertamente... Sexual. En lugar de ello, Román parecía estar cortejándola a la antigua usanza. Pasaba mucho tiempo con ella, comían juntos y charlaban en el suntuoso comedor. Comentaban sus encargos de traducción y todos los días se reunían con Charlie en las cuadras, para montar a caballo.

Pero no se habían besado tanto como había esperado. Y ella se sentía cada vez más inflamada de deseo. Un fuego la estaba incendiando por dentro, y ansiaba ya que se diera prisa para apagarlo. Volvieron a llamar a la puerta. Se miró en el espejo, vestida con unos vaqueros y un suéter rojo de pronunciado escote. Iban a pasar la tarde comprando adornos y accesorios para la fiesta de Halloween. Pero ella esperaba bastante más de aquella salida a la ciudad...

Tan pronto como abrió la puerta, la sonrisa se borró de sus labios.

—¿Madre?

—Has tardado mucho en abrir.

Claudette entró y revisó la casa con ojo crítico.

—Veo que no la has cambiado mucho...

—¿Para qué? No había necesidad —ya había recibido sus pertenencias de Denver y solamente había cambiado algunos cuadros y llenado los estantes con sus libros—. Prefiero el mobiliario que tenía.

—Me habrías ahorrado mucho tiempo y dinero si hubieras tomado esa decisión antes de que fuera a Denver para supervisar el traslado. ¿Para qué me he molestado en traer todo eso? ¿Para que lo tengas almacenado?

El motivo era bien sencillo: Por si alguna vez cambiaba de idea acerca de vivir allí. Y porque no podía soportar deshacerse siquiera de una parte de las cosas que había compartido con Jeremy. Pero Anya sabía que era inútil

explicarle todas esas razones emocionales a su madre.

—¿Qué es lo que te trae por aquí?

—Una comida con Fredrick —sonrió—. Es un hombre muy atractivo, ¿no te parece?

Anya no era de la misma opinión. Su presunto benefactor no le gustaba especialmente.

—Me alegro de que estés disfrutando de su compañía, madre.

—Además, no necesito invitación para visitar a mi única hija, ¿verdad? —metió una mano en un bolsillo y sacó un folleto—. Jane Coopersmith me pidió que te entregara esta información que le habías pedido.

—Gracias.

Anya aceptó el folleto, que informaba sobre una escuela internacional de traducción de San Francisco.

—¿Piensas refrescar tus conocimientos?

—Necesito mejorar mi preparación en lenguas africanas. Estoy teniendo dificultades para traducir algunos documentos.

—Esa escuela de traducción está en San Francisco, y todas las clases son nocturnas —obviamente lo había leído. No era precisamente muy respetuosa con la intimidad de su hija—. ¿Piensas matricularte? No puedes dejar a Charlie solo.

—Ya encontraré a alguien que lo cuide.

Claudette soltó un suspiro de resignación.

—Yo me encargaré de él.

—No es necesario.

—No, yo lo haré —declaró con tono firme—. Haremos una cosa. Los días que tengas clase, tú te quedarás en mi casa de la ciudad y yo me quedaré aquí a pasar la noche.

Pero lo último que quería Anya era que su madre se instalara en el dormitorio de invitados de su casa.

—De verdad, mamá, no puedo pedirte que...

—¡Absurdo! Necesito pasar algún tiempo a solas con mi nieto. Será divertido —subrayó la última palabra—. Tú siempre estás diciendo que quieres más diversión, ¿no?

Picada por su comentario, Anya optó por cambiar de tema:

—¿Ya has elegido lo que vas a ponerte para Halloween?

—Aún no. Hace unos años me compré un pequeño conjunto de doncella francesa, ya sabes, de vestido corto. Pero no creo que sea apropiado para los

niños...

—Probablemente no.

—Pero sigo teniendo unas bonitas piernas que lucir —se abrió el abrigo, mirándose los tobillos. Calzaba unos zapatos de tacón alto, de aguja—. Precisamente a Fredrick le gustaría que me disfrazase de doncella francesa...

Alzó una mano, mirándola boquiabierta:

—No me digas más, madre.

—Y tú no te escandalices tanto, querida. Por lo que he oído, últimamente Román y tú estáis muy unidos...

Anya no sentía el menor deseo de hablar con Claudette de su relación con Román.

—Precisamente ahora me disponía a verlo. Vamos a hacer las compras de Halloween.

—¿Compras? ¿Así es como le llaman ahora al sexo?

—He quedado con él en la puerta de la mansión, así que sí quieres te acompaño.

—No, gracias, me quedaré aquí —se quitó el abrigo—. De ese modo no tendrás que volver corriendo para ocuparte de Charlie.

Charlie no volvería a casa hasta dentro de tres horas, y Anya confiaba en estar de vuelta para entonces, pero no discutió con su madre. Años de experiencia le habían enseñado que cuando una idea se le metía en la cabeza, nada ni nadie conseguía cambiársela.

—Bien. Volveré en un par de horas.

Su plan era regresar con Román a casa. Después de cenar y una vez que acostara a Charlie, podrían...

—Anya... —le espetó su madre de pronto.

—¿Sí?

—Ten cuidado, cariño.

Era una recomendación muy extraña, al igual que su visita a *Légate*. ¿Claudette relacionándose íntimamente con Fredrick Slater? La idea le producía escalofríos.

En el aparcamiento, descubrió a Román al lado de su coche, hablando por el móvil.

—¿Llego tarde?

Justo en ese momento cortó la llamada.

—La espera ha merecido la pena.

Y para ella también. Vestido de traje, con un largo abrigo de cachemira,

parecía salido de una revista de moda. Una verdadera alegría para la vista. Al ver que se disponía a abrirle la puerta del coche, le propuso que fueran en su furgoneta.

—¿Por qué?

—Vamos de compras, ¿no? Necesitaremos bastante espacio.

—De acuerdo. Yo conduciré.

Le lanzó las llaves y se dirigió hacia su furgoneta. Una vez sentada, y antes de abrocharse el cinturón, pensó en quitarse la chaqueta para enseñarle su sensual suéter rojo. Al final cambió de idea. Era demasiado pronto.

—¿Adónde? —inquirió él.

—A un centro comercial cualquiera. Quiero comprar telarañas de mentira y quizás una o dos serpientes de goma. Ya he conseguido un disfraz de Frankenstein y...

—Ya he captado la idea.

Sonrió mientras salía del aparcamiento.

—Por cierto, todavía no me puedo creer que a la gente de *Légate* le encante tanto disfrazarse por Halloween.

—¿Aún no los has visto vestidos como científicos locos? La verdad es que no tienen que esforzarse mucho —repuso, arrancándole una carcajada.

Puso rumbo a Central Avenue. Aunque el centro comercial de South Sore se hallaba más cerca, necesitaba ir a Oakland para recoger su propio disfraz. Estaba ajustando el espejo retrovisor cuando descubrió un sedán negro, con los cristales tintados. No era la primera vez que lo veía.

—Mi madre se pasó hace un momento por casa —le comentó Anya—. Al parecer está saliendo con Fredrick Slater.

—No me sorprende —sabía que eran igual de ambiciosos. Y de inteligentes—. Tienen muchas cosas en común.

—Y también se está tomando mucho interés por Charlie. ¿Sabes? —sonrió—. Creo que lo de trasladarnos aquí ha sido lo mejor para él. Está muy contento en el colegio. Intelectualmente lo están estimulando mucho. Y aún le queda tiempo para jugar.

Román la escuchaba a medias, ya que seguía pendiente del sedán negro. No sabía a ciencia cierta si los estaba siguiendo. Aquella era la carretera principal que llevaba a Oakland y solía estar bastante transitada. Finalmente decidió detenerse en el arcén y dejarlo pasar.

—¿Qué haces?

—Creo que he oído un ruido extraño en el motor.

—El año pasado tuve que arreglar la transmisión. Espero que no haya vuelto a fallar.

Román fingió escuchar mientras veía pasar de largo el sedán negro. Le resultó imposible distinguir a los pasajeros, y tampoco pudo fijarse en la matrícula. Era un modelo reciente.

—Pues yo no oigo nada.

—Yo tampoco. Supongo que sería una falsa alarma —volvió a la carretera—. Dime... ¿Alguna otra noticia de Claudette?

—Se ha ofrecido a quedarse con Charlie los días que tenga clase en la escuela internacional de traducción de San Francisco. Será una sola noche por semana.

—¿Irás a la ciudad?

—Me muero de ganas. Es una pena vivir tan cerca y visitarla tan poco.

Pero a Román no le atraía nada la idea de que Anya paseara sola por San Francisco, sin escolta de ningún tipo... *Légate* tenía enemigos. Peor que eso: *Légate* era el enemigo. Hasta que resolviera aquel enigma, no quería perderla de vista ni un momento. Especialmente ahora, cuando le había proporcionado unos cuantos documentos sin importancia redactados en lenguas africanas poder acceder al informe fundamental sobre la epidemia de Topaku...

Hasta el momento, no había encontrado nada que indicase que *Légate* hubiera actuado de manera incorrecta o inapropiada. Maureen debía de haberse equivocado acerca de aquella presunta prueba que dormía en sus archivos...

—¿De qué idiomas vas a recibir clases?

—Serbocroata y lenguas africanas —respondió ella—. Estoy fascinada con el trabajo de ese médico polaco sobre fertilización artificial.

—¿Tu propia experiencia tiene que ver en ello?

—Sí. Nunca imaginé que llegaría a quedarme embarazada. Cuando Jeremy descubrió lo de los experimentos de *Légate*, yo ya estaba decidida a adoptar.

—¿Habrías sido feliz si hubieras adoptado?

—Absolutamente. Era Jeremy quien estaba empeñado en engendrar un hijo. Quizás porque el problema era suyo... —se interrumpió.

—Lo sé —dijo Román. Trabajando en laboratorios de bioquímica, Jeremy había estado en contacto con numerosas toxinas, bacterias y virus. Y al parecer había contraído algún tipo de infección que le había impedido tener hijos—. En cualquier caso, al final todo fue para mejor.

—Y que lo digas... Charlie es como una bendición del cielo.

Estaban cruzando un puente cuando Román reconoció el sedán negro aparcado a la entrada de un desvío. Si realmente los estaban vigilando, el conductor era extremadamente torpe... Casi como si quisiera que los descubriera. Si hubiera estado solo, lo habría obligado a dar la cara. Pero no podía poner a Anya en peligro. La única opción era despistar a su perseguidor.

—Ese médico polaco... —continuó Anya—. Hace referencia a un documento del doctor Neville, pero no he encontrado nada suyo en los archivos...

—Posiblemente guarde esa información en sus papeles personales.

—Se lo preguntaré.

Román se alarmó. No quería que Anya hablara con Neville. Nada bueno podría salir de un contacto semejante. Pero en aquel instante debía concentrarse en el sedán negro, que había vuelto a aparecer en el espejo retrovisor. Tenía que evitar las calles principales, las más densas de tráfico para maniobrar. Lanzó una mirada sobre su hombro y dio un brusco giro hacia la izquierda, saltándose dos carriles.

—Hey, ¿qué estás haciendo?

—Un atajo. De paso pongo a prueba el motor de tu furgoneta. Parece bueno.

De todas formas, sabía que no podía hacer gran cosa con aquel vehículo. De hecho, era como conducir una caja de zapatos. Cuando dio otro brusco giro a la izquierda, los neumáticos chirriaron.

—¡Román! —exclamó, alarmada—. ¡Para ya!

El coche negro seguía detrás. A su conductor no parecía importarle en absoluto que lo hubiera descubierto. Román pisó a fondo el acelerador, pero segundos después tuvo que tocar el freno. Estaban en un barrio de viviendas, con coches aparcados en segunda fila y niños jugando al fútbol en las calles. Ya no podía aumentar la velocidad.

Intentó prever lo que sucedería si frenaba en seco y giraba de golpe ciento ochenta grados. Probablemente no lo conseguiría con aquella furgoneta. ¿Y entonces qué? No llevaba armas, de modo que no podría resistirse...

Así que dio otro rápido giro. Por el espejo retrovisor, vio que el sedán negro continuaba recto. Rodeó varios bloques de casas. Aparentemente lo había despistado.

—Lo siento.

Se volvió hacia Anya.

—¿Quieres explicarme lo que está pasando?

—Sólo estaba intentando ganar algo de tiempo...

—No te creo. Parecías huir de alguien. ¿Es que nos estaban siguiendo?

—¿Por qué habría de seguirnos nadie?

Detestaba mentirle, pero no podía explicarle que *Légate* era una organización perversa y que él trabajaba para la CÍA

—Román, dime la verdad.

—Siempre he tenido un pésimo sentido de la orientación.

Se encogió de hombros.

—¿Quieres que me crea que has dado todas estas vueltas porque querías tomar un atajo y te has perdido?

—Sí. Quiero que te creas eso.

Podía sentir la intensidad de su mirada, intentando adivinar sus pensamientos. Era demasiado inteligente para poder mantenerla en una bendita y feliz ignorancia. De vuelta nuevamente en la calle principal, buscó algo para distraerla.

—¿Has visto eso? Un macrocentro comercial —se dirigió al aparcamiento—. Allí seguro que tienen esas serpientes de goma que necesitas...

—No piensas decirme qué diablos está pasando, ¿verdad?

Por toda respuesta, Román aparcó en un espacio libre.

—Halloween es mañana, y necesitas hacer esas compras.

Bajó del coche y barrió el aparcamiento con la mirada. Seguía sin ver el sedán negro. Todavía alerta, guió a Anya hacia la sección de disfraces del centro comercial. Pero justo cuando se disponían a entrar, el coche perseguidor apareció de pronto, deteniéndose a su lado. Actuando por instinto, Román se colocó delante de ella para protegerla con su cuerpo. Fue Peter Bunch quien se bajó del asiento del pasajero:

—Hola, Román.

Su antiguo ayudante parecía disfrutar de un aspecto muy saludable para una persona supuestamente desaparecida hacía varios meses. Y que al parecer trabajaba para CCV.

—Hola, Peter.

—¿Podemos hablar? Quería preguntarte acerca de cierto asunto.

—Claro —se volvió hacia Anya—. Entra en la tienda, por favor. Ahora mismo me reúno contigo.

Un brillo de furia asomó por un instante a sus ojos azules. Sin pronunciar una palabra, giró sobre sus talones y entró en la sección de disfraces.

—Una dama preciosa —comentó Peter.

—¿Qué diablos se supone que quiere decir eso?

—Sólo era una observación.

Román dio un paso hacia el sedán negro, que aceleró de pronto y se alejó. Antes de volverse hacia Peter, consiguió memorizar la matrícula.

—¿Por qué me estabas siguiendo?

—Tranquilo, amigo. Yo estoy con los buenos.

—CCV, ¿verdad? —dijo Román. No confiaba en el padre de Anya ni en su banda de extravagantes científicos—. Tú formas parte de ese grupo.

—Quizás —bajó la mirada con expresión tímida—. Sólo quería advertirte de que *Légate* oculta algo raro. Y que la gente está empezando a sospechar de ti.

—¿Qué gente? —le espetó Román—. Precisa un poco más, Peter.

—Ahora mismo no debería estar hablando contigo, pero...

Se mordió el labio, vacilando.

—Si tienes algo que decirme, adelante, suéltalo.

Cuando alzó de nuevo la vista, ya no parecía en absoluto tímido. Una expresión dura, fría, calculadora, se dibujaba en sus ojos.

—Es acerca de Charlie...

Capítulo 7

Anya empujaba su carrito por los pasillos del centro comercial. Estaba enfadada. Román no sólo se la había quitado de encima cuando lo abordó aquel joven, sino que le había mentido descaradamente. ¡Le había dicho que había tomado un atajo! Sabía que alguien los había estado siguiendo. ¿La creía acaso incapaz de digerir aquella información? ¿Estaba intentando protegerla? ¿De qué?

Cuando se volvió, vio a Román dirigiéndose hacia ella. Tenía la expresión tensa, reconcentrada. Parecía un hombre que albergara un profundo y oscuro secreto. Y Anya estaba decidida a descubrirlo.

—¿Quién era ese hombre?

—Un antiguo compañero.

—¿Por qué no me lo has presentado?

—Dejó a *Légate* en un mal lugar. Es mejor que no lo conozcas.

—¿Qué me estás escondiendo?

Apretó por un instante la mandíbula. En una fracción de segundo, todo rastro de tensión desapareció de su rostro.

—Olvidémonos de ese tipo, ¿de acuerdo? Y concentrémonos ahora mismo en lo verdaderamente importante: Halloween.

—Quiero saber la verdad —insistió, terca.

—Por el momento tendrás que confiar en mí.

—¿Cómo puedo confiar en ti cuando obviamente estás intentando esconderme algo?

—Porque yo te lo pido.

—Pues no es suficiente —lo maldijo en silencio.

Hacía menos de media hora, había estado planificando una elaborada estrategia para terminar aquella noche juntos... En la cama. Pero aquello se había acabado. No se acostaría con un hombre en quien no tuviera confianza.

—De acuerdo —se frotó tranquilamente las manos, como dando por terminado aquel asunto—. Terminemos con esas compras de una vez.

Cuando dio media vuelta y se dirigió al mostrador de los adornos de Halloween, Román sintió una extraña opresión en el pecho, como si se le hubiera desgarrado el corazón. Anya no confiaba en él, y no podía culparla

por ello. Le estaba escamoteando la verdad. Por desgracia, no podía hacer otra cosa. Compartir con ella todo lo que sabía significaría ponerla en un grave peligro.

La información que Peter Bunch le había facilitado acerca de Charlie era una verdadera bomba de relojería. Incluso después de que la comprobara, dudaba que alguna vez se atreviera a revelársela a Anya. Había cosas que siempre era mejor no saber.

El día de Halloween amaneció claro y despejado, pero Anya no parecía notarlo, como si tuviera una permanente nube de tormenta sobre la cabeza. Durante la víspera, la posibilidad de una tórrida y sensual aventura con Román se había evaporado en el aire.

Dio los últimos retoques a su disfraz. Dado que Charlie había elegido ir de momia, envuelto de la cabeza a los pies en jirones de sábanas, ella había optado por disfrazarse de Nefertiti. Llevaba una túnica blanca ceñida a la cintura con un cinturón dorado y una vistosa diadema negra y oro en la cabeza.

Charlie la aplaudió entusiasmado cuando la vio entrar en la cocina.

—Estás preciosa, mamá.

—Gracias. Pero yo no puedo decir lo mismo de ti —bromeó, mientras le ajustaba las vendas que le había cosido a la ropa para que no terminasen en el suelo desenrolladas.

—¿Doy miedo?

—Por supuesto. Estás verdaderamente aterrador.

Anya sonrió. Pese a sus expectativas, su hijo no conseguiría aterrorizar a sus compañeros. La noche anterior, mientras decoraban juntos la casa, se había dedicado a colgar falsas telarañas y esqueletos del techo. En aquel instante terminó su cuenco de cereales y se levantó rápidamente de la mesa.

—Me voy al colegio.

—Me tomo una taza de café y te acompaño.

—Es igual —ya estaba en la puerta—. No hace falta.

—Sólo un momento...

Aunque el colegio estaba muy cerca, no quería renunciar a aquella especie de ritual matutino. Siguió a Charlie hasta el porche.

—¡Hey, Harrison! —llamó el niño.

El vigilante armado apareció repentinamente de la nada, una irritante costumbre a la que Anya no había terminado de acostumbrarse. Harrison le lanzó una amable sonrisa.

—Buenos días, señora. Bonito disfraz.

—Gracias. Y usted... ¿De qué se va a disfrazar?

—Había pensado en ponerme un traje y llevar maletín.

—Eso no es nada aterrador —comentó Charlie.

—Pues a mi sí me lo parece —repuso el guardia, irónico.

El niño bajó los escalones de la entrada hacia el paseo.

—No te preocupes, mamá. Harrison me acompañará al colegio.

—Probablemente tendrá otras cosas que hacer.

—La verdad es que no, señora —se colgó su rifle automático al hombro

—. Puedo acompañar a Charlie. No hay problema.

El problema era de Anya. Quería acompañar a su hijo, tomarlo de la mano y charlar un rato con él. Quería que la necesitara. Pero ya se estaba alejando al lado de Harrison.

—¡Espera, Charlie! —bajó los escalones—. Dame un abrazo.

—Las momias no dan abrazos.

—Pero las mamás sí —lo estrechó contra su pecho, emocionada—. Te quiero mucho, corazón.

—Adiós.

Y se marchó sin mirar atrás, tranquilamente. Anya no pudo evitar una punzada de tristeza. Con lágrimas en los ojos, se quedó mirando a Charlie hasta que lo perdió de vista, recordando al bebé que había sido. Sus primeras palabras, sus primeros pasos... Ahogó un sollozo. No podía ponerse a llorar. No con todo aquel abigarrado maquillaje de Nefertiti...

Recogió su mochila y se encaminó hacia la mansión.

Antes de entrar en su pequeño despacho de la biblioteca, tenía intención de visitar al doctor Neville y solicitar acceso a sus archivos privados sobre los experimentos de fertilización artificial realizados en *Légate*. Tenía ganas de leer los artículos que había publicado al respecto. Entró en el vestíbulo principal y saludó a Jane Coopersmith.

—¿Dónde está tu disfraz, Jane?

Por toda respuesta, se recogió el pelo para mostrarle sus puntiagudas orejas de alienígena y alzó una mano para hacerle el típico saludo de Star Trek.

—Larga vida y prosperidad.

—Me gusta.

—Mister Spock es uno de mis personajes favoritos.

Muy apropiado para una mujer que trabajaba con tanta eficacia como

frialdad, con la diligencia y seguridad de una computadora.

A Anya le habría gustado tener una mayor relación con Jane, una de las escasas empleadas que vivían en la finca de *Légate*. Subió por la escalera central hasta el despacho del doctor Neville, y entró al ver que la puerta estaba entreabierta. No vio por ningún lado a su secretaria. Había un hombre alto, con una capa negra larga hasta los pies, inclinado sobre uno de los archivadores.

Cuando se volvió hacia ella, descubrió que era Román. Iba disfrazado de conde Drácula, con un esmoquin negro y una capa con el forro de raso rojo. Se había peinado el cabello negro hacia atrás. Nunca lo había visto tan peligrosamente atractivo...

En el instante en que le sonrió, Anya echó en falta un importante detalle de su disfraz.

—¿Y los colmillos?

—Bien, gracias.

Contuvo una carcajada. ¿Cómo podía seguir enfadada con él? Era imposible. Cuando desplegaba sus encantos, Román resultaba sencillamente irresistible. Aun así, procuró guardar las distancias.

—¿Qué andas haciendo aquí? ¿Está el doctor Neville?

—Estaba recogiendo información para ti —le entregó la carpeta de un expediente—. Éste es el documento que redactó Neville sobre la fertilización artificial.

Anya lo aceptó y se lo guardó en la mochila.

—Gracias.

—Bonito disfraz. ¿Cleopatra?

—Nefertiti.

No tenía ganas de mantener una conversación perfectamente natural, como si nada hubiera sucedido. De hecho, ni siquiera quería hablar con él. No era de confianza.

—¿De qué se ha disfrazado Charlie?

—De momia.

—Los niños del colegio saldrán todos juntos a eso de las once. ¿Piensas...?

—Debo irme ya —lo interrumpió de pronto, dejándole con la palabra en la boca—. Adiós.

Se marchó rápidamente. Muy a su pesar, se sentía culpable. El simple hecho de estar en una misma habitación con él le había llenado el corazón de

alegría, de gozo... ¿Cómo iba a poder renunciar a eso?

Román la siguió hasta la puerta y se quedó mirándola, apoyado en la barandilla de la escalera. «*Justo a tiempo*», pensó. Si Anya se le hubiera adelantado, habría podido tropezar con la pista documental que demostraría lo ocurrido con Charlie. Esa era una pista que estaba decidido a seguir, lo que significaba que tenía que conseguir acceso a los archivos confidenciales de la clínica. Los expedientes médicos de Jeremy, Anya y Charlie.

Si la información de Peter Bunch era correcta, Román no podía perder el tiempo. Tenía que sacar a la madre y al hijo de allí. Cuanto antes. Y *Légate* no era la única amenaza. Ya había identificado la matrícula del coche del que había visto bajar a Peter. Su propietario era Chou Liu, miembro de CCV y estrecho colaborador del padre de Anya.

Desde el rellano del primer piso, vio que Anya tropezaba con el doctor Neville al pie de la escalera. Aquello podía acarrearle problemas. Bajó corriendo los escalones, con la capa al vuelo. El psiquiatra llevaba su habitual traje gris con una corbata naranja y pañuelo a juego. Anya ya estaba hablando con él:

—Corbata naranja. ¿Es ese su disfraz, Neville?

—No del todo —se sacó de un bolsillo una pelota de espuma roja, con un agujero, y se la puso en la nariz—. Voy de payaso.

«*Un payaso muy peligroso*», pensó Román.

—¿De qué están hablando? —inquirió, sumándose a ellos.

—¿Te importa acaso? —le espetó Anya, de manera automática.

A Román no le gustó en absoluto la pensativa mirada que Neville le lanzó a Anya. No quería que el psiquiatra se pusiera a hacer preguntas. ¿Y si a Anya se le ocurría contarle su encuentro con Peter Bunch? Si hablaba demasiado, su misión secreta podía verse seriamente comprometida. Necesitaba que se mantuviera callada, pero sin revelar sus motivos.

—Vaya, vaya... —comentó Neville—. ¿Una discusión de amantes?

—¿Qué? —abrió mucho los ojos—. En absoluto. Román no es mi amante.

—Yo tenía la impresión de que estaban saliendo juntos —repuso, malicioso—. ¿Debo inferir que el soltero más codiciado de *Légate* está bajo de forma?

—¿Qué significa eso? —exigió saber Anya.

—Bueno, me parece que soy yo quien debería hacerle esa pregunta —retrocedió un paso—. ¿Qué significa eso para usted?

—Que *Légate* es peor que un pueblo pequeño, donde todo el mundo mete las narices donde no le importa —replicó ella.

—Entiendo... —asintió Neville—. Y usted tiene la sensación de que todo el mundo la está observando.

—Yo no soy una paranoica, doctor.

—Por supuesto que no. ¿Por qué no sube a mi despacho? Tenemos que hablar.

Pero Román estaba decidido a evitarlo.

—Discúlpeme, Neville... ¿Por qué piensa que Anya y yo somos amantes?

—Bueno, usted es un miembro muy popular de nuestra plantilla. Sobretudo entre las mujeres.

—¿Cree que la he seducido?

—Bueno, creo que más bien ustedes dos mantienen... —frunció los labios bajo su bigote—. Una relación.

—Un momento —los interrumpió de pronto Anya—. Ya está bien. No quiero oír más.

Girando sobre sus talones, se encaminó hacia la biblioteca.

—Será mejor que la acompañe —le dijo Román a Neville. Lo había conseguido. Había evitado que hablaran a solas—. Por cierto, he estado en su oficina. Anya estaba interesada en uno de los artículos que usted publicó.

—¿Cuál de ellos? Yo mismo...

—Ya hablaremos después —le dijo mientras se alejaba.

Una vez en la biblioteca, fue directamente a su despacho. Sentada ante su escritorio, estaba leyendo ya el artículo.

—Ojalá este despacho tuviera puerta... Te la habría cerrado en las narices.

Consciente de que su conversación debía de estar siendo grabada, Román escogió cuidadosamente sus palabras. Conocía la llave maestra para manipular a Anya: Charlie. ¿Pero cómo podía hacerle eso a ella? Se dijo que era un maldito manipulador, dispuesto siempre a tocar las teclas adecuadas para conseguir sus propósitos. A partir de aquel momento, carecería de toda legitimidad moral, incluso aunque lograra poner a *Légate* ante la justicia. En la escala del engaño, se había colocado a su mismo nivel.

Por un instante, se sumergió en el mar azul de sus ojos. Era una mujer tan hermosa... Tenía la barbilla levantada y el ceño levemente fruncido. Ansiaba acariciar su rostro, estrecharla en sus brazos, protegerla de todas aquellas malignas conspiraciones...

—¿Y bien? —inquirió con tono duro—. ¿Se puede saber qué haces ahí parado como un pasmarote?

—Estoy pensando en lo que debería decirte.

—Yo te sugeriría un «*adiós, buenos días*».

—Eso no te serviría de nada. Este lugar es demasiado pequeño para que nos evitemos el uno al otro.

—De todas maneras podría intentarlo.

—No sería justo para Charlie —en el instante en que mencionó el nombre de su hijo, vio que su expresión de frialdad vacilaba. Román acababa de jugar su mejor carta—. Tu hijo y yo tenemos una relación propia, te guste o no.

—No confío en ti, Román. Ya no. ¿Por qué debería fomentar tu amistad con Charlie?

—Porque de alguna manera, constituyo un vínculo directo con su padre. Jeremy y yo fuimos amigos durante muchos años. Yo puedo contarle historias sobre él que de no ser por mí, jamás conocería.

—No es cierto —le tembló la voz—. Yo lo sé todo sobre...

—Son cosas de hombres —Román continuó aprovechándose de su ventaja, aun sabiendo que le estaba haciendo daño—. El tipo de cosas que un padre y un hijo deberían compartir.

Anya negó con la cabeza, furiosa:

—Jeremy y yo hablamos de todo.

—¿De veras? —la desafió. Estaba a punto de ganar aquella batalla de voluntades. Pero era una victoria triste, vacía—. ¿Entonces por qué no te habló tu marido del compromiso que había contraído con el colegio de *Légate*? ¿Y de las disposiciones que dejó en su testamento?

Vio que se quedaba sin aliento. Su primer impulso fue abrazarla, consolarla, decirle que no era verdad, que Jeremy había confiado plenamente en ella. Que Charlie la amaba. Que era una madre maravillosa. Pero si se apiadaba de ella ahora, perdería su ventaja y descubriría su juego.

—Me necesitas, Anya.

Cuando volvió a alzar los ojos, ya se había recuperado un tanto. Su mirada era valiente, directa.

—De acuerdo, firmaremos una tregua. Por el bien de Charlie.

—Una cosa más... —añadió él—. Tenías razón acerca de que *Légate* es un paraíso para las murmuraciones. Cualquier cosa que suceda entre nosotros será privada.

—De acuerdo.

Román precisó aún más:

—Así que nada de confidencias con Neville.

—No te preocupes. Detesto que la gente se entrometa en mi vida —lo miró con mal disimulado disgusto.

El mensaje era obvio: No quería tampoco que Román se entrometiera en su vida. Se giró en su sillón y volvió a concentrarse en la lectura del documento que tenía delante.

Román se recogió la capa y abandonó la biblioteca. Pensó, irónico, que el disfraz de vampiro le quedaba bien. Había conseguido vampirizar lo que habría podido ser una cordial y hermosa relación con Anya.

Durante toda la mañana no pudo dejar de pensar en ella. La furia y el dolor que había visto en sus ojos lo acosaban continuamente. Habría debido buscar y encontrar una mejor manera de conseguir su colaboración. No tenía que haberla forzado de esa manera.

A las once, cuando salieron los niños del colegio, se incorporó a la fiesta de Halloween. Los niños encabezaban la cómica procesión de departamento en departamento, pidiendo golosinas. Anya también estaba entre ellos. Tenía una presencia, un halo que la hacía destacar entre los padres de los demás chicos. Una mujer hermosa y deslumbrante, que por desgracia, lo despreciaba.

Pero no se dejaría distraer de su investigación. Lo primero era lo primero. Ya había conseguido parte de la información que necesitaba. En la clínica había pedido una copia del expediente médico de Anya, con el pretexto de que deseaba conocer su fecha de nacimiento.

Observó a los niños corretear alegres por los pasillos de *Légate*, de ordinario tan sombríos y silenciosos. En su mayoría, los adultos estaban igual de contentos. Aquella fiesta era como un rayo de luz en aquel mundo tan gris.

Slater, vestido de maestro de ceremonias con un frac rojo y unos pantalones de equitación, no se olvidó de saludarlo. También lo hizo Neville, a regañadientes. Aparentemente y dejando a un lado los sentimientos personales, ambos estaban muy satisfechos con su trabajo como administrador jefe. Román, en cambio, nunca se había despreciado tanto a sí mismo. Había herido a Anya. Había sembrado en ella las dudas sobre sí misma, sobre su papel como madre.

A las seis debería haberse ido a casa, pero no podía marcharse sin verla una vez más. De alguna forma, como fuera, necesitaba redimirse ante sus ojos. Se dirigió por el sendero hacia su casa, sin saber muy bien lo que iba a

decirle.

Llamó a la puerta. Anya abrió de inmediato. Aunque todavía llevaba el disfraz de Nefertiti, se había lavado el maquillaje y soltado la melena rubia, libre de la diadema. Tenía una expresión expectante, nerviosa. Sin pronunciar una palabra, se lanzó a sus brazos.

Capítulo 8

Se aferró a él. Necesitaba de su fuerza, de su seguridad. El calor de su piel penetraba a través de su ropa, acelerándole el corazón.

—Charlie no está...

Su hijo ya no la necesitaba, al menos como antes. Esa era la lección que había recibido aquel día. Esa mañana se había ido al colegio con Harrison. Y esa tarde se había ido a San Francisco con su abuela y con Fredrick Slater, para asistir a las festividades de Halloween. Era viernes por la noche. Al día siguiente no tendría clase. Tanto Slater como Claudette le habían dejado perfectamente claro que ella debía quedarse en *Légate*. Supuestamente descansando, disfrutando de aquella oportunidad de quedarse a solas.

Pero Anya detestaba estar sin Charlie. Sin él, aquella casa estaba tan mortalmente silenciosa... Esa noche necesitaba del calor y del contacto de otro ser humano. Por eso se había lanzado a los brazos de Román, a pesar de que seguía furiosa y de saber que no podía confiar en él. Ansiaba hacer el amor. Necesitaba desesperadamente aquel desahogo casi animal.

Retirando el rostro de su pecho, alzó la cabeza con los ojos cerrados.

—Bésame.

Sintió acercarse su boca, la ardiente cercanía de su aliento. Sus labios le acariciaron las mejillas, el mentón, el cuello... Pero de repente experimentó un contacto extraño, como si la estuviera arañando con algo...

—¿Qué haces?

Fue entonces cuando vio sus colmillos de vampiro, el detalle que antes había echado en falta en su disfraz.

—Morderte el cuello.

Irritada, lo empujó suavemente.

—Éste no es momento para bromas. Quiero hacer el amor contigo.

—Obviamente, estoy deleitado —se quitó los falsos colmillos—. ¿Pero te importa si te pregunto por qué?

—Porque esta noche necesito que alguien se concentre por entero en darme placer.

—¡Ah! ¿Y yo he sido el afortunado?

—En efecto.

—Anya —se puso serio—, ¿qué es lo que te pasa?

—No quiero hablar —se acercó nuevamente a él, y con gesto irritado, le deshizo el nudo de la corbata de lazo—. Lo que quiero hacer ahora es desnudarte...

Le temblaban los dedos mientras le desabrochaba los botones de perla y le abría la camisa. Por debajo de la camiseta, deslizó las manos por su cálido y velludo pecho.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa? —le preguntó de pronto, sujetándose las.

Intentó liberarse, pero él la retuvo con firmeza.

—¿Tan difícil te resulta entenderlo? Quiero que hagamos el amor.

Román la acorraló entonces contra la puerta cerrada.

—¿Aquí mismo quieres? ¿Contra la puerta?

—¡Sí, maldita sea...! Aquí mismo.

Le devoró los labios con feroz apasionamiento, deslizando la lengua en el dulce interior de su boca. Ya no podía más. Adelantó un muslo entre sus piernas, obligándola a abrirlas. Nunca había besado a ninguna mujer con tanto ímpetu, con semejante frenesí. Se había transformado en un verdadero animal, en un auténtico vampiro...

Pero con la misma brusquedad, se apartó. Un brillo fiero, diabólico, asomó a sus ojos.

—¿De verdad es esto lo que quieres?

Parte de su ser anhelaba gritarle: «¡Sí, sí, sí!». Era como si estuviera colgando del borde de un abismo, luchando por no soltarse de la realidad.

—Vamos, dímelo —exigió Román—. ¿Es esto lo que quieres?

Lo contempló, sin aliento. Allí estaba, un hombre que estaba a punto de poseerla en un arrebató de pasión. ¿Era verdaderamente eso lo que quería? ¿Una pasión física sin amor, sin confianza en la otra persona?

—No —respondió al fin.

Román se volvió para dirigirse a la cocina. Jadeando, Anya se apoyó contra la puerta y cerró los ojos. El corazón le latía a toda velocidad, enloquecido. Todavía tenía escalofríos, pero aquel momento de abrumadora y demente necesidad ya estaba empezando a ceder, a disolverse en la cruda realidad.

¿En qué había estado pensando? Había perdido completamente la cabeza. Mantener una relación sexual con Román, era un error del que se arrepentiría el resto de su vida. Ese día le había dicho cosas muy crueles, le había

sugerido que necesitaba un hombre para poder educar apropiadamente a su hijo, insinuado que su relación con Jeremy no había sido ideal. Por supuesto que no había sido perfecta. Ninguna pareja lo era.

Se apartó de la puerta. Le flaqueaban las rodillas, pero se obligó a entrar en la cocina, donde Román acababa de abrir una botella de vino.

—¿Por qué has venido aquí esta noche?

—Quería verte —contestó él—. La conversación que tuvimos esta mañana... Bueno, me quedé intranquilo, a disgusto. No debí haberte dicho todas esas cosas.

Anya se quedó sorprendida. En realidad, su propio comportamiento también había dejado mucho que desear.

—Ambos dijimos cosas inconvenientes. Estamos empatados.

—¿Significa eso que estás dispuesta a que...?

—A que volvamos a ser amigos —terminó por él.

—Estupendo.

Román le ofreció una copa de vino blanco y pasó a su lado sin tocarla. De pie en medio del salón, miró a su alrededor como revisando la decoración de Halloween. Falsas telarañas con ocasionales y gigantescas tarántulas, lámparas hechas de calabazas huecas que constituían la única iluminación... Y un muñeco sin cabeza desmadejado sobre la mecedora.

—Qué siniestro —comentó.

Anya procuró mantener una actitud tranquila, casi distante.

—La verdad es que casi podría empezar a retirar toda la decoración. Esta noche ya no habrá fiesta alguna. Charlie no está en casa.

—¿Dónde está?

—Slater y mi madre lo invitaron a participar en la gran fiesta de la ciudad. Quería visitar una casa hechizada y...

—¿La casa de tu madre? —inquirió, irónico.

—Lo cierto... —sonrió—. Es que a veces Claudette puede llegar a ser terrorífica.

Bebió un sorbo de vino. El corazón seguía latiéndole muy rápido, pero había recuperado un mínimo de equilibrio emocional. Sólo ahora se daba cuenta de lo agotada que estaba. Se acercó a una de las calabazas iluminadas y se inclinó para soplar la vela. La penumbra de la habitación se intensificó aún más.

—Este Halloween no ha salido como yo esperaba —se había imaginado constantes llamadas a la puerta, con niños disfrazados visitando la casa. Y a

Charlie riendo y charlando por los codos, gozoso—. Pensaba leerle esta noche a Charlie el cuento de *El Jinete Sin Cabeza*.

—Si quieres, yo puedo contarte un par de historias de miedo...

—¿Inventadas?

—No todas.

—Te contaré yo una. Érase a una vez una niña solitaria que deseaba tener una familia más que cualquier otra cosa en el mundo. La habían robado...

—Espero que no fueran los gitanos. Mi gente lleva siglos cargando con el estigma de los ladrones de niños.

—No, no fueron gitanos. La robó un científico loco.

Se interrumpió para soplar otra vela. Y otra más. Ya solamente quedaban dos.

—¿Qué le sucedió a la pequeña?

—Consiguió lo que quería. Una familia propia. Pero luego la perdió. Fin de la historia. Espeluznante, ¿verdad?

Román sostenía la última calabaza encendida. La tenue luz de la vela se reflejaba en su rostro atractivo. Tenía una expresión entre preocupada y compungida, casi como si se apiadara de ella. Anya sopló la vela. Aunque todavía quedaba un resplandor procedente de la cocina, estaban a oscuras. Reinaba un absoluto silencio.

—Charlie no te abandonará. Simplemente está creciendo.

—Sí, pero demasiado rápido. Esta mañana no quiso que lo acompañara al colegio. Y esta noche se ha ido con mi madre y con Slater.

—Tu hijo te adora.

Anya se alegró de que no pudiera verle la cara. Aquella sencilla frase la había dejado conmovida. Le escocían las lágrimas bajo los párpados.

—Bueno, creo que debería acostarme ya...

—¿Sola?

Su voz destilaba un tono burlón, pero ella estaba demasiado avergonzada para ponerse a bromear.

—Desde luego —se dirigió a la escalera—. Buenas noches, Román.

—Que duermas bien —repuso mientras la observaba cruzar el salón.

Su vestido blanco y su rubia melena destacaban en la oscuridad. Todavía podía sentir el ardor de sus besos en los labios.

De repente, al pie de la escalera, se volvió hacia él.

—Lamento lo que ha sucedido hace unos minutos. Cuando me lancé a tus brazos de esa manera, debiste de pensar que estaba loca...

«*Loca y terriblemente excitante*», se dijo Román para sus adentros.

—Para nada.

—Gracias por ser tan comprensivo —empezó a subir los escalones, hacia su dormitorio—. Eres un buen amigo.

«*Un amigo*». La palabra le repugnaba. Los amigos no hacían el amor. Los amigos no compartían la clase de pasión que podía reducir un mundo entero a cenizas. Resultaba difícil de creer que aquella mujer se le hubiera echado en los brazos y él no le hubiese hecho el amor. Lo había querido, desde luego. Pero por nada del mundo habría cedido a aquel deseo allí, en *Légate*, donde la continua vigilancia era una forma de vida.

No tenía ninguna gana de dar un espectáculo gratuito. Cuando llegara la ocasión adecuada, haría el amor con Anya en su propia cama. Podía imaginarse fácilmente su cuerpo esbelto entre sus sábanas negras de seda, con su dorada melena derramada sobre la almohada...

Una punzada de deseo y necesidad le alborotó la sangre. Maldijo para sus adentros. Tenía que dejar de pensar en esas cosas si quería salir de aquella casa cuanto antes... Encendió la lámpara del vestíbulo. Tenía que concentrarse en otra cosa: Su misión secreta. El simple hecho de recordarla bastaba para apagar hasta la menor llama de deseo.

Atravesó el salón, se acercó al pequeño y ordenado escritorio que había cerca de la puerta. La mochila de Anya se hallaba en el suelo, a su lado. Abrió cuidadosamente el único cajón, confiando en encontrar dentro el expediente médico de Charlie. Buscó entre los papeles. No había ningún expediente médico. En su mayor parte eran documentos legales, datos fiscales... Hasta que sacó una carpeta con la palabra «*testamento*». Allí estaba. El ejemplar original del testamento de Jeremy, firmado con su puño y letra. Un gran hallazgo.

Transcurrieron más de dos semanas antes de que Anya volviera a quedarse a solas con Román. Necesitaba ir a San Francisco para asistir a su primera clase de traducción, y él insistió en llevarla.

Al atardecer salieron de *Légate*, con Román al volante de su coche. Un incómodo silencio reinaba entre ellos. Un millar de posibles tópicos de conversación flotaba en el aire. Desafortunadamente, novecientos noventa y nueve tenían que ver con el sexo, y ese tema sí que no lo quería tocar...

—No tenías ninguna necesidad de acompañarme, de verdad... —le dijo al fin, aclarándose la garganta.

—No hay problema.

—Soy perfectamente capaz de orientarme sola en la gran ciudad.

—A mí me gusta ir a la ciudad. La escuela internacional de traducción no está lejos de Chinatown, y le prometí a Charlie que le compraría otro puzzle chino.

Su hijo siempre llevaba en el bolsillo el amuleto de dragón de la caja china que Román le había regalado.

—Charlie no necesita más regalos.

La semana pasada, Fredrick Slater le había regalado un ordenador de bolsillo de nueva generación, con una multitud de funciones. Demasiado caro para ser un simple juguete. A Anya le preocupaban todas aquellas atenciones, temerosa de que pudieran convertir a su hijo en un niño mimado y caprichoso.

Pero no era en Charlie precisamente en quien estaba pensando en aquel momento, sino en el hombre que estaba sentado a su lado. Román encendió el CD y puso un disco del guitarrista español Andrés Segovia. La música disimulaba la tensión del ambiente, sin despejarla en absoluto. Después de Halloween, ya no había vuelto a besarla. Cada vez que se rozaban accidentalmente, él daba un respingo como si se hubiera quemado.

Anya intentó decirse que era mejor así. Román era un gran amigo, un confidente y una gran compañía para su hijo. No quería malograr aquella relación con algo más profundo. Había sido un error pensar que podía mantener relaciones sexuales con él por simple diversión...

Aun así, no podía evitar sentirse terriblemente atraída. Precisamente la noche anterior, cuando estuvo contándole un cuento a Charlie sobre un príncipe gitano, sentado en su cama, pensó que era el hombre más guapo y encantador que había visto en su vida. ¿Se lo dijo acaso? ¡No! Evidentemente era una cobarde.

Pero había otra razón por la que no quería intimar demasiado con Román, que tampoco se había atrevido a mencionarle. Cuanto más leía sobre las investigaciones del doctor Neville, más motivos encontraba para cuestionar éticamente su proyecto. De hecho, estaba empezando a sospechar que no todo era trigo limpio en *Légate Corporation*.

—Así que vas a recibir tu primera clase de traducción...

—Sí.

Se preguntó cuánto sabría sobre la investigación de Neville. Detestaba pensar que había aprobado aquellos experimentos. Pero... ¿Cómo habría podido ignorarlos?

—No parece una fecha muy apropiada para empezar un semestre — comentó Román.

—No es una clase convencional. Al parecer, soy la única persona interesada por el serbocroata y la lengua bantú. Es una clase especial, de un solo alumno.

—Que eres tú.

—Efectivamente. Y si me gusta el profesor, volveré.

Román asintió con la cabeza y ella también, sin saber qué decir. La música de Segovia seguía sonando en el CD. Se atrevió a contemplar discretamente su perfil. Tenía un ligero abultamiento en el puente de la nariz, como si se lo hubiera roto en una pelea o en un accidente. Una sombra de barba cubría su mandíbula cuadrada. Evocó el áspero contacto de su mejilla bajo los dedos. Como si eso pudiera servirle de algo...

—Román, ¿has estado intentando evitar quedarte a solas conmigo?

—No.

Había respondido con demasiada rapidez. Parecía inquieto, nervioso.

—¿Te pasa algo?

—Problemas de trabajo —contestó él—. Nunca faltan en *Légate*.

—¿Quieres compartirlos conmigo?

—La verdad es que no.

Anya optó por insistir:

—A veces es mejor hablarlos con otra persona.

—Y a veces no —se pasó una mano por el pelo—. Te diré la verdad, Anya. Quiero olvidarme de *Légate*. Del trabajo, los proyectos, las complicaciones... Quiero pasarme medio año en una isla tropical sin preocuparme de nada...

—¿Solo?

—Tú te podrías venir —una sonrisa maliciosa asomó a sus labios—. Pero tienes que prometerme que no te pondrás más ropa que un bikini y un pareo.

—¿Y tú qué te pondrás?

—No mucho, tampoco. Quiero sentir el sol calentándome todo el cuerpo. Tumbarme en una playa de arena blanca a la sombra de una palmera, arrullado por la brisa...

—Suena a fantasía muy elaborada...

—A estas alturas deberías saber que yo nunca hago nada a medias.

Era verdad. Una vez que Román tomaba una decisión, nada lo desviaba de su propósito.

—¿Y qué pasa con Charlie? ¿Lo aceptarías también en tu isla?

—Seguro. Y le enseñaría a navegar, a pescar, a hacer surf... No se permitiría la entrada a ningún genio de la ciencia.

—Eso me gusta —comentó, sincera.

—Solo Charlie, tú y yo, paseando descalzos por la playa, chapoteando en el agua de color azul turquesa. Sin responsabilidades. Sin prisas.

Mientras se acercaban al Bay Bridge, su visión de aquel cálido paraíso tropical se vio eclipsada por la realidad. Era una vista absolutamente distinta, pero a la vez extrañamente seductora. Bajo el puente las aguas corrían oscuras, misteriosas, tenebrosas. Al otro lado, el perfil de la ciudad de San Francisco se dibujaba en medio de una fina niebla.

—Esto es bastante diferente del trópico.

—Justo lo opuesto —matizó Román—. Multitudes de gente, un bullicio constante... Pero también me gusta la ciudad. Tiene una intensidad que me estimula.

Una vez en la ciudad localizó fácilmente la dirección de la escuela internacional de traducción, a unas pocas manzanas de Union Square. El edificio de ladrillo de cuatro pisos, se levantaba al lado de otros de arquitectura muy distinta, un rasgo típico de la ecléctica San Francisco. Román se detuvo ante un semáforo, en la misma puerta:

—Te acompaño. Déjame que encuentre antes aparcamiento...

—No seas tonto. Ya voy sola.

—¿En qué aula darás la clase?

Anyá sacó un papel del bolso.

—En la 228. La clase terminará a eso de las nueve.

—Si no encuentro dónde aparcar, te esperaré aquí.

—Gracias, Román.

Antes de bajar del coche, alzó una mano para acariciarle la mejilla. Se dirigió apresuradamente hacia la entrada. El vestíbulo estaba vacío. Subió al primer piso por la escalera y llamó a la puerta del aula 228. Como no contestó nadie, se decidió a entrar.

El eco de sus pasos resonaba en el suelo de madera. ¿Acaso era la única persona en todo el edificio? Sintió un escalofrío. Por un instante se arrepintió de haberse desembarazado de Román con tanta rapidez...

Dejó el bolso en una de las sillas y paseó por la habitación, examinando los carteles de paisajes exóticos que decoraban las paredes. Uno era de Aruba, muy semejante a la isla tropical de la fantasía de Román. De repente

se abrió la puerta, dando paso a un hombre con un abrigo largo. Llevaba el cuello subido. Algo en su modo de andar y en su postura le resultó inmediatamente familiar. Cerró la puerta y se volvió hacia ella.

—Me alegro de verte, corazón —la saludó mientras se quitaba el abrigo.

—¿Papá?

Capítulo 9

Román aparcó finalmente en North Beach, más allá de Chinatown. Tenía otro motivo para visitar la ciudad aquella tarde, y su nombre era Maureen. En el interior del restaurante *Corelli*, su contacto en la CÍA se hallaba sentada en una mesa con mantel a cuadros, de espaldas a la pared. El escote de su blusa azul lavanda le llegaba casi hasta la cintura. En un hombro llevaba prendida una flor de seda, a juego.

Asumiendo de inmediato su papel de «*amante*», Román le dio un beso antes de tomar asiento.

—¿Te han seguido? —quiso saber Maureen.

—Desde *Légate*, no. Pero una vez que entré en la ciudad, ya no puedo estar tan seguro. Había mucho tráfico —miró el menú—. ¿Podemos hablar aquí con libertad?

—Sólo durante un rato.

El restaurante estaba casi lleno, y el rumor de las conversaciones de las otras mesas disimularía el suyo. Incluso un experto en audiovigilancia necesitaría unos minutos para ajustar la frecuencia de escucha.

—Seré rápido.

Maureen se ajustó su flor de seda, sonriendo.

—La grabadora está en marcha. Con imágenes y todo.

—Una minicámara oculta en una orquídea de seda. Muy apropiado.

—Háblale a la flor.

Román recitó una lista de nombres y fechas relacionados con una empresa bancada del Pacífico Sur. Fue precisamente a raíz de su investigación en aquel proyecto cuando empezó a fantasear sobre futuras fugas a islas tropicales. Maureen se inclinó hacia él:

—Necesito algo más. ¿Estas seguro de que no puedes acceder a los archivos informáticos?

—Ya sabes que no —contestó con tono paciente—. Eso sería el final. Mi último recurso antes de dar por cerrada mi operación secreta.

Algo que por cierto, ardía en deseos de hacer. Tan pronto como descubriera el origen y el móvil de la explosión del Edificio Catorce que acabó con la vida del marido de Anya.

—¿Tienes algo para mí sobre el testamento de Jeremy?

Maureen sacó un sobre del bolso y lo dejó sobre la mesa.

—Aquí tienes tu original. No es una falsificación. Pero los análisis demuestran que el papel de ciertas cláusulas es ligeramente distinto.

Román sacó la conclusión lógica.

—Los abogados de Slater añadieron la cláusula que disponía el ingreso de Charlie en la escuela.

—Posiblemente. Pero no es el tipo de prueba sólida que se pueda utilizar en un tribunal. Puede haber muchas otras explicaciones para el hecho de que el papel sea diferente.

Otra pista que no llevaba a ningún lado. Román se guardó el sobre en un bolsillo interior del abrigo.

—Necesitamos elaborar urgentemente una estrategia de escape para Anya y Charlie.

—Por lo que yo sé, ella es libre de marcharse.

Pero Román sabía que no era así. Ya había conseguido los expedientes médicos y confirmado la información que le había facilitado Peter Bunch.

—No será fácil. Puede que a Anya le cueste bastante sacar de allí a su hijo.

—¿Por qué? —Maureen frunció el ceño—. ¿Me estás ocultando alguna información?

—Desconecta tu flor y te lo diré —de repente dio un respingo, como si la hubiera picado una avispa—. ¿Qué pasa? —inquirió, alarmado.

—Estoy captando algo.

Ladeó la cabeza y se llevó una mano al pendiente, que ocultaba un diminuto transmisor.

—No puedo creerlo —masculló Román—. Una minicámara en la blusa y un micrófono en el pendiente. Sólo te falta llevar un fax portátil en el sostén...

—Silencio —le espetó.

—¿Qué estás oyendo? ¿Una radio sintonizada con un canal secreto?

—Los chicos están vigilando a Anya —le explicó, muy seria—. Acaba de salir de la escuela internacional de traducción.

Román maldijo para sus adentros. No debió haberla dejado allí sola.

—¿Adónde se dirige?

—Está con un hombre.

—¿Quién es? —inquirió mientras se levantaba.

—Wade Bouchard. Su padre.

Se volvió para dirigirse hacia la puerta. Maureen salió con él.

—Se dirigen hacia Chinatown —le informó, con una mano en el oído.

Sólo estaban a unas manzanas de distancia. Era más rápido ir andando.

—¿En qué parte de Chinatown?

—California esquina Grant —lo agarró de un brazo para que no echara a correr—. Tranquilo, Román. Mis chicos de vigilancia están detrás. Quieren seguirle la pista a Bouchard.

—¿Ah, sí? —el padre de Anya no podía importarle menos—. Pues a mí quien me preocupa es ella.

—No te entrometas.

Le apretó el brazo.

—Ya verás como sí —no se quedaría de brazos cruzados mientras la CÍA se servía de Anya como cebo—. Hasta luego.

Se liberó de un tirón y se alejó corriendo.

Maureen era una agente bien entrenada. Dada la oportunidad, no le habría resultado difícil detenerlo con una llave de arte marcial. Pero Román era más rápido.

Corrió esquivando a los peatones y a los coches, y empezó a subir hacia Chinatown. Maldijo una vez más para sus adentros. ¿Qué diablos querría Wade Bouchard de su hija?

Anya caminaba en silencio al lado de su padre. Había envejecido considerablemente desde la última vez que lo vio. Parecía más bajo, aunque era de la misma estatura que ella. Su pelo gris tenía acusadas entradas y su rostro estaba surcado de arrugas. Solamente los vivaces ojos azules eran los mismos de siempre.

—Me encanta Chinatown —hizo un amplio gesto con el brazo, abarcando desde las tiendas profusamente iluminadas hasta los tejados en forma de pagoda. Era un lugar fascinante, dotado al mismo tiempo de un aire de misterio—. ¿Te traje alguna vez aquí cuando eras pequeña?

—No lo recuerdo —dudaba que hubieran hecho alguna vez un viaje a San Francisco. De niña, seguro que la habrían impresionado aquellas exóticas calles con letreros escritos en inglés y en chino, y faroles rojos decorados con dragones labrados—. Podrías traer a Charlie aquí. Le gustan mucho los dragones.

—¿De veras?

Anya tuvo que apartarse para dejar pasar a una mujer de rasgos orientales

que empujaba un carrito lleno de telas. Estaba llegando al colmo de su paciencia... ¿Adónde diablos quería llevarla Wade? De repente vio que se detenía en el famoso mercado de Wang Ho, examinando los calamares frescos.

—¿Quieres comprar algunos? Los calamares están deliciosos con...

—Buena idea —lo interrumpió—. ¿Por qué no los preparamos para el Día de Acción de Gracias?

—¿Qué?

—El Día de Acción de Gracias —repitió—. Es la semana que viene, aunque...

«¿Qué te importa eso a ti? Es una fecha para pasarla en familia. Una de aquellas ocasiones que tú jamás te has dignado celebrar.»

—El Día del Pavo —se burló—. Un día de glotonería mientras las tres cuartas partes del mundo se mueren de hambre. Y para celebrar el sometimiento de los pobres indígenas norteamericanos...

—¡Basta ya! ¿Se puede saber para qué quieres verme?

Wade lanzó una precavida mirada sobre su hombro, como buscando un invisible enemigo.

—Has cometido un error muy grave al llevar a Charlie a *Légate*, Anya.

—No me eches sermones. Tu opinión no me interesa.

—Es algo más que una opinión. *Légate* es el mal. Tú estás en peligro. Y yo no soy el único que lo piensa.

—¿Quién más? ¿Alguno de tus amigos científicos del CCV?

—No espero que comprendas nuestra misión y objetivos —esbozó una triste sonrisa—, pero...

—Sé perfectamente lo que está pasando —se negaba a creer en todas aquellas absurdas teorías de la conspiración—. Te has pasado la vida luchando contra molinos de viento como si fueran gigantes, y detestas la idea de que tu nieto pueda estar aprendiendo algo en *Légate*.

Al ver que sacudía la cabeza y seguía andando, estuvo a punto de marcharse. Lo que debía hacer era volver a la escuela y esperar a que Román la recogiera a las nueve, pero... ¿Y si su padre tenía razón? Mientras estuvo estudiando los papeles de Neville, tuvo la sensación de que algunos de los procedimientos de *Légate* no eran muy éticos. ¿Y si existía realmente el peligro del que le había hablado Wade?

—Por lo menos podrías decirme lo que piensas al respecto...

—¿Conoces el caso de la epidemia de Topaku?

—Sí. Una aldea africana fue diezmada por un virus. Gracias a *Légate*, la epidemia se detuvo antes de que pudiera extenderse más.

—Ya, gracias a *Légate* —masculló Wade—. Si mi información epidemiológica es correcta, y lo suele ser siempre, el virus en cuestión procedía del grupo Filoviridae, semejante al Ébola, de origen animal.

—¿Por qué no me explicas todo esto en términos sencillos, para que yo lo pueda comprender?

—El virus se extiende a partir del contacto con el ganado, los pájaros o los insectos. ¿Por qué apareció de repente en una aldea tan aislada como aquella? ¿Y por qué no continuó extendiéndose?

Anya había leído suficientes documentos para hacerse una idea de lo ocurrido.

—*Légate* desarrolló una vacuna que tuvo éxito. Fueron ellos quienes frenaron el contagio.

—¿De los mosquitos? ¿De los pájaros?

—¿Qué estás sugiriendo?

—Si la epidemia pudo ser controlada con tanta eficacia fue porque estuvo planificada. *Légate* probó la eficacia de su virus y de su vacuna en Topaku.

Si era cierta, la acusación de Wade era horrible. *Légate* había experimentado con seres humanos.

—¿Crees que sus habitantes fueron infectados a propósito?

—Sí.

Pero Anya no podía creerlo.

—¿Qué pruebas tienes?

—Si las tuviera, ahora mismo no estaría aquí. Las habría presentado a los tribunales y *Légate* habría pasado a la historia.

—¿Así que se trata de otra teoría tuya?

Wade se detuvo en la entrada de un callejón y se volvió hacia ella.

—Si yo tuviera acceso a los archivos de *Légate*, podría probar estar acusaciones. Y tú puedes ayudarme, Anya.

Pensó que si su teoría era cierta, tendría la obligación moral de ayudarlo. Y si no lo era, al menos le demostraría que estaba equivocado, y lo obligaría así a abandonar aquellas terribles suposiciones.

—¿Qué es lo que quieres que busque?

—Un informe breve, una especie de memorándum. Está parcialmente redactado en bantú. El hombre que lo envió se llamaba Aringa.

Anya evocó las filas y filas de estantes llenos de legajos del archivo, y las

cámaras de videovigilancia que grababan cada uno de sus movimientos.

—Encontrar ese informe podría resultar bastante difícil.

—Yo sé que existe. Y *Légate* lo guarda todo, incluidas las notas personales de los científicos que trabajaron en el virus y en la vacuna.

Una horrible sospecha se abrió paso en su mente. Su marido había sido bioquímico. Esa había sido su especialidad.

—Según tu teoría... ¿Jeremy estuvo involucrado?

—No —se apresuró a responder Wade—. Jeremy era un buen hombre. Cuando murió, estaba a punto de dar por terminada su relación profesional con *Légate*.

A ella jamás le había mencionado nada parecido.

—¿Cómo es que conocías los planes de Jeremy? ¿Hablaste con él?

—Tengo mis fuentes —contestó, evasivo.

Aunque no era lo suficientemente crédula como para dar sus teorías por verdaderas, le preguntó:

—¿Qué es lo que sabes de Román? ¿Puedo confiar en él?

Wade entró entonces en el callejón:

—Acompáñame, Anya. Ya te irás enterando de todo. Tú puedes ayudarme. Trabajaremos juntos.

Desde que era niña, había estado esperando a que le hiciera una invitación semejante. «*Acompáñame. Sé parte de mi vida*». En cada ocasión en que se había despedido de ella, había querido acompañarlo. La niña abandonada que vivía en su interior seguía sintiéndose atraída por aquel hombre.

Pero tenía que resistirse. Ya era una mujer adulta, incluso tenía un hijo. Si aceptaba ayudarlo, se exponería a algún peligro. Y a Charlie también.

—No puedo trabajar contigo, papá. Buscaré ese presunto informe, pero nada más.

—Si cambias de idea...

—No lo haré —replicó con tono firme—. No quiero formar parte de tu extraña banda de científicos renegados.

—Es una pena. Nos vendría muy bien alguien con tu talento para los idiomas —le hizo un guiño—. Estaremos en contacto.

Con sorprendente agilidad, se giró en redondo y se internó en el callejón. Entró por una puerta disimulada en la pared de ladrillo, casi invisible. Y desapareció.

Una voz susurró en su interior: «*Adiós, papá. Te quiero*». Pero no llegó a pronunciar las palabras. El término «*amor*» jamás había formado parte del

vocabulario de Wade Bouchard. Consagrado como estaba a la salvación del mundo, jamás había perdido el tiempo con una hija que necesitaba un padre.

Pero ansiaba acompañarlo. Vacilante, entró también en el callejón.

Cuando llegó a Grant Street, Román aminoró el paso. Le dolía el pecho, pero no de la carrera. Tenía una forma física excelente, podría correr durante horas. Era el miedo lo que atenazaba sus pulmones. Por debajo del abrigo, un sudor frío le empapaba la camisa. ¿Y si no podía encontrarla? «*Concéntrate. Busca bien*», se ordenó.

A las ocho de una tarde laborable de Noviembre, los peatones de Chinatown se movían con un propósito fijo: Se dirigían de vuelta a sus casas o estaban terminando los últimos recados. El tráfico de coches era lento, pesado. Se asomó a una tienda de recuerdos con baratijas y postales. Pero Anya no había ido allí de compras. No podía haber entrado.

¿Dónde diablos estaría? El pensamiento de perderla lo aterrizzaba. Tenía que encontrarla. Cuando lo hiciera, se acabarían las mentiras entre ellos. Le contaría la verdad sobre todo. Sobre *Légate*, la vigilancia constante y la muerte de Jeremy. Ya estaba harto de mentiras y medias verdades.

Entre los peatones del otro lado de la calle, alcanzó a vislumbrar una melena de color rubio platino. ¡Anya! Corrió hacia ella. Estaba en la acera, inmóvil, mirando los productos expuestos en la tienda de un mercado. Aunque parecía encontrarse sola, era posible que su padre anduviera cerca. Tal vez la CÍA la estaba vigilando, pero siempre existía el peligro de que también lo hiciera el servicio de seguridad de *Légate*.

Sabía que debería haber sido más sutil en su acercamiento, pero fue incapaz de contenerse. Su primer impulso era protegerla, llevarla a algún lugar seguro. Le tocó un brazo, casi para convencerse de que era real.

Cuando alzó los ojos hacia él, vio que tenía una expresión confundida y emocionada a la vez.

—¿Román? ¿Qué estás haciendo aquí?

Se la quedó mirando durante un rato en silencio, sin poder reaccionar.

—El puzzle chino —pronunció al fin. Acababa de romper su promesa de no mentirle—. Estaba buscando otra caja china para Charlie.

Anya asintió lentamente. Parecía lejana, distante... Román se preguntó qué le habría contado su padre. Se temía lo peor.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué?

—Tu clase —le recordó—. En la escuela de traducción.

—¡Oh! No ha pasado nada —hizo un gesto de indiferencia—. El profesor no apareció. Debió de surgirle una emergencia familiar o algo parecido. Luego me vine aquí, buscándote...

Como la mayor parte de la gente que no estaba acostumbrada a mentir, había dicho demasiado. Y se le había notado.

—Déjame ver el programa que te han dado.

Anya sacó del bolso una única hoja con el logotipo de la escuela internacional de traducción. Figuraba el número del aula en la que la habían citado, la fecha y la hora. El profesor se llamaba Chou Liu... Y coincidía con el titular de la matrícula del coche del que había visto bajar a Peter Bunch. La clase de idiomas había sido un montaje. Debió haberlo adivinado.

—¿Has podido comprobarlo?

Vio que bajaba la mirada. Era una pésima mentirosa.

—El edificio estaba abierto. Encontré a alguien. Daré mi clase la semana que viene, a la misma hora.

¿Y encontrarse con su padre otra vez? No, si Román podía evitarlo.

—La próxima vez entraré contigo. Para asegurarme de que esté tu profesor.

Anya tragó saliva, forzando una sonrisa.

—No necesitas hacerlo, de verdad...

¿Por qué le ocultaba la verdad? ¿Por qué diablos se estaban mintiendo el uno al otro?

—Hace frío aquí afuera. Vámonos.

La tomó del brazo y la llevó hacia su coche. Mientras caminaban, no pudo sacudirse una sensación de peligro. Casi podía sentir la mirada de los vigilantes que los espiaban en la sombra. Estaban por todas partes. La CÍA, la seguridad de *Légate*, los militantes de CCV...

Le habría gustado tener un arma para protegerla. Cuando arriesgaba su propia piel, no sentía miedo. Pero con Anya era completamente diferente.

Percibió su estremecimiento y supo que no se debía al frío. Ella también estaba asustada.

—No estás sola —intentó reconfortarla.

—Bueno, por supuesto que no. Tú estás conmigo.

—Jamás volverás a estar sola.

La convencería de que confiara en él. El tiempo de las mentiras se había acabado. En la puerta del restaurante italiano de *North Beach*, vio a Maureen haciendo como que esperaba un autobús. Parecía furiosa, pero a Román le

daba igual. Que la CÍA se fuera al infierno. Ya les había suministrado suficiente información. Aquella misión secreta terminaría tan pronto como Anya y Charlie estuvieran a salvo, lejos de *Légate*.

Dentro del coche se sentía más seguro. Lo primero que haría al día siguiente sería guardar su pistola de nueve milímetros en la guantera.

—¿Tienes hambre?

—Debería tenerla, pero no.

La entendía perfectamente. El engaño y el disimulo quitaban el apetito. Lo sabía por experiencia.

—Pues yo sí que tengo. Pararemos en mi casa para comer algo.

—Tengo que volver con Charlie.

—Tu madre está con él. Y pensaba quedarse a pasar la noche en tu casa.

—Pero yo quiero estar allí.

—Pronto estarás en casa —le prometió.

Si iba a relatarle toda la historia, tendría que hacerlo bien. Se sentarían tranquilamente a hablar, como dos seres civilizados. Se pondría furiosa, eso era seguro. Pero también podría perdonarlo. Y Román necesitaba de su perdón. Cuando todo estuviera dicho, podría volver a relacionarse con ella como si nada hubiera ocurrido. No como el mejor amigo de su difunto marido. No como un funcionario de *Légate*. Ni como un agente secreto.

Quería que la viera como un hombre que se preocupaba por ella y por su hijo. Como un hombre que deseaba ser algo más que un simple amigo.

Capítulo 10

Cuando Román la llevó a su casa, Anya tuvo la sensación de que más que una invitada, era una prisionera. Si las acusaciones de su padre contra *Légate* eran ciertas, probablemente Román era culpable. Pero... ¿Había conocido la verdad sobre la epidemia de Topaku? ¿Había consentido que toda aquella gente muriera? De alguna forma, no sabía por qué, no podía creerlo. Tal vez fuera un prepotente mujeriego cargado de secretos, pero no era un monstruo.

Una vez en la cocina, Román dejó las llaves de su coche sobre el mostrador y le espetó:

—Ven conmigo.

—¿Adónde?

—A mi dormitorio.

Demasiado bien recordaba aquel refugio de seducción, con su suntuosa cama. Pero no parecía tener intención alguna de seducirla. Estaba como perdido en sus reflexiones. Anya lo siguió escaleras arriba.

—Ordenador encendido.

—Bienvenido a casa, Román —pronunció la voz del aparato—. Son las ocho y cincuenta y tres.

—Música clásica.

Empezaron a sonar las notas de un concierto de violín. Román se quitó su abrigo de pelo de camello y lo dejó descuidadamente sobre el sillón de su escritorio.

—Tenía una razón para traerte aquí. Esta habitación es el único lugar donde puedo estar seguro de que no nos escuchan. Nadie puede vernos aquí. Ni grabarnos.

Anya no entendía nada.

—¿Por qué habrían de querer escucharnos?

—Hay cámaras y micrófonos por todas partes. Como en *Légate*. Espían cada uno de nuestros movimientos.

—Eso no es normal...

—No hay nada normal en todo esto —repuso con tono amargo—. En el futuro, tendrás que acostumbrarte a la idea de que estás sometida a una constante vigilancia.

—¿Incluso en mi casa?

—Es posible.

Se quedó aterrada. En la supuesta intimidad de su propia casa, siempre bajaba la guardia. Allí era donde hablaba consigo misma, cantaba, tarareaba... Incluso lloraba. ¿Y alguien la había estado observando? La sola idea le resultaba ofensiva, humillante.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No podía arriesgarme a que reaccionaras de una manera poco natural.

—¿Poco natural?

—Eres la mujer más franca y sincera que conozco. No me malinterpretes. Es un rasgo muy positivo de tu personalidad —sonrió—. Positivo y entrañable.

—Gracias.

—Pero en esta situación, la sinceridad no es un valor. Tendrás que guardar un absoluto secreto sobre las cosas que estoy a punto de decirte. No las puede saber nadie.

—¿Por qué no?

—Porque si hablas, te pondrás en peligro —mientras atravesaba la habitación hacia la cama, le señaló el sofá y los sillones que la separaban del despacho—. Será mejor que te sientes. Es una historia muy larga.

Tomó asiento, nerviosa. Disimulado en una pared había un mueble bar.

—¿Te apetece beber algo?

—Agua, gracias.

Román abrió la nevera y sacó una botella de agua. Luego se sirvió una copa de vino. Sus movimientos parecían perfectamente normales, pero a la vez destilaban una tensión extraña, insólita. Después de quitarse la chaqueta, se sentó a su lado.

—¿No vas a quitarte el abrigo?

—No, estoy bien.

—Parece como si fueras a salir corriendo en cualquier momento.

—Quizás lo haga —cruzó las piernas, nerviosa—. Adelante, Román, No tenemos toda la noche.

Estirando las piernas, las apoyó sobre la mesa del café.

—Hace más o menos un año empecé a sospechar que algo no funcionaba del todo bien en *Légate*. Tuvieron un comportamiento bastante extraño con algunas cantidades de dinero enviadas a cierto país de otro continente. Empecé a investigar. Y encontré pruebas de fraude y diversas ilegalidades.

—¿En *Légate*?

—Sí. Hasta entonces, casi no me había interesado por los diversos proyectos en los que estábamos trabajando. Mi trabajo era marcar objetivos de programa y equilibrar presupuestos, además de organizar la plantilla de personal. Me consideraba una especie de facilitador, alguien dedicado a que otros pudieran alcanzar sus metas lo más rápido posible.

«¿Como en la epidemia de *Topaku*?», se preguntó Anya.

—¿Entonces no conocías los detalles?

—Prefería no conocerlos —respondió, nada orgulloso de su comportamiento. Durante años, había mantenido los ojos cerrados a propósito—. Cuando entré en *Légate*, estaba convencido de que no ocultaba nada inmoral ni ilegal.

Eso fue casi nueve años atrás. En aquel entonces era un joven lleno de entusiasmo y embriagado del poder que le proporcionaba su posición como administrador de un think tank internacional.

—De hecho, me sentía seducido —añadió.

—¿En qué sentido?

Con un gesto, abarcó el suntuoso dormitorio que ocupaba todo el piso de la casa.

—Evidentemente, estaba muy bien pagado.

Su estilo de vida había trascendido sus propias expectativas. Cotidianamente se codeaba con verdaderas personalidades, individuos poderosos. Su nombre figuraba en las listas de invitados de los acontecimientos más relevantes.

—No puedo culpar a nadie más que a mí mismo. Fui un empleado complaciente de Slater, y creí sinceramente que *Légate* era una fuerza del bien, un vector de progreso capaz de hacerse cargo de los problemas del mundo y resolverlos.

—¿Y estabas equivocado?

—Sí.

—¿Cómo lo averiguaste?

Cuando la miró, sus ojos tenían una expresión dolida, pesarosa.

—Cuanto más sabía de los proyectos de *Légate*, más procedimientos irregulares e inmorales iba descubriendo. Corporaciones destruidas por opas hostiles, manipulación de descubrimientos científicos...

Anya seguía sin comprender.

—¿Por qué?

—Ya conoces el lema de *Légate*.

—Por el mayor bien.

—Y para ello no vacilaban en pasar por encima de cualquiera. Sólo que «*el mayor bien*», era el enriquecimiento y el poder de Fredrick Slater. Cuando lo descubrí, ya no quise prestarme a su juego. Me puse en contacto con la CÍA.

Anya se quedó sin aliento. ¿La CÍA? El peligro del que le había hablado su padre estaba adquiriendo demasiada verosimilitud. Y ella estaba en medio, atrapada en una red de conspiraciones. Román continuó:

—Empecé a suministrar información a la CÍA. Como agente secreto, para entendernos.

—¿Eres un espía?

—Sólo soy un tipo que finalmente ha decidido hacer las cosas bien, hacer lo correcto. Pero ignoraba lo peligroso que era eso hasta que... —dejó la copa sobre la mesa y le tomó una mano suavemente—. Hasta que Jeremy fue asesinado.

Oyó las palabras, pero no las asimiló. Su primera reacción, sin embargo, fue calmada, tranquila. Como si siempre lo hubiera sabido, o sospechado.

—¿Estás diciendo que la muerte de mi marido no fue un accidente?

—Yo estuve allí, Anya. Acababa de abandonar su despacho. Oí tres explosiones en rápida sucesión. No hubo una explosión principal motivada por un escape de gas. Estuvo meticulosamente programada.

—Pero hubo una investigación.

—Manipulada —afirmó Román.

—¿Tienes alguna prueba?

—Todavía no. Por eso me he quedado en *Légate*, investigando en secreto. No podía marcharme sin averiguar antes toda la verdad acerca del asesinato de Jeremy.

Anya retiró lentamente la mano. Estaba sudando de calor. Con evidente torpeza se quitó el abrigo y se alisó la blusa azul turquesa. Era consciente del latido de su corazón y de la tensión paralizante de cada músculo, así como de que se estaba deslizando progresivamente hacia un estado de shock. Jeremy había sido asesinado.

—¿Fue por el proyecto en el que estaba trabajando?

—No —respondió Román—. En la explosión murieron cuatro científicos. Ninguno de ellos estaba ocupado en investigaciones demasiado complejas.

—¿Todos eran bioquímicos?

—Sí.

—La epidemia de Topaku —adivinó ella.

—¿Por qué diablos todo el mundo tiene que sacar eso a relucir? Tú has visto los documentos. El comportamiento de *Légate* fue correcto. Sus esfuerzos evitaron la extensión de la epidemia.

—A no ser que fueran ellos los que inocularan el virus.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso?

Porque se lo había contado su padre, personalmente. La descabellada teoría de Wade Bouchard podía ser cierta.

—Si uno de aquellos científicos sabía o sospechaba que *Légate* era el responsable de la matanza de aquella aldea...

—Ninguno de ellos trabajó directamente en Topaku —objetó Román—. Pero mañana mismo me encargaré de comprobar si tuvieron algún tipo de relación tangencial.

Anya bebió un trago de agua. Le temblaban los dedos cuando volvió a colocar la botella sobre la mesa. Jeremy había sido asesinado. *Légate Corporation* le había arrancado a su marido y había dejado sin padre a su hijo.

—Charlie... —susurró—. ¡Oh, Dios mío, Charlie...! —tenía que sacarlo de allí antes de que pudiera sucederle algo—. ¿Cómo permitiste que trajera a mi hijo a un lugar tan horroroso?

—Te aconsejé que no lo hicieras, ¿te acuerdas?

—Deberías haber sido más directo.

—No podía revelarte mis sospechas. Si lo hubieras sabido, te habrías puesto en peligro.

—¿Y ahora? —estalló, furiosa. ¿Cómo podía haber sucedido todo aquello?—. Ahora estoy en peligro. Mi hijo está en peligro.

—No. Slater no haría nada para perjudicar a Charlie.

—Excepto matar a su padre, ¿te parece poco? —sin poder contenerse, lo abofeteó—. ¡Maldito seas, Román!

Alzó la mano para abofetearlo de nuevo, pero él le sujetó la muñeca.

—Estoy de tu lado.

—No has hecho más que mentirme.

Se levantó del sofá, liberándose bruscamente. Un terrible dolor la quemaba por dentro. Quería gritar de rabia, de ira. Quería correr, huir... ¿Pero adónde? No había escapatoria. La opresión que le atenazaba el pecho era insoportable...

—Anya, lo siento... —pronunció, acercándosele.

—No me toques.

Se alejó de él. No podía creerlo. Su marido había sido asesinado. Un sollozo gutural escapó de su garganta. El aire reventó de sus pulmones en un inarticulado grito. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Cayó al suelo de rodillas, barrida por aquella marea de pesar, de dolor. ¡Asesinado!

En su frustración, echó la cabeza hacia atrás y chilló como un animal herido. Luego cerró los ojos con fuerza y se derrumbó en el suelo.

—Déjame en paz.

Se encogió al sentir la mano de Román en la espalda.

Estaba arrodillado junto a ella. La tomó de un hombro.

—¡He dicho que me dejes en paz!

Se levantó de golpe, apoyó ambas manos sobre su pecho y lo empujó. No había consuelo alguno, no había forma de detener aquel torrente de emociones. Era como cuando le comunicaron la muerte de Jeremy. Como si lo hubieran asesinado por segunda vez.

Sollozando de manera incontrolable, se dejó caer sobre Román. Y lloró hasta que se le secaron las lágrimas. Poco a poco las convulsiones se hicieron menos violentas, más espaciadas. Sintió que la alzaba en brazos.

—Ahora lo que necesitas es dormir —le dijo mientras la acostaba—. Llamaré a tu madre y le diré que no volverás a casa hasta mañana.

—Pero Charlie...

—Charlie estará bien.

Sabía que debería haberse resistido, exigirle que la llevara a casa... ¿A casa? ¿Al lugar donde estaría constantemente vigilada? Habían matado a su marido y posiblemente la matarían a ella también. ¿Cuál sería su plan? ¿Asesinar a ambos padres y quedarse con Charlie? Su hijo se convertiría en un instrumento del mal. Utilizarían su inteligencia para destruir, para hacer daño...

Era demasiado terrible siquiera para imaginárselo. Cerró los ojos, dejándose envolver por la oscuridad.

Capítulo 11

Anya se despertó con un sobresalto. Miró a su alrededor, parpadeando, y se encontró en un dormitorio que no le resultaba familiar. Un espacio enorme, abierto, lujoso... La habitación de Román.

Había estado llorando. Los ojos todavía le escocían. Jeremy había sido asesinado. Maldijo a *Légate Corporation* y a todos los que la formaban... Excepto a Román. Él trabajaba para la CÍA. Todo aquello se le antojaba tan imposible, tan irreal...

—¿Román? —lo llamó—. ¿Estás aquí?

Escuchó un rumor al otro lado de la habitación, seguido de su voz profunda:

—Ordenador, luz de mañana.

Un resplandor rosado coloreó gradualmente las dos paredes que cerraban el dormitorio, acompañado de leves sonidos naturales, los mismos de un amanecer en el bosque

—¿Qué hora es?

—Ordenador, la hora.

—Las once y treinta y siete —respondió la voz del aparato.

Aunque Anya sólo había dormido un par de horas, se sentía fresca y descansada, como si el hecho de conocer la verdad la hubiera sanado. En el exterior, la tormenta había amainado. Ya sabía lo peor.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Román, mientras se acercaba a la cama.

—Mejor.

Advirtió que sólo llevaba los pantalones de su pijama de seda negro y un albornoz abierto. Bajo las sábanas, ella estaba completamente vestida, sólo que descalza.

—¿Quieres que te traiga algo?

—¿Una nueva vida, quizás? —en el fondo, de alguna manera, siempre había sospechado que la muerte de su marido no había sido un simple accidente—. Aunque parezca mentira, me alegro de saber la verdad.

—La verdad es peligrosa —comentó él—. Anya, acuérdate de que no podrás decírselo a nadie.

—Pero sigo sin comprender por qué. Al menos deberíamos hablar con la policía...

—¿La misma policía que decretó que la explosión había sido un accidente?

Se dijo que tenía razón. *Légate* debía de tener algún contacto en el cuerpo de policía.

—Tiene que haber alguien a quien podamos acudir. Slater no puede salir impune...

—Es un canalla vengativo. Ni se te ocurra amenazarlo —se interrumpió por un momento—. ¿Estás preparada para otra dosis de verdad?

—No quiero escuchar más noticias malas —rezongó—. Al menos, no hasta haya que haya tomado un café.

—Ordenador, café.

—¿Estás de broma, verdad?

—En absoluto. Este ordenador está conectado a todo lo que hay en esta habitación. Ahora mismo acaba de enviar una señal electrónica a la cafetera del mueble bar.

Pensó que debía levantarse cuando antes de la cama. Si seguía tumbada allí, en medio de aquel opulento esplendor, podía transmitirle una idea equivocada... ¿Como cuál? ¿Que quería que hicieran el amor? Quizás fuera ése realmente su deseo...

Miró de reojo a Román. Había tenido razón cuando sospechó que le estaba ocultando secretos. ¡Y qué clase de secretos! Trabajaba para la CÍA. Ahora que ya le había confesado la verdad, podría volver a confiar en él. Ahuecó la almohada, la apoyó contra el cabecero, y se sentó en la cama.

—Bueno, cuéntame de una vez lo que falta.

—No es nada malo.

Anya se dijo que no podía ser peor que lo que le había dicho la noche anterior.

—Quiero que recuerdes, que retrocedas en el tiempo. Hasta el día en que Jeremy nos presentó. Fue en otoño. Los árboles estaban amarilleando. Nos vimos en una cafetería de Denver.

—Lo recuerdo —fue siete años atrás, antes de que se casara con Jeremy—. Me hablaba mucho de ti. Román por aquí, Román por allá... Eras como un hermano mayor para él.

—Siempre estábamos rivalizando en todo, en plan amigos. Y aquel día, en ese bar de Denver, sentí celos de Jeremy. Lo envidié.

—¿Por qué?

—Por ti. Desde el primer día que te vi, me quedé fascinado. Me fascinó tu aspecto, el reflejo que el sol arrancaba a tu pelo, tu sonrisa cuando algo te divertía... Y me gustaba tu espíritu, tus agallas. Habría dado cualquier cosa con tal de que me hubieras conocido antes y te hubieras fijado en mí.

Lo miró con la boca abierta. Aquello no era lo que había esperado. Román alzó una mano y le acarició tiernamente una mejilla.

—Por supuesto, yo siempre seré tu amigo. Pero lo cierto es que quiero más, Anya. Quiero ser tu amante.

Sabía que debería decir algo, pero fue incapaz. Antes, cuando pensó en hacer el amor con él, quería simplemente una aventura, una relación frívola, sin compromisos. Pero de repente, Román parecía haberse convertido en otra persona...

—Créeme... —añadió—. Tú eres la única mujer con la que puedo imaginarme viviendo, compartiéndolo todo...

—No, no —sacudió la cabeza—. Esto no puede ser. Tú eres Román Alexander, soltero consumado y...

—Quizás haya llegado el momento de Román Alexander, hombre de familia...

Pero Anya se dijo que no estaba preparada para enamorarse. Ni de él ni de nadie. Necesitaba más tiempo.

—Por supuesto, tú me gustas, Román, pero...

—Alto —le puso un dedo sobre los labios—. Si vuelves a decirme que somos buenos amigos, me suicido...

—¿Qué tiene de malo...?

—No pienses en lo que deberías decirme. No me des la contestación correcta y adecuada. Dime la verdad. Dime lo que hay en tu corazón. Piensa en lo que sientes cuando nos tocamos...

Aquello activó su memoria sensual. Recordó el puro y embriagador gozo de sus abrazos, de sus besos... Se vio asaltada por un delicioso estremecimiento. Pero si se permitía expresar esos pensamientos en voz alta, no tardaría en quitarse la ropa y en meterlo en la cama.

—¿Ya está listo ese café?

Mientras Román servía las dos tazas, Anya se concentró en ordenar sus pensamientos. Que hubiera dormido en su cama no significaba que fuera a acostarse con él.

—Hace apenas un par de horas que me enteré de que mi marido fue

asesinado. Y de que Fredrick Slater, el presunto benefactor de mi hijo, es un canalla corrupto y repugnante. Tengo un montón de cosas en qué pensar. ¿Cómo voy a abandonar *Légate*? ¿Cómo se lo explicaré a Charlie? A él le encanta el colegio. Tengo infinitas preocupaciones...

Román le tendió su taza.

—Pero ahora mismo, tú y yo estamos en mi dormitorio. Solos.

—Y tomando café —lo paladeó—. Delicioso.

Cuando estiró el brazo para dejar la taza sobre la mesa, se le abrió el albornoz. Una mata de vello cubría su torso musculoso. Anya sintió un cosquilleo en la punta de los dedos, ansiosa de tocarlo, de acariciarlo. ¿Por qué no cedía a aquel impulso? ¡No! ¡Todavía no!

—Román, ¿cómo voy a poder abandonar *Légate* con Charlie?

—En tu contrato figura una cláusula de rescisión. Mi contacto de la CÍA me aseguró que podías marcharte cuando quisieras.

Creyó detectar cierta vacilación en su tono.

—Pero tú no crees que será tan fácil, ¿verdad?

—Quiero que esperes unos días más, para que elaboremos juntos una estrategia de fuga.

—¿Una estrategia? —esa palabra le sonaba a lenguaje militar—. ¿De qué estás hablando?

—Puede que tengas que contratar a un abogado. Lo mejor será que te marches primero y luego se lo comuniques a Slater.

—Sí, eso me parece bien. Nunca se me han dado bien los enfrentamientos... Podría hacerlo esta misma noche. Montaré a Charlie en la furgoneta y nos largaremos. Cuando llegue a Denver, telefonearé a Slater. No podrá hacer nada por evitarlo.

—Paciencia, Anya.

—¿Cuál es el problema?

—Slater se tomó muchas molestias para traerte a *Légate*. No se quedará de brazos cruzados mientras haces las maletas y te marchas.

—¿Qué otra opción tiene?

—Muchas —respondió Román—. Ya has visto el servicio de seguridad de *Légate*. Están armados y entrenados. De hecho, es una fuerza de comandos de élite. Tienen armamento de alta tecnología, instrumentos de rastreo, helicópteros... No conseguirías huir muy lejos sin que...

—¡Espera! —no podía creer que un ciudadano privado pudiera desplegar tropas propias—. Que yo sepa, todavía estamos en los Estados Unidos de

América. Hay leyes que prohíben retener a alguien contra su voluntad, ¿no?

—Fredrick Slater tiene como amigos a cuatro jueces de la Corte Suprema. Come regularmente con el gobernador de California. Conoce las leyes, conoce a la gente que las redactó y sabe cómo cambiarlas.

Todo aquello se resumía en una única frase: Slater tenía poder. Y Anya no.

—Me estás asustando, Román.

—Necesitas asustarte. Necesitas considerar todas las posibilidades, empezando por la peor. No es tiempo de ser impulsiva, o imprudente.

—Tendré que actuar en secreto. Fingir. Como tú.

—Exacto.

Pero a Anya no se le daba bien disimular sus sentimientos. No podía guardar un secreto ni cinco minutos. Ni siquiera era capaz de esconder bien los regalos hasta la mañana de Navidad.

Sólo que no estaban hablando de Santa Claus. Aquello no era ningún juego, aunque paradójicamente se estaba jugando mucho. Su libertad, el futuro de su hijo. Si fracasaba, lo perdería todo. Sus temores se multiplicaron. Las manos empezaron a temblarle.

—No puedo hacer eso. ¿Cómo voy a poder mirar a Slater a la cara sin escupirle?

—Yo te ayudaré.

—Pero tú no podrás estar conmigo todo el tiempo —se había arrodillado en la cama—. ¿Cuánto tiempo nos llevará elaborar esa...? ¿Cómo la has llamado? ¿Estrategia de fuga?

—Un par de días. Quizás una semana. O más.

—No puedo —sacudió la cabeza—. Nunca he sido capaz de fingir.

Román tuvo el descaro de reírse.

—Yo siempre he estado seguro de eso.

—No empieces otra vez a hablar de sexo —lo acusó—. ¿Me oyes?

—No estaba pensando precisamente en hablar...

Rápidamente se subió a la cama, arrodillándose frente a ella. Estaba tan cerca, que Anya podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo duro, musculoso, viril... Si se inclinaba levemente, apenas unos centímetros, las puntas de sus pezones podían rozarle el pecho...

—Anya... —le dijo con tono suave—. Yo ya te he confesado mis sentimientos. Ahora te toca a ti.

—No puedo pensar en eso ahora.

—Tal vez este ahora sea lo único que tengamos.

La besó en una mejilla.

Con la mirada, parecía absorber todos sus miedos. Aunque le había mentido antes, había tenido una buena razón para ello. Y ahora le estaba diciendo la verdad. Román era un buen hombre; siempre había estado a su lado para ayudarla. Pero realmente no sabía lo que sentía por él.

—Cuando murió Jeremy, el corazón se me partió en mil pedazos. Eso me dejó destrozada, Román. No puedo arriesgarme a enamorarme de nuevo.

—Dime lo que sientes por mí. La verdad.

—¿No podemos simplemente...?

—Inténtalo —la urgió.

—«*Atracción*» es una palabra demasiado insípida para definirlo. Se queda corta —la energía que sentía fluir entre ellos era tan poderosa e intensa como un rayo—. Cuando me besas, siento cosas que jamás había experimentado antes.

—¿Como esto?

Le acunó la cara entre las manos. Su boca reclamó la suya con insistencia, esperando una respuesta semejante. Un leve gemido escapó de los labios de Anya. No podía resistirse ni un segundo más. Deslizó las manos bajo su albornoz, buscando su pecho, y sintió sus músculos tensarse y temblar ante su contacto.

Román retiró entonces las manos de su rostro, mirándola fijamente. El brillo de sus ojos castaños contenía una promesa y un desafío.

—¿Debo detenerme? —le preguntó.

—No.

—¿Estás segura?

—Hazme el amor, Román.

La abrazó, estrechándola contra su pecho. Y la besó profunda, apasionadamente. Abarcó sus nalgas con las manos y la apretó contra su larga y ardiente erección. Anya empezó a frotársela con la pelvis, rítmicamente. Todo pensamiento se desvaneció de pronto. Todas sus precauciones se evaporaron en el aire. Solamente existía aquel momento. Aquel precioso momento en que el deseo consumía por entero su cuerpo. Lo necesitaba.

Sin dejar de besarla, la tumbó sobre la cama. Con una rodilla, le separó los muslos. Y con la mano la acarició sin cesar, hasta enloquecerla de placer. Anya se aferró a él, desesperada. Sus besos y caricias la incendiaban por dentro. Estaba caliente y húmeda, dispuesta. Más que dispuesta. Pero Román

se tomaba su tiempo. Era un maestro de la seducción, y se lo demostraba con cada uno de sus hábiles movimientos. Le quitó la blusa y le desabrochó el sostén. Comenzó a lamerle los pezones.

Gemía de placer entregada por completo a él, siguiendo su iniciativa. Era como el coreógrafo de aquel sensual ballet. Román le enseñaba los movimientos, y ella nunca se había sentido tan hábil en el arte del amor...

Desnudos, exploraron sus cuerpos con delicadas caricias que cada vez se tornaron más intensas, hasta que Román se puso un preservativo y entró en ella. Se oyó a sí misma gritar. El temblor que sacudía su cuerpo se convirtió en una sucesión de espasmos, ola tras ola, una y otra vez... Hasta que se sintió flotar, elevada a una atmósfera donde el aire era leve y la luz pura como la del paraíso.

Román se quedó rígido de pronto, disfrutando de su orgasmo, y no tardó en derrumbarse a su lado, jadeando. Anya cerró los ojos, disfrutando de la sensación. Un éxtasis total, un placer absoluto. Eso sí que encajaba bien en el término «*diversión*», pensó, sonriéndose.

Aunque tenía un millón de cosas de que preocuparse, era perfectamente capaz de saborear aquel momento. Casi se sentía... Feliz. Con un suspiro, se volvió hacia él. Era tan guapo... Le delineó el abultado puente de la nariz con un dedo.

Minutos después, Román se incorporó para darle un beso en la frente.

—Me muero de hambre. ¿Te apetece comer algo?

—Desde luego.

—Eso significa que tengo que bajar a la cocina —se levantó de la cama—. Pero volveré.

No se molestó en vestirse. Viéndolo atravesar la habitación, se concentró en admirar sus piernas musculosas, su firme trasero, sus anchos hombros... Gozosa, se arrebujó entre las sábanas. Hacer el amor le había dado nuevas fuerzas, una renovada confianza en sí misma. Podría luchar contra *Légate* y Slater. Román no permitiría que le sucediera nada malo. Le había contado toda la verdad y podía confiar plenamente en él.

Cuando volviera, le contaría lo del encuentro con su padre en San Francisco. Esa información podría resultarle útil. Cerró los ojos, escuchando el gorjeo de los pájaros que resonaba en los altavoces del ordenador. Era tan insistente que estaba empezando a molestarla.

—Ordenador, para la música.

Pero su orden no surtió efecto. Aquella máquina sólo debía aceptar

órdenes de Román. Se levantó y miró la pantalla de plasma. Seguro que debía de tener algún tipo de control manual. Envolviéndose en el albornoz de Román, cruzó la habitación para acercarse al teclado. Pulsó la tecla «*salir*». No sucedió nada. Tal vez hubiera un manual de instrucciones en el cajón del escritorio...

Lo abrió. Estaba lleno de expedientes. En el primero estaba su nombre. Interesante. Aunque curiosearlo sin su permiso sería espiar, se recordó que en una relación de absoluta confianza no cabían los secretos. Lo abrió. Dentro estaba su expediente médico y el de Jeremy. Y el de Charlie también. ¿Por qué habría guardado Román aquella información?

No se le ocurría ningún motivo, pero era obvio que seguía ocultándole algo. Semejante descubrimiento acabó de golpe con su sensación de felicidad. Se había precipitado demasiado al creer en él. ¿Cuánto de lo que le había dicho hasta el momento sería mentira?

Capítulo 12

Seis días después, Anya se entrevistó nuevamente con Román. Una vez más, volvieron a pasar la noche en su dormitorio. Su madre había vuelto a quedarse con Charlie mientras ella participaba supuestamente en un seminario de idiomas.

Aunque no llevaban en casa más que unos minutos, la llevó enseguida a la cama. Y Anya se mostró más que dispuesta. Se estaba desabrochando la blusa cuando se detuvo de repente.

—Tengo algo que decirte...

Román rodó a un lado, apartándose.

—¿Podrías hacerlo en frases cortas? ¿De tres palabras, por ejemplo? — bromeó—. Lo digo para que te des prisa.

—Odio el secretismo. Son tres palabras.

—Pues se te da muy bien. Apenas he notado diferencia alguna en tu comportamiento.

—La única diferencia es que ahora me visto en el vestidor —murmuró, reacia a dar un espectáculo de strip-tease gratis en su propia casa.

Y menos todavía delante de una cámara de videovigilancia.

—¿Qué más?

—Román, ¿es posible que aún sigas ocultándome cosas?

Estaba pensando en los expedientes médicos que había visto en el cajón de la mesa de su ordenador.

—¿Y tú?

Se sintió culpable. Todavía no le había hablado del encuentro que había tenido con su padre la semana anterior. Dado que no estaba preparada para abordar aquel tema, decidió pasar a otro asunto que también la había estado molestando.

—¿Te acuerdas del artículo de investigación de Neville? ¿Su estudio sobre la fertilización artificial?

—¿Qué pasa con él?

—No es ético, y creo que habría que impedirlo.

—Dame más detalles.

—Neville elaboró un estudio psicológico a largo plazo de los padres que

se acogieron a programas de fertilización en la clínica de *Légate*. El grupo de la muestra no era muy grande. Sólo veintisiete parejas —frunció el ceño—. Me pregunto por qué Jeremy y yo no fuimos incluidos.

—Porque Jeremy trabajaba allí como científico y asesor —le sugirió él—. Y forma parte de la política de *Légate* no mezclar a los empleados en los estudios e investigaciones.

—Probablemente sea una buena política. Un empleado no se mostraría tan receptivo como alguien de fuera.

—A la vez que una sutil y eficaz manera de mantener el secreto. Que la mano derecha nunca sepa lo que hace la izquierda. ¿Cuáles fueron las conclusiones de Neville?

—Su hipótesis es que los padres que se esfuerzan por tener descendencia desarrollan un vínculo mucho más intenso con sus hijos. Al parecer descubrió altos niveles de ansiedad, miedo y culpa durante los primeros meses. Sobre todo entre las madres.

—Entiendo lo de la ansiedad y el miedo —afirmó Román—. Pero... ¿La culpa?

—Eso te lo puedo decir yo por experiencia —se levantó de la cama—. Cuando no podía quedarme embarazada, sentía que la culpa era mía. Incluso aunque los análisis demostraron que el problema era la baja cantidad de espermatozoides en el semen de Jeremy, seguía teniendo la sensación de que la culpable era yo. Que de algún modo, no me merecía tener un bebé.

—Algo completamente irracional.

—En efecto. Quedarte embarazada no es un proceso racional. Tus hormonas se alteran y tu cuerpo obra una maravilla, la de crear vida.

—Nunca te vi cuando estabas embarazada. Supongo que estarías radiante.

—Claro, pero eso cuando no tenía náuseas matutinas y los pies hinchados.

Fue a buscar una botella de zumo al mueble bar.

—Sigo sin entender por qué el estudio de Neville no te parece ético.

—Porque mintió —abrió con rabia la botella de zumo. Cada vez que pensaba en aquel experimento, se ponía furiosa—. La mitad de esas parejas eran fértiles. La otra mitad no, y *Légate* les asesoró para que adoptasen un hijo.

—¿Y?

—Con cuatro de las parejas que adoptaron, Neville recurrió a madres de alquiler. Se les implantó semen o un óvulo fertilizado de la pareja original

que no había podido concebir —bebió un trago de zumo—. Y no se lo dijo.

—O sea que no sabían que su hijo supuestamente adoptado llevaba parte de su mismo ADN.

—En nombre de la ciencia, Neville les ocultó ese dato. Quería ver si aquellos padres desarrollaban un vínculo diferente con sus hijos.

—¿Y lo desarrollaron?

—¿A quién le importa? —paseó de un lado a otro del dormitorio—. Es algo terrible, ¿no te parece? Esconderle la verdad a un padre acerca de su hijo. Es cruel. Alguien debería encerrar a Neville en una jaula y luego tirar la llave al mar.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Me gustaría ver a Neville en una celda con su corbata y su pañuelo... A juego, con un traje de preso naranja. ¿Publicó Neville los resultados de sus análisis genéticos en su estudio?

—Sólo en parte. Ocultó los de las parejas a las que había mentido. Lo encontré en los archivos.

—Dame los datos —le pidió Román—. Se los pasaré a la autoridad correspondiente.

—¿La CÍA?

—Mejor que eso. Al comité ético de la Asociación Americana de Psiquiatría. Neville caerá en desgracia delante de sus propios colegas.

Algo más tranquila, volvió a la cama.

—Ya te he contado lo que me preocupaba. ¿Hay algo que quieras decirme tú?

—¿Un *quid pro quo*?

—Eso es —aceptó Anya—. Yo te digo una verdad y tú me dices otra.

—De acuerdo —se levantó de la cama para dirigirse a su escritorio. Sacó algo del primer cajón. Cuando volvió, le entregó un documento de varias páginas—. Es el testamento de Jeremy.

—¿De dónde lo has sacado?

—De tu escritorio. Sospeché que se trataba de una falsificación, e hice que la CÍA lo analizara.

—¿Y qué es lo que encontraron?

—La firma es de Jeremy. Pero varias de las páginas tienen un origen diferente. No son como las demás.

—¿Las páginas en las que figura la cláusula del colegio de *Légate*?

Román asintió.

—Por desgracia, esa no es prueba suficiente para invalidar el testamento.

—Pero a mí me basta.

Una pieza más del puzzle había encajado en su lugar. Jeremy no le había ocultado nada. No había trazado ningún plan para el futuro de Charlie sin consultarlo antes con ella. Se había dejado engañar por un documento manipulado. Debería haber estallado en cólera, furiosa con *Légate*. En lugar de ello, sin embargo, se sentía extrañamente tranquila. Su relación con su marido había sido honesta y sincera, ajena a toda mentira. Ese descubrimiento significaba mucho para ella, más de lo que podía expresar en palabras.

—Gracias.

La abrazó en silencio. Durante un rato no se oyó más ruido que el leve rumor del ordenador.

—*Quid pro quo*... —le recordó—. Ahora te toca a ti.

Podría haberle contado lo de su padre. Y a cambio, haberle preguntado por qué guardaba aquellos expedientes médicos en su escritorio. Pero estaba convencida de que la explicación era muy sencilla, y después de lo que le había dicho, no quería complicar las cosas ni enturbiar el ambiente.

—No hay nada más que quiera saber.

Renunció a hacer más preguntas. Lo único que quería hacer esa noche... Era abandonarse completamente a la pasión.

—¡El Día del Pavo! —gritó Charlie, a bordo de la pequeña furgoneta de Anya.

En el asiento delantero, Román se volvió para mirar su expresión de alborozo.

—¿Y qué sucede el Día del Pavo?

—Comemos —agitó los brazos—. Comemos hasta reventar.

Sentada al volante, Anya le lanzó una mirada preocupada por el espejo retrovisor.

—Será mejor que te tranquilices, Charlie. Ya casi estamos llegando a casa de tu abuela.

—Voy a comerme dos muslos de pavo y una tarta entera de calabaza —anunció el crío.

—No, si yo empiezo primero —repuso Román.

—Yo puedo comer más que tú. Me puedo comer hasta un caballo.

—¿De veras? Y yo un elefante...

—Caballeros... —los interrumpió Anya, divertida—. Esto no es un concurso de comilones.

Román le hizo un guiño. Aunque no se sentía particularmente atraído por la idea de pasar la tarde en la casa que tenía Claudette en la Bahía Norte de San Francisco, se alegraba de haberse unido al grupo. Le gustaba su nuevo papel. Román Alexander, hombre de familia.

Hacer el amor con Anya le había cambiado en muchos aspectos, inesperadamente. Todavía seguía preocupado por la amenaza que representaba *Légate*, pero en ocasiones se sorprendía a sí mismo sonriendo solo... Y siempre cuando estaba pensando en Anya.

Demasiado tiempo había estado obsesionado con vengar la muerte de Jeremy. Pero ahora sus objetivos se habían ampliado. Quería hacerse cargo de la familia de su amigo, de Anya y de Charlie. Los ayudaría a salir adelante. Y no por altruismo; tenía mucho que ganar en el proceso.

Cuando Anya aparcó frente a la casa de su madre, Charlie se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó de la furgoneta como un rayo.

—¡El Día del Pavo!

—No sé qué le ha pasado —musitó Anya.

—Está reaccionando como el niño que es —Román le acarició una mejilla, deslizando el pulgar por la comisura de sus labios—. Vamos, sonríe. Por un día nos libraremos de *Légate*.

Una sonrisa asomó a sus labios.

—Eso significa que nadie nos está observando.

—Ni un alma...

Se inclinó para besarla. Al mismo tiempo enterró los dedos en su sedosa melena y...

—¡Eh! ¡Oye! —Charlie asomó en aquel instante la cabeza por la ventanilla—. No deberías hacerle eso a mi mamá.

—Pues a tu mamá le gusta —masculló Román.

—Pero a mí no —replicó antes de dirigirse enfadado, a casa de Claudette.

—¡Vaya, esto podría ser un problema! —comentó Anya—. Charlie está celoso de la atención que te dedico.

—Ya hablaré con él.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—Bueno, he mantenido negociaciones con jefes de Estado, genios de la ciencia, expertos y periodistas de todo tipo.

—Pero nunca antes habías tenido que lidiar con un niño de cinco años.

—¿Tan duro es?

—¡Oh, pobre ingenuo...! —alzó los ojos al cielo—. No tienes ni idea...

Siguieron a Charlie al interior de la casa de estilo victoriano. En sintonía con la decadente atmósfera, la decoración estaba casi exclusivamente compuesta por antigüedades. Tampoco faltaban los recuerdos de viajes: Jarrones chinos, máscaras africanas, alfombras nepalíes, estatuas precolombinas y delicadas piezas de cristal veneciano.

—Fuera —Claudette los echó de la cocina—. Entretened un poco a Charlie. Yo tengo que terminar de cocinar.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció Anya.

—No, gracias. Esta es mi cena. Hacía años que no preparaba un pavo, y estoy disfrutando de lo lindo —se giró en redondo—. Sólo necesito cinco minutos.

Una vez en el salón, Anya murmuró:

—Dudo que haya preparado alguna vez una cena para el día de Acción de Gracias.

—¿Ni siquiera cuando eras niña?

—Ni siquiera entonces.

Al cabo de cinco minutos justos, se sentaron a la mesa. Anya estaba contenta. Con una sonrisa, le pasó la bandeja de pavo a Román. Había tantas cosas de su relación con él que le encantaban... La seguridad que le proporcionaba, su sentido del humor... Y el sexo, por supuesto. Todavía albergaba algunas sospechas, pero no era nada importante.

—¿Os gusta el relleno? —preguntó Claudette.

—Está riquísimo, mamá.

En un esfuerzo por ser positiva, Anya no pudo menos de alegrarse de que su madre hubiera tenido un gesto tan entrañablemente familiar al preparar aquella cena. Pero cuando terminaron la propia Claudette se encargó de revelarles el verdadero motivo:

—He invitado a otras dos personas a tomar el café y la copa con nosotros.

Anya esbozó una mueca. Un mal presentimiento acabó con su buen humor.

—Fredrick y el doctor Neville.

Fredrick Slater estaba a punto de entrar allí, invadiendo aquel momento de gozo tan duramente conseguido. Hasta el momento, se las había arreglado para evitar cualquier tipo de encuentro con él. No confiaba en sí misma lo suficiente para no abofetearlo.

—No podían venir a la cena —explicó Claudette—. Motivos de trabajo. Pero yo quería que disfrutaran de este ambiente familiar.

Anya no pudo evitar preguntarse por qué. Su madre siempre le había transmitido la impresión de que las reuniones familiares eran algo aburrido, absurdo. Su propia carrera profesional siempre había absorbido todas sus energías. Miró a Charlie, que ya se había sentado en el sofá. El niño no se resentiría de su ausencia, y necesitaba estar unos minutos a solas antes de enfrentarse con Slater. Se acercó al armario del vestíbulo y descolgó su abrigo.

—Voy a salir a dar un paseo.

—Buena idea —dijo Román—. Te acompaño.

—¡Daos prisa en volver! —gritó Claudette desde la mesa.

Ya estaban en la puerta cuando sonó la campanilla. Anya tenía una mano sobre el picaporte. ¿Cómo podría hablar de temas intrascendentes con Slater? Era el presunto responsable de la matanza de una aldea entera. Y de la explosión que había matado a su marido.

—Tranquila —susurró Román—. Yo estaré aquí, a tu lado.

Cuando la campanilla sonó de nuevo, abrió la puerta. Allí estaban Fredrick Slater y su mano derecha, el doctor Neville. Sonreían enseñando sus dientes blancos y brillantes... Como una pareja de tiburones asesinos.

—Adelante —los invitó, tensa.

Claudette apareció para recibirlos, deleitada de tener a semejantes personalidades en su casa.

—Anya y yo íbamos a salir a dar un paseo —informó Román.

—Os acompaño —pronunció Slater, palmeándose el estómago—. El ejercicio me sentará bien.

Nada más salir, Román tomó buen cuidado en colocarse entre Slater y ella. Anya no pudo evitar apreciar sus esfuerzos por entablar una conversación natural, cómoda. Hablaron del paseo, del Día de Acción de Gracias, del tiempo...

Aun así, su humor se ensombreció. Detestaba a aquel hombre. Slater se había apoderado de una institución de renombre para utilizarla con sus propios propósitos. ¿Cómo podía soportar la compañía de la persona que probablemente había causado la muerte a su marido?

—Este parque —iba diciendo Román—, se llama George Washington. Pero la estatua de bronce es de Benjamín Franklin...

—¡Qué injusticia para el pobre Ben! —comentó ella.

—Y para George —repuso Slater, y señaló un banco de hierro forjado—. Siéntate aquí, a mi lado, Anya.

—Prefiero quedarme de pie.

—Por favor... —dio unas palmaditas en el banco—. Charlie está progresando mucho en el colegio. ¿No te parece?

—Sí —respondió, tensa.

—Pero quien me preocupa eres tú, querida. ¿Qué puedo hacer para que seas feliz?

Se volvió hacia él y lo miró con frialdad. En apariencia parecía un amable y elegante caballero. Aun así, creía distinguir un siniestro brillo en las profundidades de sus ojos. Una sombra detrás de aquel exterior perfecto, impoluto.

—Estoy bien.

—Has hecho amistad con otros padres del colegio. Y mantienes una relación con Román —le puso una mano en la rodilla—. ¿Cómo vas con tu trabajo? Háblame de esos cursos de idiomas que estás tomando en la ciudad.

El corazón le dio un vuelco. ¿Cuánto sabría de sus actividades? La seguridad de *Légate* podía haberla seguido. Tal vez habían visto a su padre en la calle e informado a Slater.

—Las clases son interesantes.

—¿Estás estudiando bantú?

—Sí.

Era la lengua de la gente de Topaku, la aldea que había perecido de resultas de un misterioso virus.

De manera muy sutil, Slater la estaba amenazando, y eso no le gustaba. Sabía que no debería decirle nada, pero...

—Volvamos ya —pronunció en aquel instante Román. Debía de haber percibido su hostilidad y se había adelantado con la esperanza de desactivar una situación tan explosiva—. Claudette nos está esperando.

—Anyá —insistió Slater—, tengo la sensación de que hay algo que quieres compartir conmigo.

Detestaba aquella expresión engréida, la manera que tenía de enarcar las cejas, la mueca levemente despectiva de sus labios...

—Pues sí, Fredrick, quería decirte una cosa... Que quiero marcharme de una vez por todas de *Légate*.

Slater sonrió, indulgente.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde deseas ir?

—A cualquier otra parte. Pretendo activar la cláusula de salida de nuestro contrato.

—¿Por qué?

Antes de que contestara, Román intervino:

—Anya lleva algún tiempo sintiendo nostalgia de Denver. Quiere regresar.

—Puede volver a Colorado de visita cuando quiera —repuso Slater.

—He dicho que quiero marcharme. Con Charlie —precisó ella.

—Eso me parece inaceptable. No puedes sacar a tu hijo del colegio. ¿Qué significa todo esto, Anya?

—No te debo ninguna explicación —el corazón le latía a toda velocidad. Ahora que había empezado, ya no podía dar marcha atrás—. Mi contrato está claro. Te devuelvo el dinero y nuestra relación ha terminado.

—Por supuesto —esbozó una ominosa sonrisa—. Veamos. Gastos de transporte y viajes. Llevas un par de meses aquí. Tus gastos personales incluyen el alquiler de la casa, la comida y los demás servicios...

—Sí —repuso ella.

Todo aquello parecía fácil... Demasiado fácil.

—Todo eso, junto con la formación de Charlie en el colegio, más los gastos de las clases especiales impartidas por premios Nobel y especialistas de renombre... Su tiempo, tengo que advertírtelo, está valorado en unos mil dólares por hora. ¡Ah! Y las sesiones de equitación en las cuadras...

—¿Cuánto es todo?

—Una estimación superficial podría rondar... El millón de dólares.

La cabeza le daba vueltas. No había previsto lo que podría costar todo aquello. El contrato había sido demasiado impreciso al respecto.

—Pero yo no tengo tanto dinero...

—Ni yo tampoco esperaba que lo tuvieras.

—No puedes obligarme a quedarme en *Légate* —declaró, levantándose del banco.

—Puedes ir a donde quieras. Pero yo he hecho una cuantiosa inversión en la educación de tu hijo. Así que Charlie se queda conmigo.

Sintió que Román le ponía una mano en el brazo, deteniéndola. Slater se levantó también y se alisó las solapas del abrigo con gesto indiferente.

—No me interesan las razones de esta rabieta tuya, Anya. Te sugiero que reconsideres tu decisión. Charlie se merece una madre que estimule y apoye al genio que lleva dentro. Sólo espero que estés a la altura de esa tarea.

Giró sobre sus talones y se alejó sin mirar atrás.

Lo primero que pensó fue que había sido una estúpida al subestimar a

Slater. De pie detrás de ella, Román la abrazó.

—¿Puede hacer algo así?

Se apoyó contra su pecho, estremecida.

—Eso me temo. Las tarifas de *Légate* tienen ese precio —apoyó la barbilla sobre su cabeza—. Tenía que haberlo adivinado. En tu contrato no figuraba ninguna cantidad concreta.

—Necesito un abogado.

—Lo que necesitamos es paciencia —susurró.

—Para borrar a *Légate* del mapa.

—Habla más bajo, Anya. Pueden estar escuchándonos.

—¿De veras?

—Pueden tener un equipo de escucha de larga distancia enfocado hacia nosotros, en este preciso momento. Tenemos que seguir caminando. Y confundirnos entre la multitud, si es posible.

Pero Anya sabía el lugar exacto adonde ir.

—Chinatown.

Capítulo 13

Después de su catastrófico encuentro con Slater, Anya estaba deseosa de acción. Pero Román la obligaba a caminar despacio mientras atravesaban Washington Square.

—¿Podemos darnos un poco más de prisa, por favor? —le pidió, impaciente.

—Nos están observando y escuchando —le susurró al oído.

—No me importa.

Sin alzar el tono de voz, Román replicó:

—Intentaste un acercamiento directo con Slater, y no conseguiste gran cosa. —En eso tenía razón. La táctica de expresar sus preocupaciones había resultado un completo fracaso—. Ahora lo haremos a mi manera.

—De acuerdo —aceptó Anya.

Retrocediendo un paso, Román le señaló un paisaje con el que ya estaba muy familiarizada:

—Mira qué bonita vista de Coit Tower. —Lo miró extrañada. ¿Le estaría hablando en clave? Contempló indiferente la torre en forma de faro que se levantaba entre los árboles de Telegraph Hill—. ¿Sabías que fue levantada con el dinero que Lillie Hitchcock Coit donó a la ciudad en su testamento? Ven, acércate.

Sorprendida, alzó la mirada hacia su rostro. No vio más que su propia imagen en las gafas de espejo.

—¿Qué estás intentando decirme?

Formó las palabras con los labios, sin llegar a pronunciarlas.

—Fíjate bien. ¿Qué es lo que ves?

Se concentró en el reflejo de sus gafas. Detrás de ella podía ver el parque. Los bancos. Los otros peatones. Al lado de la estatua de Ben Franklin había un hombre con una gorra de béisbol roja, que estaba tomando fotos con una cámara con teleobjetivo. Estaba enfocando en su dirección. Y a su espalda no había paisaje alguno. ¡Los estaba observando a ellos! Vio que se volvía, pero ya era demasiado tarde.

—¿Y qué es lo que oyes ahora?

Los habituales ruidos de la ciudad. Retazos de conversación. El tráfico. Y

un distante sonido metálico.

—¿El tranvía?

—Vamos.

La agarró de la mano y echó a correr hacia Masón Street. Su cálculo temporal fue perfecto. Saltaron al tranvía justo cuando arrancaba, camino de Chinatown. Nadie subió después que ellos.

—Estupendo. Ahora sí que podemos hablar. Escucha, Anya... —frunció el ceño al ver que estaba jadeando por la carrera—. Es mejor que te mantengas alejada de esto.

—No puedo. No puedo quedarme de brazos cruzados. Cuando lo hago, me pongo nerviosa y termino estallando.

—Ya lo he notado.

Desde el principio había querido evitar compartir sus sospechas con ella, pero era demasiado tarde. Una vez que le había exigido a Slater la rescisión del contrato, la vigilarían de cerca, constantemente.

—Tiene que haber algo que pueda hacer...

—Continuar con las traducciones que te di. Los informes de Topaku.

—No hay nada en esos documentos —declaró, sentándose en el banco de madera del tranvía—. Si existe alguna prueba, tiene que estar en el archivo informático central. Ha llegado el momento de realizar esa búsqueda.

—Estoy de acuerdo contigo —se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros. Aunque él no podía penetrar la barrera de seguridad informática de *Légate* sin traicionarse, la CÍA sí que estaba capacitada para esa tarea—. Mi contacto en la Agencia está a punto de entrar en el sistema informático de *Légate*.

—¿Cuándo?

—Hoy. Posiblemente en este mismo momento. La búsqueda estaba programada para la festividad de Acción de Gracias, previendo que habría menos empleados en la oficina.

—Y no podrán sospechar de ti... Porque estás aquí, conmigo. Una ingeniosa coartada.

—Tan pronto como Slater descubra que su sistema informático ha sido violado, sonará la alarma roja. La vigilancia se multiplicará.

—Pero tu contrato conseguirá esa prueba. Si *Légate* es culpable de haber probado ese virus en Topaku, todo esto podría acabar en cuestión de horas.

—No estés tan segura —la miró a los ojos. Era demasiado confiada para ese tipo de trabajo. El disimulo y el engaño no formaban parte de su carácter

—. Quizás lo más prudente sería que te fueras a Colorado.

—¿Y dejar a Charlie aquí? ¿Solo?

—Yo podré...

—No —la ternura que antes había brillado en sus ojos se convirtió en puro acero—. Soy consciente del lío en que me he metido. No debía haberle dicho nada a Slater. No volverá a suceder.

El tranvía se detuvo en Jackson, a sólo un par de manzanas de Chinatown.

—Bajémonos aquí. Nos seguirán de nuevo, así que necesitamos una coartada. Vayamos a comprarle un puzzle chino a Charlie.

—¿Crees que ahora mismo nos estarán escuchando?

—No, todavía no.

—¿Quién nos estaba vigilando en el parque? ¿Era ese tipo de la gorra de béisbol roja?

—Sí. Probablemente su cámara tenía un dispositivo de escucha.

Continuaron colina abajo hacia Chinatown. Las calles estaban llenas de gente.

—Por cierto... —dijo ella—. Hay un lugar aquí que me gustaría visitar.

Román tenía una idea bastante exacta de sus intenciones. Se estaba refiriendo a su padre. La última vez que visitó Chinatown, Wade Bouchard estaba con ella.

—Mantén los ojos bien abiertos. Vigila bien por si alguien nos sigue.

—¿Tan pronto? Pero si acabamos de llegar...

En el parque, Anya le había hablado de Chinatown. Y la línea de tranvía terminaba muy cerca. Cualquier equipo de vigilancia se habría dirigido inmediatamente hacia allí. Recorrieron un par de manzanas, hasta que Román se giró de pronto en redondo para volver sobre sus pasos. Barrió con la mirada a la gente que había en la calle. Aunque estaba familiarizado con la mayoría de los componentes del servicio de seguridad de *Légate*, esos tipos eran profesionales. Sabían camuflarse a la perfección en cualquier ambiente.

Descubrió a tres posibles candidatos. Una mujer bien vestida, concentrada en mirar escaparates. Un hombre que pasó a su lado, con gorra. Y un joven con auriculares aparentemente absorto en la música que estaba escuchando.

Román memorizó sus rasgos físicos, sus gestos, su manera de andar. Aunque cambiaran de aspecto, los reconocería.

—Media vuelta de nuevo —le dijo a Anya.

Giraron otra vez en redondo, y esperó a ver si los seguían. El chico de los auriculares se detuvo en seco. ¿Sería una señal para pedir refuerzos?

De repente Anya tomó a Román de la mano y lo llevó a un bullicioso mercado, donde nadie podría verlos ni escucharlos.

—Tengo que decirte algo. Cuando vine aquí después de mi primera clase de idiomas, estaba con alguien que...

—Wade Bouchard.

—¿Cómo lo sabes?

—La vigilancia de la CÍA.

—¿Sabes una cosa? Detesto todo esto —exclamó, vehemente—. ¡Todo el mundo espía a todo el mundo!

—¿Tienes algún secreto más?

—Eso debería preguntártelo a ti...

El tendero del local más cercano les dijo algo en chino, y Anya respondió en el mismo idioma. Conversaron durante un rato y luego volvió a tomar a Román de la mano.

—Vamos por aquí. Hay una puerta trasera.

—¿Te lo ha dicho él?

—Puedo llegar a ser muy persuasiva —sonrió—. Me dijo que podía utilizar el servicio.

Salieron por la puerta trasera a un estrecho pasillo que olía a pescado fresco y a incienso.

—¿Te acuerdas del mercado donde me encontraste en Chinatown?

—Sí, el de Wang Ho —contestó Román—. No está lejos de aquí.

—Mi padre desapareció por una puerta del callejón que hay detrás del local. Si nos acercamos, tal vez podamos encontrarlo. O encontrar a alguien que sí pueda hacerlo.

—¿Pero por qué quieres ver ahora a tu padre?

—Él tenía información sobre Topaku. Y yo quiero saber dónde la consiguió.

Román pensó que quizás mereciera la pena hacer ese contacto. Pero dudaba que Wade se pusiera muy contento de verlo. Muy probablemente lo consideraría un enemigo.

Al final del pasillo abrió una puerta. Estaban en un callejón entre dos edificios. Probó con la puerta del otro lado. ¡Cerrada! Si volvían sobre sus pasos, los descubrirían. De repente vio una escalera de incendios.

—Sube. Tú primero.

Una vez en el segundo piso, Anya se detuvo.

—¿Y ahora qué?

—Sigue subiendo. Hasta el tejado.

Se encaramaron al tejado plano, cubierto de alquitrán seco. Aparentemente los inquilinos del edificio lo utilizaban como terraza, ya que había un par de sillas y unas cuantas botellas de cerveza. En el centro se levantaba una pequeña estructura de ladrillo, con una puerta. No estaba cerrada con llave.

—¿Bajamos? —le sugirió Román.

—Después de ti.

Bajaron por una estrecha escalera de caracol. Atravesaron un pasillo y volvieron a salir a la calle. Luego se dirigieron a paso rápido, pero sin llamar la atención, hacia el mercado de Wang Ho. El mismo donde Román la había encontrado la última vez que estuvieron en Chinatown.

Anya se internó en el callejón y no tuvo el menor problema en abrir la puerta disimulada en la pared de ladrillo. A Román aquello le pareció demasiado fácil. Su padre y los otros científicos del CCV eran lo suficientemente listos como para burlar a la CÍA. No lo encontrarían a no ser que ellos mismos desearan que los encontraran.

Avanzó por un pasillo. El edificio parecía conservarse bien, con las paredes pintadas de blanco y las puertas lacadas en negro. Se estaban acercando a la escalera, cuando de pronto apareció un chino alto, como surgido de la nada. Era de edad avanzada, con una hirsuta perilla y una larga trenza negra que le colgaba a la espalda. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de la camisa... ¿Ocultaría quizás un arma? Román dio un paso al frente.

—¿Chou Liu?

El chino asintió lentamente con la cabeza. Román había visto su nombre dos veces. Una como propietario del coche del que había visto bajar a Peter Bunch. Y otra en el programa de clases de Anya.

—¿Dónde está Wade Bouchard?

—No podemos hablar aquí —el rostro de Chou Liu permaneció impassible—. Suban, por favor. Primer piso. Tercera puerta a la izquierda.

Mientras subían por la escalera, seguidos por el chino, Román lamentó una vez más haber metido a Anya en aquel embrollo. Introducirse en la guarida del CCV huyendo de la gente de *Légate* era como saltar del fuego para ir a caer en las brasas... Conforme se acercaban, alguien abrió la puerta. Era Peter Bunch, que los estaba esperando. No se molestó en esconder su pistola, pero tampoco los encañonó. No tenía necesidad.

—Entrad.

Chou Liu se encargó de cerrar la puerta, apoyándose contra ella.

—No debisteis haber venido —fue lo primero que les dijo.

Román estaba de acuerdo. De hecho, estaban atrapados en aquel apartamento.

—¿Para qué tanta artillería?

—Simple precaución —sin soltar el arma, Peter se acercó a la ventana. Las persianas estaban echadas y las entreabrió cuidadosamente para atisbar por una rendija—. Llevas mucho tiempo trabajando para *Légate*, Román. ¿Cómo podemos estar seguros de que ya no estás de su lado?

—Yo no estoy del lado de nadie.

—Durante cuatro meses trabajé como ayudante tuyo. Y hasta ahora no he visto ninguna prueba de que tengas algo en contra de *Légate*.

—Entonces es que no eres muy observador.

—¿Para quién trabajas? ¿Para los federales, para algún rival de *Légate*, para la CÍA?

Se apartó de la ventana, volviéndose hacia él.

—¿Y tú? —inquirió Román—. ¿Acaso tú eres de confianza?

—¿Cómo sé que no los has traído hasta aquí?

—No lo sabes y punto.

—¿Qué es lo que quieres?

—Venganza. Quiero saber quién fue el autor de la explosión del Edificio Catorce. Quiero saber quién mató a mi amigo Jeremy Parrish. Y quiero que paguen por ese asesinato.

—Y yo quiero ver a mi padre —intervino Anya.

—¿Por qué? —inquirió Peter.

Román le lanzó una mirada recriminatoria, instándola a que se callara, que no tuvo ningún efecto. Anya dio un paso al frente.

—Mi padre me habló de la epidemia de Topaku. ¿Por qué está tan seguro de lo que sucedió allí?

—Porque lo sabemos y punto —respondió sencillamente Peter, utilizando el mismo tono que Román había utilizado con él.

Bajó su arma y se dejó caer en una silla. Se pasó una mano temblorosa por el pelo. Parecía tenso, nervioso, como desbordado por una situación que no conseguía controlar.

—Necesitamos algo más que sospechas —declaró Román, mirando por encima de su hombro a Chou Liu—. Necesitamos pruebas sobre la epidemia.

—Pues es bastante obvio. ¿Cómo pudo llegar el virus a Topaku si no fue a través de *Légate*?

—Hay maneras —repuso Román, apartándose para incluir a Chou Liu en la conversación. Tenía el presentimiento de que el chino de gesto impasible era quien realmente mandaba en la organización—. Veamos... Un virus se difunde a través de los animales. El ganado de Topaku estaba infectado. ¿Quién puede saber cómo lo consiguieron?

—Hay una persona que sí lo sabía —afirmó Peter—. Un científico que conocía muy bien la aldea.

—Se llamaba Aringa —terció Anya—. Trabajaba ocasionalmente para *Légate* y estaba viviendo en la aldea. Leí sus documentos en los archivos. No decía ni una palabra acerca de una presunta inoculación intencionada del virus.

—Entonces es que no leíste los documentos adecuados —le espetó Peter, antes de desviar la mirada hacia la puerta—. Es mejor que os marchéis ahora. No quiero que nadie más nos encuentre.

Pero Anya se quedó donde estaba.

—No me iré a ninguna parte sin haber hablado antes con mi padre.

Román estaba seguro de que no era esa la estrategia adecuada: un choque frontal no les serviría de nada.

—Lo que Anya quiere saber —intentó mediar en la conversación—, es cómo podemos contactar con Wade Bouchard...

—Él contactará con ustedes —aclaró Chou Liu.

Román se volvió hacia él.

—¿Y con usted? ¿Cómo podremos contactar con usted?

—A veces recibo mensajes a través de la escuela de traducción.

—Ya... Por cierto, ¿cómo cree que se extendió el virus?

—A través del abastecimiento de agua. El único pozo existente en la aldea contagió tanto a seres humanos como a animales.

Román se dijo que su teoría tenía sentido, excepto en un aspecto.

—Pero los miembros de la aldea enfermaron en tiempos diferentes, no todos a la vez.

—El período de incubación varía según el metabolismo, la cantidad de anticuerpos y la capacidad de inmunidad de las personas —hablaba con la tranquila autoridad de un científico—. Es muy probable que el agua fuera infectada con el virus.

—Por *Légate* —adivinó Román. Por primera vez creía en la realidad de

aquellas acusaciones. De todas las maldades cometidas por *Légate*, aquella era sin duda la peor. Experimentar y aniquilar a seres humanos inocentes. Hombres, mujeres y niños—. Ellos envenenaron el agua.

—Un solo pozo —repitió Chou Liu.

—¿Cómo podremos encontrar la prueba?

—Aringa recogió una muestra de agua. Eso es lo que tienen que buscar —se volvió hacia Anya, sonriendo—. Su padre le desea lo mejor para usted y para su hijo.

—¿Cómo puedo encontrarlo? Quiero hablar con él —insistió—. Necesito que me ayude a escapar de *Légate*.

—Vengan a Chinatown para la fiesta del Año Nuevo Chino.

—Pero quedan meses hasta entonces —su voz traicionó su decepción—. No puedo esperar tanto tiempo.

—Traigan al chico. Los ayudaremos a escapar —Chou Liu les abrió la puerta—. Y ahora deben irse.

Román la sacó de la habitación.

—No puedo esperar dos meses —protestó ella—. Me volveré loca.

—Antes de que salgamos a la calle, necesito que me prometas algo, Anya —le pidió mientras bajaban las escaleras—. Por favor, no conciertes ninguna cita con nadie sin haberme informado antes.

—¿Ni siquiera con mi propio padre?

—Sobretudo con él —se detuvo, mirándola fijamente a los ojos—. Éste es un terreno muy peligroso. Ya has visto las armas. Y ya has oído lo que ha dicho Chou Liu. Si *Légate* mató a toda aquella gente, Slater hará cualquier cosa para seguir encubriéndolo.

Pero en su expresión no veía rastro alguno de miedo. Lo miraba directamente, con la barbilla levantada.

—Te prometo que llevaré cuidado.

Mientras salían a la calle, Román encendió su móvil. Tenía cuatro mensajes de Slater. Imaginándose perfectamente la razón, marcó su número.

—¿Diga?

—¿Dónde diablos estáis?

—Hemos ido a Chinatown, a buscar un puzzle chino para Charlie —miró a Anya—. Creo que ya está más tranquila.

—Pues tenemos un problema mucho mayor que esa ridícula rabieta de Anya —le informó Slater—. Una brecha de seguridad en nuestro sistema informático. Cuando descubra al responsable, rodarán cabezas.

Fredrick Slater entró en su despacho y cerró la puerta. Necesitaba estar unos momentos a solas. Alguien se había atrevido a desafiarlo, a amenazarlo. Su impenetrable sistema de seguridad informática había sido violado. Los sabuesos estaban detrás de su pista.

Se acercó a su escritorio. No lo detendrían. Nadie lo detendría. *Légate Corporation* era un poderoso imperio de alcance mundial. Su imperio. Aquella intrusión era una simple molestia. Un engorro y nada más.

Posó la mirada en su pintura de Degas. Detrás estaba su caja fuerte. Debería destruir aquellas muestras de Topaku. Pero tenía una idea mejor.

Capítulo 14

De vuelta en su casa de *Légate*, Anya descubrió que Charlie era el único que había disfrutado realmente de aquel día de fiesta. Había comido muy bien y tenía un nuevo puzzle chino que ya había resuelto, y varias veces.

Anya dejó a su madre en el salón mientras subía a acostar al pequeño.

—Mamá, he comido un montón.

—Desde luego.

—El señor Slater estaba de mal humor.

—Sí, es cierto.

A punto estuvo de decirle que era un malvado, alguien en quien no debía confiar.

Lo último que hizo Charlie antes de meterse en la cama fue colocar cuidadosamente su amuleto de dragón sobre la mesilla.

—¿Por qué estaba tan enfadado? —le preguntó, arrebujándose entre las sábanas—. ¿Es que hice algo malo?

—En absoluto. Los adultos suelen enfadarse por cosas de adultos. Y eso no tiene nada que ver contigo —se sentó en la cama y lo abrazó con fuerza—. Te quiero mucho, corazón.

—Yo también, mamá. ¿El señor Slater también me quiere?

—Claro que sí —se obligó a responder.

—¿Y la abuela?

—Por supuesto.

—¿Y Román?

—Puedes estar seguro de ello. Román te quiere muchísimo.

—Yo creo que te quiere a ti —comentó—. ¿Tú lo quieres a él?

Anya vaciló.

—Hay muchas maneras de querer a la gente. Román era un gran amigo de papá.

—Tú amabas a papá —afirmó, convencido.

—Sí —le dio un beso en la frente y lo arropó—. Lo que tienes que recordar siempre, Charlie, es que a ti te quiere mucha gente.

Cerró los ojos, ya más tranquilo. Anya apagó la luz y bajó para reunirse con su madre. Claudette había insistido en quedarse allí, porque según ella,

tenían que hablar. Había preparado una infusión de hierbas. En aquel instante se hallaba sentada a la mesa de la cocina, con las piernas cruzadas, ni un solo cabello fuera de su lugar.

—¿Cómo has sido capaz? —le espetó.

Anya se sentó frente a ella.

—Supongo que te refieres a mi conversación con Slater.

—Ha hecho tanto por Charlie... ¿Cómo pudiste pensar siquiera en abandonar *Légate*?

No quería mentir, pero tampoco podía decirle la verdad. No podía expresarle sus bien fundadas sospechas sobre *Légate*. Podían estar vigilándola. Además, Claudette no lo comprendería... Sin embargo, había muchas clases de verdad. Y la emocional era una de ellas.

—Tengo un problema. Aquí me siento aislada. No tengo vida propia.

—¡Oh, por favor...! —empezó a tamborilear sobre la mesa con los dedos—. Tus necesidades económicas están cubiertas. Tienes un trabajo en el que aplicar tus conocimientos de traducción. Y ciertamente parece que mantienes una relación bastante satisfactoria con Román. ¿Qué más puedes desear?

Anya apoyó los codos sobre la mesa y la miró directamente a los ojos.

—Lo que me pasa es culpa tuya, mamá.

—¿Mía? ¿Qué quieres decir?

—Piensa en la manera en que me educaste. Recorrimos todo el mundo. Íbamos de un lugar excitante a otro. ¿Cómo puedes esperar que me resigne a vivir en unos cuantos kilómetros cuadrados?

—Nunca lo había visto desde ese punto de vista.

—Tú llevaste y sigues llevando una vida intensa, exótica. ¿Por qué yo no puedo hacer lo mismo?

Un extraño brillo asomó a los ojos de Claudette. ¿Lágrimas, quizás? ¿Sería posible?

—La verdad es que jamás me tuve por una madre modelo. ¿Crees que lo soy?

¿Una madre modelo? Su madre era egoísta y demasiado exigente. Pero también fuerte, inteligente, respetada... Jamás retrocedía ante nada.

—¿Sabes? No me importaría tanto parecerme a ti.

Claudette le tomó una mano por encima de la mesa, y Anya se la apretó. Fue un momento muy extraño. A su madre nunca se le habían dado bien aquellas expresiones de afecto.

—En realidad no somos tan diferentes —afirmó, aparentemente

conmovida—. Las dos somos madres solteras y queremos lo mejor para nuestros hijos.

—Feliz Día de Acción de Gracias, mamá.

—No te preocupes —retiró la mano—. Encontraremos la manera de que tengas esa vida excitante que necesitas, mientras Charlie continúa formándose en *Légate*.

Aunque sabía que ese plan era imposible, Anya asintió:

—Todo saldrá bien.

La magia de aquel momento se evaporó cuando llamaron a la puerta. Era Román.

—¿Interrumpo algo?

—Por supuesto que no —Claudette terminó su infusión y se levantó—. Estoy muy cansada, Anya. ¿Te importaría si paso la noche aquí?

—Claro que no.

—Tal vez tú también quieras pasar aquí la noche... —le dijo Claudette a Román mientras se retiraba.

—Eso ha sido muy sutil por tu parte, mamá.

—¡Oh! Sólo era una sugerencia —se detuvo en la escalera, sonriéndoles a ambos—. De tal madre, tal hija.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Román, una vez que Claudette hubo desaparecido en el piso de arriba.

—Oh, nada. Conversaciones de mujeres.

—¿He oído bien, o realmente tu madre acaba de sugerirme que pase aquí la noche contigo?

Sonrió, perplejo.

—La verdad es que preferiría que fuéramos a tu casa.

Cuando salían, Anya vio a Harrison, el vigilante de seguridad, hablando con alguien. Tardó un instante en reconocer a Jane Coopersmith, la recepcionista. Aunque esperaba que su conversación no fuera más que una charla amigable, sospechaba que se trataba de otra intromisión en su intimidad.

Porque, con su memoria prodigiosa, Jane se acordaba de todo.

En el coche, Román la puso al tanto de la situación en *Légate*.

—El sistema de seguridad informática falló, con la consiguiente descarga masiva de archivos. Y Slater está furioso.

—¡Qué pena me da! —exclamó, sarcástica—. ¿Saben ya quien ha hecho la descarga?

—Aún no. Mañana por la mañana, un ejército de abogados y asesores se presentará en *Légate*. Los pleitos y las querellas volarán en todas direcciones. Además, Slater quiere hacer reconfigurar su sistema de seguridad por los mejores expertos del mundo.

—Así que mi demanda de rescisión de contrato pasará desapercibida.

—No del todo —repuso Román—. Pero Slater no sospecha nada. De hecho, atribuye tu reacción a un capricho pasajero.

—Supongo que el hecho de que no te tomen en serio posee algunas ventajas.

Román no había esperado encontrarla de tan buen humor. Habitualmente, siempre que veía a Claudette, se le agriaba el carácter.

—¿Qué tal la conversación con tu madre?

—Sorprendentemente bien. Tal vez, después de todo, tengamos algunas cosas en común. Fue bonito. Tuve incluso la sensación de que formábamos una familia de verdad.

Nada más entrar en su garaje, Román vio que la luz azul de su sistema de seguridad estaba parpadeando. Mientras la puerta se cerraba tras el coche, abrió la guantera y sacó su pistola.

—Alguien ha entrado en casa.

—¿Quién crees que pueda ser?

Había demasiadas posibilidades. La seguridad de *Légate*. Alguien del CCV.

—Que me aspen si lo sé. Quédate en el coche. Si no aparezco en cinco minutos, sal a toda prisa y llama a la policía.

—¿Pretendes que derribe la puerta para salir?

—Eso mismo —sabía que el intruso no se esperaría algo semejante—. El elemento sorpresa. Tal vez sea la única manera que tengas de escapar.

Antes de que pudiera objetar algo, bajó del coche y se dirigió a la puerta que daba a la cocina. Alzando el arma, encendió las luces. No había nadie. ¿Se habría marchado ya el intruso? Se asomó al salón. Todo parecía estar en orden.

El tipo tenía que estar en el dormitorio. Maldijo para sus adentros. No había manera de subir las escaleras sin exponerse gravemente. Él mismo lo había planeado así. Su dormitorio era como su fortaleza. Ya había empezado a subir los escalones cuando oyó una voz:

—Soy yo, Maureen. —Su contacto en la CÍA estaba cómodamente instalado en su sofá, con una copa en la mano—. Bonita casa...

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Has traído a tu amiga contigo?

¡Anya! En cualquier momento saldría a través de la puerta del garaje y llamaría a la policía. Volvió a toda prisa al garaje. Llegó a tiempo, justo cuando estaba arrancando.

—Falsa alarma —gritó, agitando los brazos.

—¿Qué pena! —bajó del coche—. Ya me estaba gustando la idea de pisar a fondo el acelerador y reventar la puerta en mil pedazos con tu Mercedes.

—¿Por qué no me sorprende eso? —replicó, divertido. Tomándola de la mano, la hizo entrar en casa—. Hay alguien que quiero que conozcas —fue directamente al dormitorio—. Ordenador encendido.

—Bienvenido a casa, Román —resonó la voz del aparato—. Son las diez y diecisiete.

—Ordenador, música. Anya, te presento a mi contacto en la CÍA, Maureen —se acercó al mueble bar—. ¿Una copa?

—Yo ya tengo una —dijo Maureen, mientras se levantaba para estrecharle la mano—. Me alegro mucho de conocerte al fin, Anya.

—Gracias —la miraba con una mezcla de desconfianza y envidia. Tenía un aspecto fabuloso. La espesa melena roja le llegaba hasta más debajo de los hombros. Iba vestida toda de negro, con vaqueros y camiseta ajustada. Tenía una figura magnífica—. ¿Cuánto tiempo lleváis viéndoos?

—Casi un año. Soy la tercera persona que le asignaron. Me hacía pasar por una de sus amantes.

—Lógico, dada su reputación de mujeriego —no pudo menos que pensar en la posibilidad de que Román se hubiera acostado con la espía. Una posibilidad más que probable—. Debes de estar muy familiarizada con su casa...

—No, esta es la primera vez que entro en su famoso refugio de seducción —le sostuvo la mirada sin vacilar—. Mi relación con Román es estrictamente profesional.

—Eso no es cierto —dijo el aludido cuando volvió a reunirse con ellas—. Maureen es una especie de mamá gallina que no duda en darme consejos muy personales.

—Sólo cuando te comportas como un estúpido —sonrió a Anya—. Lo cual, desde que está contigo, ha venido sucediendo con menos frecuencia.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, mi trabajo consiste ante todo en observar a la gente. Y

últimamente he estado concentrada en vosotros dos. Formáis un ejemplo perfecto de atracción de opuestos.

—Continúa —la animó Anya.

—Él es la oscuridad, tú la luz. Él es serio, reconcentrado, adusto. Tú eres abierta y radiante como el sol. Posees todo aquello de lo que él carece, y viceversa —se encogió de hombros—. Hacéis una pareja ideal. Cuando todo esto haya terminado, espero que me invitaréis a la boda.

—¿Boda? —casi chilló Anya.

No había llegado tan lejos en sus fantasías. ¿Casarse de nuevo? ¿Con Román? La mera idea la desbordaba. No estaba preparada para el matrimonio.

—Anya, ¿te apetece una copa?

—Tomaré lo que estás tomando tú.

—¿Un whisky solo?

—Eso mismo.

Maureen consultó su reloj.

—No tengo mucho tiempo. Tengo que ponerlos al tanto de nuestra entrada en los archivos informáticos de *Légate*.

Cuando Román volvió con su copa, Anya ya se había sentado en el sofá, toda oídos. Pero en el fondo aún seguía preocupada con el comentario de Maureen sobre su relación con Román. Le resultaba difícil imaginar a un hombre de acción como él, llevando la tranquila vida hogareña que imaginaba para Charlie y para sí misma.

—En resumen... —concluyó Maureen tras varios minutos de precisas explicaciones—. La descarga de archivos fue satisfactoria en cuando a la información conseguida.

—Por las contraseñas que yo os proporcioné... —dijo Román—. ¿Existe alguna posibilidad de que puedan seguir el rastro y descubrirme?

—Negativo. Usamos tu información sólo para confirmar que estábamos en la pista correcta.

—¿Qué es lo que habéis conseguido?

—Una cantidad enorme de datos, abarcando los diez últimos años.

Anya pensó que esa era una buena noticia. Si la CÍA poseía pruebas de que *Légate* había cometido irregularidades, la denuncia sería inmediata. Sospechaba, sin embargo, que no todo iba ser tan fácil.

—Nos has contado la buena noticia. ¿Y la mala? —quiso saber Román.

—Que nos llevará algún tiempo procesar toda esa información.

—¿Cuánto?

—Días. Quizás semanas.

Frustrada, Anya miró a Román, sentado a su lado en el sofá, antes de volverse de nuevo hacia Maureen.

—¿Cómo puede resultar tan difícil? Estáis buscando una información muy concreta sobre la epidemia de Topaku, ¿no?

—Anya tiene razón —secundó Román.

Maureen se removió incómoda en su silla.

—No tenéis idea de lo complicada que puede llegar a ser una investigación de esta naturaleza.

—Lo único que necesitáis —insistió Anya—, es el informe de un bioquímico africano llamado Aringa. Es posible que esté redactado en bantú.

—El supuesto informe —lo corrigió Maureen—. Porque está por demostrar que exista.

—¿No podéis hacer una búsqueda informática? ¿Cuántos informes en bantú puede haber en la información que habéis descargado?

—Aunque encontrásemos el informe, su autor está muerto.

—¿Y?

—Que no podríamos usarlo como testigo. Y no iniciaremos una acusación contra *Légate* hasta que no tengamos un verdadero arsenal de pruebas.

Román apuró su whisky.

—Lo que nos estás diciendo es que tenemos que ser pacientes.

—Por eso he venido personalmente aquí. Tengo que pedirlos que mantengáis las apariencias, que sigáis como hasta ahora. Sed discretos. No llaméis por nada del mundo la atención. No, hasta que empecemos a actuar contra *Légate*.

—Esto no me gusta nada —masculló Román.

—Tú deberías entenderlo mejor que nadie. Fredrick Slater es un hombre poderoso. Nos costará mucho tumbarlo.

—Es un asesino —añadió Anya con tono vehemente.

—Lo atraparemos —sentenció Maureen, levantándose—. Pero eso nos llevará tiempo. Tenéis que entenderlo.

Anya asintió lentamente con la cabeza, abatida. ¿De dónde sacaría la fortaleza necesaria para permanecer en *Légate* durante semanas, meses incluso?

—Lo entiendo, pero te advierto que no esperaré eternamente. El bienestar

de mi hijo está en juego.

Maureen le lanzó una mirada cargada de compasión.

—Sé que esto debe de ser infierno para ti. De verdad que lo siento.

Pero eso no le servía de consuelo.

—Si existe la más mínima posibilidad de peligro...

—Eso no lo dudes. En ese caso, te sacaremos a ti y a Charlie de *Légate* y os pondremos en un programa de protección. Por el momento, sin embargo, te garantizo que no hay amenaza alguna. Slater valora en mucho la inteligencia de Charlie. No le hará daño alguno.

¿Cómo podía estar tan segura? Un nudo de temor le atenazó el estómago. Estaba convencida de que Maureen sabía algo más. Un secreto relacionado con Charlie.

—¿Por qué estás tan segura?

La alta pelirroja se dirigía ya hacia la escalera.

—Prométeme que serás paciente.

—Sólo esperaré hasta el Año Nuevo Chino —afirmó Anya.

Entonces podría aprovechar la oportunidad para fugarse que le había ofrecido Chou Liu.

—A mí me parece justo —comentó Román.

Maureen asintió.

—Estaremos en contacto.

—Por cierto... ¿Cómo diablos has logrado burlar el sistema de seguridad de mi casa?

—No creo que quieras saberlo —empezó a bajar las escaleras—. Volveré a activarlo cuando salga.

Román la observó marcharse. Luego se recostó en el sofá, pasándole a Anya un brazo por los hombros.

—¿Estás bien?

—Sí. Pero todo es tan complicado... ¿Sabes? Me cae bien Maureen.

—Por cierto... ¿Qué te parece su teoría de la atracción de los opuestos?

—Nosotros somos opuestos. Eso es verdad.

—¿Y la atracción?

—Bueno, yo no te encuentro tan repulsivo... —le confesó ella con tono burlón, acariciándole una mejilla.

—Ni yo a ti.

La besó levemente en los labios.

—De hecho —añadió mientras cambiaba de posición para sentarse en su

regazo—, tienes ciertas características que me gustan mucho.

—¿Como cuáles?

Enterró los dedos en su cabello.

—Tu pelo. Es tan negro y brillante...

Su nueva postura obró el efecto esperado. La tensión y los problemas de aquel día empezaron a desvanecerse.

—Pues esto es lo que me gusta a mí —repuso, mientras le acunaba los senos con las manos.

—Basta de charla—le ordenó con tono seductor—. Tú eres un hombre de acción, ¿no?

—Y que lo digas...

Era todo lo que necesitaba oír. Levantándola en brazos, la llevó a la cama.

Capítulo 15

Sin noticia alguna de la CÍA, las tres semanas siguientes se le hicieron eternas. La tensión de Anya aumentaba por momentos. A Román lo visitaba con mayor frecuencia. Su dormitorio era el único lugar donde se sentía segura. Allí podían hablar sin miedo a que los estuvieran escuchando. Allí encontraban tiempo para las risas, para las bromas... Y hacían el amor.

Un miércoles llegó a casa de Román poco antes de las nueve de la mañana, después de dejar a Charlie en el colegio. Usó la llave para abrir la puerta y marcó el código para desactivar el sistema de alarma.

—¿Román? ¿Dónde estás?

—Aquí.

Lo encontró en la terraza. Vestido solamente con su corto albornoz negro, estaba contemplando el paisaje de las olas del mar batiendo el acantilado. Anya intuyó al instante que tenía malas noticias que darle. El hecho de que siguiera dándole la espalda era lo suficientemente explícito.

—Creí que ya estarías vestido. Íbamos a hacer las compras de Navidad, ¿recuerdas?

Asintió con la cabeza, como si no la hubiera oído. Tenía las mejillas enrojecidas de frío. Anya se preguntó cuánto tiempo llevaría ahí fuera...

—¿Qué pasa?

—Vamos dentro para hablar —una vez en el dormitorio, le espetó—: Por fin he tenido noticias de Maureen.

—¿Qué te ha dicho?

—La CÍA ha renunciado. Después de examinar minuciosamente todos los datos obtenidos, no han podido encontrar ninguna prueba de la responsabilidad de *Légate* en la epidemia que asoló Topaku.

—¿Y qué pasa con el informe redactado en bantú?

En el mueble bar, se sirvió una taza de café.

—No hay nada.

Anya experimentó una violenta punzada de decepción. Había depositado todas sus esperanzas en la CÍA. Las demás pistas se habían evaporado. Aunque había ido a San Francisco para asistir a un par de clases de la escuela internacional de traducción, no había vuelto a contactar ni con su padre ni

con Chou Liu. Y además era perfectamente consciente de que cada día que pasaba en *Légate* aumentaba su deuda astronómica con Slater.

—No puede ser, tiene que haber alguna prueba...

—Eso es lo que pensaba yo. Y la CÍA también. Por eso asumieron el riesgo de penetrar en el sistema informático de *Légate*.

—Slater debió destruir ese informe.

—O eso o fue enviado a un ordenador no conectado con el sistema de *Légate*.

—¿Qué quieres decir?

—Un correo electrónico. El bioquímico africano, Aringa, pudo haber enviado el mensaje a alguno de los otros científicos a través de su ordenador personal, desde su casa.

—¿Puede la CÍA buscar en esos ordenadores?

—Es más complicado. Probablemente el informe fue borrado. Lo que significa que tendríamos que acceder a los ordenadores para buscar en los discos duros. Y no hay forma de que esos tipos nos presten voluntariamente sus portátiles.

—Jeremy tenía uno.

—Me acuerdo —sonrió, triste—. Apenas usaba el maldito trasto. Prefería tomar notas a mano.

—No —objetó ella—. Lo usaba todo el tiempo.

Evocó la imagen de Jeremy inclinado sobre su portátil una noche, escribiendo con dos dedos. Absorto en su investigación, no la había oído entrar en el cuarto. Cuando encendió la luz para sorprenderlo, se volvió en su sillón giratorio y la miró con expresión sobresaltada, como si lo hubiera despertado de un profundo sueño. Luego soltó una carcajada y le indicó que se acercase.

A pesar de su dedicación al trabajo, siempre tenía tiempo para Charlie y para ella. A veces se lo imaginaba a su lado, acompañándola cuando se sentía sola. Casi podía ver su cálida sonrisa. Estaba segura de que habría aprobado su relación con Román.

—Aunque Jeremy hubiera recibido ese informe por correo electrónico, su ordenador quedó destrozado.

—No. Recuerdo haberlo guardado cuando vacié su despacho, en nuestra casa de Denver.

—¿Estás segura?

—Completamente. En casa guardaba copias de todo lo que hacía en

Légate, enviándose correos al ordenador de casa. Me dijo que lo hacía por seguridad, para no perder nada.

—¿Dónde está ese ordenador?

—Guardado con el resto de mis cosas. En un almacén de la ciudad.

—Eres fantástica. —La atrajo de repente hacia sí y la besó en los labios

—. Necesitamos encontrarlo cuanto antes. Tenemos que ir allí, y rápido.

Sin mayor explicación, atravesó el dormitorio y entró en el cuarto de baño.

Anya se quedó mirando la puerta cerrada, aturdida. ¿Por qué era fantástica? Entró también en el cuarto de baño. Cuando oyó el ruido del agua corriendo en la ducha, se asomó. Allí estaba Román, bajo los tres potentes chorros. Su cuerpo sí que era fantástico. Aquel pecho musculoso, la cintura estrecha, el duro trasero... Admirándolo, casi se olvidó de por qué había entrado allí.

—Román, no te entiendo.

—El informe. Puede estar en el ordenador.

—Pero él no estuvo trabajando en el proyecto de Topaku.

—Jeremy era bioquímico. Al igual que ese científico africano, Aringa.

Seguía sin estar convencida. Jeremy no había sido precisamente un experto en lenguas.

—¿Pero por qué alguien habría de enviarle un informe en bantú?

—¿Qué pasaba cuando recibía un correo electrónico en otro idioma?

—Me pedía a mí que se lo tradujera —intentó hacer memoria. Recordaba vagamente algo acerca de un texto redactado en una lengua africana, que le pidió que le tradujera. En aquel entonces ella había estado ocupada con sus asuntos. Sí, miró el texto y le dijo que era demasiado difícil. Ella había visto aquel informe—: ¡Dios mío, ahora lo recuerdo! Ha estado allí durante todo el tiempo, en mi casa... ¡Delante de mis propias narices!

¡Qué ironía! Había dejado que la prueba se le escapara entre los dedos. ¡Y qué precio había pagado! Sobretudo durante las últimas semanas, consciente en todo momento de que la estaban vigilando...

—¿Por qué no me acordé antes?

Román descorrió la mampara de la ducha. Por un instante acarició la tentadora idea de meterla dentro y desnudarla... Pero ya tendrían tiempo para esas cosas después. Cerró el grifo y agarró una toalla.

—¡Y pensar que he soportado este sacrificio para nada! —exclamó Anya, sin salir de su estupor—. No tienes idea del infierno que han supuesto para mí

estas últimas semanas...

—No ha sido tan malo —repuso él—. Hemos hecho el amor docenas de veces. Eso cuenta algo...

—Para ti ha sido fácil. Tú no tienes que vivir en *Légate*, bajo constante vigilancia... Ha sido horrible.

—Mirémoslo desde el lado positivo. Quizás el ordenador de Jeremy sea la respuesta.

—¿Por qué no me mencionaste antes lo de su ordenador?

Porque había estado convencido de que se destruyó en la explosión del Edificio Catorce. La última vez que vio a su amigo, se burló de que no estuviera usando su portátil. Recordaba con todo detalle aquellos últimos momentos. La fotografía de Charlie y Anya en su escritorio. El cansancio en los ojos de su amigo. Su tos persistente. El alivio de su voz cuando decidió volver con su familia. Intentó no evocar más aquella escena. Resultaba demasiado dolorosa.

—Me visto en un minuto —se dirigió al dormitorio—, y luego saldremos para el almacén.

Si el ordenador de Jeremy contenía la prueba que acabaría con *Légate*, la justicia estaba servida. Sería como vengarse de sus asesinos después de muerto, desde la tumba. Román terminó rápidamente de vestirse y se dispuso a bajar. Pero Anya seguía sentada en la cama, inmóvil, pensativa.

—Quizás deberíamos contactar con Maureen y dejar que la CÍA se encargue de esto...

«*Ni hablar*», pronunció Román para sus adentros. Estaba cansado de esperar. Y de permanecer inactivo.

—No. Ahora me toca actuar a mí.

Durante todo el trayecto hasta el almacén de las afueras de Oakland, no dejó de mirar por el espejo retrovisor. Había una densa niebla. Aunque dio varios rodeos y tomó carreteras secundarias, no podía estar completamente seguro de que no los estuvieran siguiendo.

—¿Qué sucederá cuando encontremos el informe? —inquirió Anya.

—Eso depende de lo que contenga. ¿Qué tal tus conocimientos de bantú?

—No van mal.

Giró rápidamente a la derecha, hacia la verja del almacén. No parecía que hubiera nadie. La seguridad de aquella instalación era mínima, apenas una verja y un par de cámaras. Anya usó la llave para abrir la puerta principal y entraron lentamente con el coche por una pista de asfalto, flanqueada de

galpones y cobertizos. Hasta que llegaron ante su contenedor, del tamaño de un garaje pequeño.

Antes de bajar del coche, Román sacó su arma y se ajustó las correas de la sobaquera.

—¿Es necesario?

—Mejor así que tener que lamentarlo después.

—Puede que tarde un rato en encontrar el ordenador —le advirtió ella mientras se acercaba al contenedor—. Tengo un montón de cosas aquí.

Cuando abrió el candado y descorrió la puerta, se encontró con una montaña de cajas de cartón y muebles apilados. Empezaron a buscar por el lado izquierdo, revisando cada caja. Román las iba abriendo con su navaja de bolsillo.

—Fue mi madre la que supervisó el traslado —explicó Anya—. Estoy segura de que habría preferido tirarlo todo a la basura.

—Pero tú recuerdas haber empaquetado el portátil.

—Sí, lo hice yo misma. No soportaba la idea de que otra persona tocara las cosas del escritorio de Jeremy. Las fotos, los juguetes que le regalaba Charlie por el Día del Padre... —se le quebró la voz—. Supongo que por eso lo guardé en lugar de usarlo yo misma. Tenía demasiados recuerdos asociados...

Román se detuvo para observarla mientras entraba en el contenedor. Acababa de enjugarse disimuladamente una lágrima. Pensó en lo duro que debía de resultarle todo eso... Cuando murió Jeremy, él había perdido a un amigo. Pero Anya había perdido a su compañero de toda la vida.

—Si prefieres esperar en el coche, yo puedo seguir solo.

—No te preocupes —sacó una caja—. De todas formas pensaba venir aquí. Quería encontrar el cajón de los adornos de Navidad. Prueba con esta.

Román la abrió con su navaja.

—Mascotas de peluche.

—Ciérrala. Charlie ya tiene sus favoritas en la casa.

Durante media hora continuaron revisando cajas. Varias contenían papeles de los archivadores de Jeremy, que decidieron cargar en el maletero del coche para examinarlos después.

—Aquí está —exclamó Anya, señalando una caja aplastada—. El ordenador tiene que estar dentro.

Román la colocó cuidadosamente en el asiento trasero del coche.

—Ya está. Hemos terminado.

—Todavía no —desapareció en el fondo del contenedor, para salir segundos después con una caja de la que sobresalía un árbol falso de Navidad—. ¿Ves? Y hay por lo menos otra más llena de adornos.

Román se sonrió. Los objetivos de su búsqueda no podían ser más diferentes. Un ordenador lleno de secretos... Y un par de cajas de adornos de Navidad, que cargó entre el maletero y el asiento trasero.

—¿Ya está todo?

—Debimos haber traído mi furgoneta —comentó ella.

Pero antes de que pudiera cerrar el maletero, Román oyó el chirrido de unos neumáticos en la pista de asfalto. Un coche, acercándose sigilosamente, se había detenido detrás del suyo.

Peter Bunch bajó del asiento del conductor y se acercó hacia ellos, apuntándolos con un arma.

—Vaya, vaya... ¿Qué es lo que acabáis de cargar?

—Adornos navideños.

—¿Y qué más?

Su actitud era fría y profesional, carente del nerviosismo que había desplegado durante su anterior encuentro en Chinatown. No le temblaba la mano con que empuñaba la pistola.

Román dio un paso adelante.

—Eso no te incumbe.

—Habéis encontrado algo importante —pronunció Peter—. ¿El informe, quizás?

—Estás cometiendo un error —Román no quería sacar su arma. No, con Anya en plena línea de fuego. Le hizo una seña con la cabeza—. Sube al coche.

—No tan rápido —la amenazó Peter, encañonándola.

—No lo entiendo —murmuró ella—. Yo creía que trabajabas para mi padre.

—¿Yo?

—Sí, por supuesto.

Pero ya estaba empezando a dudar.

—Os he burlado a todos —anunció, engreído.

De pronto Román lo vio todo claro. Peter Bunch trabajaba de doble agente.

—Trabajas para *Légate*.

—Exacto.

—Slater te contrató como ayudante mío... Para vigilarme, ¿verdad?

—Llevabas mucho tiempo bajo sospecha. Slater sabía que había una filtración. Neville creía que eras tú.

—Entonces te incorporaste al CCV. Para hacer de doble agente.

—Basta de charla. Obedecedme y nadie saldrá herido.

A Román le hervía la sangre. No había llegado tan lejos para arrojarlo todo por la borda.

—Anya, sube al coche.

—No —le espetó Peter—. Ella se queda aquí, donde pueda echarle el ojo. Quiero que los dos trasladéis todas esas cajas a mi coche. Rápido.

—De acuerdo —aceptó Anya.

Cuando se volvió para sacar una caja del maletero, le hizo un guiño a Román. ¿Qué estaría planeando? Maldijo para sus adentros. No quería que se metiera en ningún lío. Podía resultar herida. O morir asesinada.

—No —susurró.

Pero ya había levantado una caja y se dirigía hacia Peter, distrayéndolo con su conversación:

—Estás perdiendo el tiempo. Todo esto son cosas personales mías. Yo tengo una vida propia, ¿sabes? Una vida que no tiene nada que ver con las intrigas y el espionaje.

Dejó la caja cerca de sus pies. Peter la estaba apuntando directamente a la cabeza, y Román adivinó sus intenciones: Quería distraer su atención para que él pudiera aprovechar la oportunidad y golpearlo. Anya abrió en aquel momento las solapas de la caja.

—¿Lo ves? Son adornos de Navidad.

Román se acercó un poco más. Estaba a poco más de un metro de Peter Bunch. Vio que Anya sacaba una bola de cristal envuelta y rasgaba el papel.

—Esta bola la compré para la primera Navidad de Charlie.

—Mete la maldita caja en mi coche —le ordenó Peter.

En lugar de obedecerlo, lo que hizo fue sacar la estrella del árbol... Y lanzársela a la cara. Alzó ambas manos para protegerse.

Román actuó entonces y cargó contra él, derribándolo. Lo desarmó inmediatamente, con un fuerte golpe en la muñeca. Ambos se levantaron al mismo tiempo. Peter se echó hacia atrás para propinarle un puñetazo, pero Román fue más rápido y lo golpeó en la mandíbula, ganando así el tiempo suficiente para desenfundar su pistola.

—No te muevas.

—No dispararás contra mí —masculló, apoyándose en su coche. La sangre le corría por una comisura de los labios. A duras penas podía mantenerse de pie—. Me voy.

Cuando dio un paso adelante, Román disparó al suelo, muy cerca de la puerta del coche. Por desgracia, hacía tiempo que no practicaba... Y falló, acertándole al pie. El joven lanzó un grito de dolor.

De repente sonó otro disparo. Peter ahogó una exclamación, llevándose una mano al hombro.

—¡CÍA! ¡Quieto donde está!

Maureen salió de detrás de un cobertizo. La acompañaban dos tiradores de élite.

—¿Lo ves, Román? —se dirigió tranquilamente hacia él—. Es por esto por lo que a los profesionales nos gusta dirigir nuestras operaciones. Cuando gente como tú y Anya se meten de por medio... Lo enredan todo.

—Pero el trabajo está hecho —afirmó Román. Gracias a ellos había sido detenido Peter Bunch, que espiaba para *Légate*. Y habían encontrado el ordenador de Jeremy—. ¿Nos has estado siguiendo?.

—A vosotros no. A él —señaló con la cabeza a Bunch, al que llevaban ya hacia un vehículo negro—. No sabía que valiera tanto. ¿Trabajar para *Légate* infiltrado en el CCV? Será un verdadero pozo de información —cuando Maureen se volvió hacia Anya, su tono cambió radicalmente—: ¿Te encuentras bien? —le preguntó, solícita.

—Más o menos...

Había hundido las manos en los bolsillos, para disimular su temblor.

—Lo has hecho muy bien. Lo de lanzarle la estrella a la cara fue un reflejo muy rápido. Por cierto... —Maureen miró a uno y a otra—. ¿Por qué vinisteis aquí? ¿Qué estabais buscando?

—Adornos navideños —se apresuró a responder Román.

—¿Y qué más?

—Los documentos privados de Jeremy.

—Nosotros los examinaremos.

—Espera —exclamó Anya—. No me gusta la idea de que personas extrañas hurguen en los papeles de mi marido. Puede haber cartas o notas personales...

—Lo entiendo —repuso Maureen, haciéndose cargo de la situación—. Yo también perdí a alguien. A alguien muy querido.

Para sorpresa de Román, las dos mujeres se abrazaron. Nunca habría

esperado ese tipo de reacción de una profesional tan dura y curtida como Maureen. La conocía desde hacía cerca de un año y nunca le había mencionado aquella tragedia personal. Con Anya, en cambio, parecía comportarse de forma completamente diferente. Las dos mujeres compartían algo en común. Estaban marcadas por el dolor, por la pérdida de sus seres queridos.

Eran más tiernas y sensibles que los hombres. Pero a pesar de ello, o quizás por eso mismo, su fortaleza y resistencia eran excepcionales.

Capítulo 16

De vuelta en la casa de Román, a salvo en su dormitorio, Anya se derrumbó en la cama. Aunque todavía no era mediodía, estaba completamente exhausta.

Sobre la mesita del salón, Román abrió la caja que contenía los objetos personales de Jeremy y sacó su ordenador portátil.

—Lo guardaré en mi caja fuerte. ¿Conoces la contraseña para acceder a los archivos de Jeremy?

—Charlie —respondió.

—Esta noche, después del trabajo, me pondré a buscar.

—¿Después del trabajo? —no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Vas a trabajar hoy en *Légate*?

—Tengo una agenda muy apretada esta tarde.

—No puedes ir allí —se levantó de la cama como un resorte—. Ya has oído lo que dijo Peter Bunch. Sospechan de ti.

—Mayor razón para aparecer.

El temor que había logrado reprimir hasta ese momento retornó con la fuerza de una marea. Antes no se había sentido aterrorizada, ni siquiera cuando Peter la encañonó con su pistola. En el fragor de la acción, no había tenido tiempo para dejarse llevar por el pánico. Pero ahora era diferente. El pensamiento de perder a Román resultaba sencillamente insoportable. Las palabras afloraron de su garganta como un torrente.

—Yo te diré lo que vamos a hacer. Iré a casa a por Charlie y nos largaremos en mi furgoneta. Rápido y lo más lejos posible. Nadie nos atrapará.

Román se sentó a su lado en la cama. Lenta y suavemente empezó a masajearle los hombros.

—No podremos escapar de esa manera, Anya. Lo sabes tan bien como yo.

Apoyó la cabeza en su pecho, buscando el consuelo del latido firme y fuerte de su corazón.

—Quizás deberíamos solicitar un programa de protección de testigos del FBI...

—¿Esa es la vida que quieres para tu hijo?

—Cualquier vida es mejor que ninguna.

Podían morir. Todos ellos. ¿Cómo podía no darse cuenta?

—Estamos demasiado cerca de acabar con todo esto. Terminarlo de la manera correcta, adecuada. Descubriendo la verdad sobre la muerte de Jeremy.

—No me importa.

—Claro que te importa —continuó acariciándole los hombros—. A ti te importa la verdad. Te importa lo que les sucedió a los habitantes de Topaku. Y el motivo del asesinato de Jeremy.

Pensó que tenía razón. No se trataba de una cuestión de venganza, sino de justicia. Sólo cuando encontraran todas las respuestas, Jeremy podría descansar en paz. Estremecida, intentó recuperarse. Tendría que seguir adelante con aquella peligrosa farsa en *Légate*.

—Necesito conocer las opciones que tengo. Voy a hablar con un abogado.

—Yo puedo recomendarte a alguien.

—Mañana. Quiero ver a ese abogado mañana mismo.

—Me encargaré de ello.

Aquella noche, más tarde, Román estaba trabajando intensamente con el portátil. Con la ayuda de su propio ordenador, revisaba documento tras documento. La buena noticia, era que Jeremy lo había guardado todo. La mala, era que su método de archivo no parecía poseer lógica alguna, al menos para él.

—Ordenador, busca la palabra Topaku.

—La búsqueda solicitada llevará noventa minutos.

—Conforme vayas encontrando documentos, muéstramelos.

Casi de inmediato apareció un mapa de África.

—El siguiente.

Apareció otro mapa del continente, y otro más ampliando la zona de Topaku. Por último, un detallado plano topográfico de la aldea y su entorno. Al parecer, el tema había interesado bastante a Jeremy. ¿Significarían algo aquellos mapas? La aldea estaba aislada en una llanura, entre montañas y bosques; en un radio de más de treinta kilómetros no había ninguna otra. Un río corría a unos tres kilómetros del centro de la aldea. Las necesidades hídricas de la población exigían la existencia de un pozo comunal.

Un pozo comunal... Recordó lo que le había dicho Chou Liu acerca del agua envenenada. Varios documentos mostraban otras informaciones

generales, como las condiciones climáticas y de vegetación, las dimensiones de la cabaña ganadera o la población humana. Cincuenta y tres personas, entre hombres, mujeres y niños. Todos muertos a consecuencia de un virus fabricado en París. Un virus, que supuestamente, había sido obra de *Légate*.

—Ordenador, siguiente página.

Román se encontró entonces con docenas de correos electrónicos de científicos preocupados por la epidemia de Topaku, deseosos de aportar sus conocimientos sobre virus. Se detuvo concretamente en uno de Aringa, el científico africano que había muerto en Topaku. El hombre que había redactado el informe que estaba buscando.

Aunque no se trataba más que de una amable y cordial nota para Jeremy, Román redobló sus esfuerzos, esperanzado. Al menos Jeremy había conocido a Aringa. Su colega africano le preguntaba por su familia y por su estado de salud. Y se despedía con una frase: «*Saludos a tu encantadora esposa. Espero poder conocerla algún día.*» Lamentablemente, sus días habían sido demasiado cortos. Siguió leyendo: «*Y besos a tu niño milagroso.*» Era una sutil referencia al «*milagro*» de la fertilización artificial, lo que significaba que Aringa había estado al tanto del proceso...

¡El informe! El siguiente documento era el informe que había estado buscando. Lo supo tan pronto como el mensaje apareció en la pantalla. ¡Eso era! Lo leyó detenidamente: «*Amigo mío, disculpa mi apresuramiento...*» Seguían varias líneas que Román no pudo descifrar. Debía de ser bantú. «*Me siento débil, mareado... Estoy apunto de morir...*» Y a continuación un largo párrafo en la lengua africana, incluyendo una referencia al doctor Giddons.

—Ordenador, imprime esta página. Dos copias.

Tenía que entregárselo a Anya para que se lo tradujera. Miró su reloj. Eran casi las doce. Esa noche no podría verla, así que tendría que esperar al día siguiente por la mañana. No había problema: Tenían tiempo.

La visita de Anya al bufete de abogados de Oakland le levantó el ánimo. Román la estaba esperando en el lujoso vestíbulo del rascacielos. Un brillo de excitación ardía en sus ojos. Tomándola del brazo, la guió de nuevo hacia el ascensor.

—Acompáñame. Hay algo que quiero enseñarte.

—No puedo. Charlie sale del colegio dentro de una hora y media.

—Estarás allí a tiempo de recogerlo —le aseguró, mientras se cerraban las puertas del ascensor.

—Por cierto, gracias por haberme presentado a Wendy Pratt. Es una

mujer maravillosa. Después de revisar detalladamente el contrato de *Légate*, su primera opinión es que Slater no puede obligarme a quedarme. Soy la madre de Charlie y poseo la custodia legal. Puedo llevarlo a donde yo quiera —mientras pronunciaba las palabras, tenía la sensación de que se aligeraba de un peso enorme, insoportable—. En cuanto a la deuda, Slater tendrá que denunciarme. Pero confío en que todo esto acabe de una vez antes de que el asunto llegue a los tribunales.

El ascensor llegó al último piso del edificio. Estaban solos en toda la planta. Román la guió hasta una puerta metálica.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella.

—A un lugar privado.

Subieron unas escaleras y salieron a la azotea. Una espectacular panorámica se extendía frente a ellos, abarcando desde las zonas residenciales de las colinas hasta las aguas azul pizarra de la bahía. Abrumada por la vista, Anya se acercó al borde. Soplaban un viento fuerte, que le pegaba la falda a las piernas.

—Es como estar en el techo del mundo —exclamó—. Me encanta.

—A veces la azotea de un rascacielos es el lugar más íntimo y privado de toda la ciudad.

Le pasó un brazo por la cintura, y reclamó sus labios con un apasionado beso que la dejó jadeante, sin aliento. Anya tenía la sensación de formar parte del cielo, como si se hubiera confundido con las nubes.

La llevó luego a un banco de piedra, cerca de la salida de la escalera.

—Aparte de esta fantástica vista... ¿Por qué me has traído aquí?

Vio que se llevaba una mano al bolsillo y sacaba una hoja de papel.

—El informe.

El corazón se le inflamó de alegría. ¡Aquel sí que estaba siendo un día maravilloso!

—¿Estaba por fin en el ordenador de Jeremy?

—Sí. Es un mensaje de correo electrónico.

Tomó la nota, entusiasmada y temerosa. En teoría, aquella era la prueba definitiva. Todo iba a encajar finalmente en su lugar.

—Parece que Jeremy era amigo de Aringa...

Fue su primer comentario después de leer las frases en inglés.

—¿Lo puedes traducir?

Anya se concentró en los párrafos en bantú.

—Cuando Aringa escribió esto, estaba enfermo. Gonjwa significa

«enfermedad». Se nota que le costaba escribir.

—Razón por la cual probablemente cambió al bantú.

—Habla de maji, «agua». Y de «pozo», kisima —su conocimiento del idioma bastaba para identificar las palabras básicas, pero no los detalles—. Sospechaba que el sistema de abastecimiento hídrico de Topaku había sido infectado. E informaba a Jeremy de que había enviado muestras de agua del pozo a Giddons —alzó la mirada—. ¿Quién es Giddons?

—Murió —le explicó Román—. Trabajaba en el despacho contiguo al de Jeremy.

—Eso quiere decir que los resultados de su análisis quedaron destruidos por la explosión —comentó, repentinamente decepcionada—. O sea que este correo es otra pista que no nos llevará a ninguna parte...

—No, necesariamente —le tomó una mano, acariciándole los nudillos con el pulgar—. Si Giddons encontró realmente el virus en las muestras de agua, eso demostraría que *Légate* elaboró un informe fraudulento cuando afirmó que el virus procedía del ganado. Mintieron.

—Ya, pero... ¿Demostrará eso que ellos inocularon el virus?

—Casi —recogió la nota—. Ojalá pudiera localizar la muestra que Aringa envió a Giddons. Eso apuntalaría de una vez por todas la acusación contra *Légate*.

—Seguro que destruyeron esa prueba.

—Quizás no. Nuestros procedimientos para manejar sustancias de ese tipo, con graves riesgos de contaminación, son muy estrictos.

Román lo sabía por experiencia. Él mismo se había encargado de diseñar, aplicar y fiscalizar esos procedimientos. Y también estaba convencido de que el Centro de Control de Enfermedades jamás habría autorizado a *Légate* a guardar una muestra de aquel virus. De repente recordó algo:

—Todo el mundo en *Légate* fue vacunado contra el virus. Fue justo antes de la explosión en el Edificio Catorce. Recuerdo haber pensado que era una pérdida de tiempo, porque nuestras instalaciones estaban fuera del alcance del virus. Era imposible que pudiéramos contagiarnos.

—Slater lo sabía —pronunció Anya—. Sabía de la existencia de ese virus.

Eso estaba claro, pero necesitaban una prueba sólida, contundente.

—Buscaremos esa muestra. Y los resultados del análisis de Giddons. Podemos hacerlo... Pero llevará tiempo.

—Román, no sé cuánto tiempo más podré soportar seguir en *Légate*...

Le recogió delicadamente un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Slater no te hará ningún daño, ni a ti ni a Charlie. Estoy seguro.

—¿Y tú? Si algo te sucede a ti... —la frase quedó suspendida en el aire, inconclusa—. Ayer estuvieron a punto de dispararte...

—Pero sobreviví —sonrió, confiando en tranquilizarla—. Sin un rasguño.

—¿Y la próxima vez? —le apretó la mano—. Yo ya he perdido a Jeremy, el primer hombre al que amé. Si te pierdo a ti también...

¿Le estaba diciendo que lo amaba? Pese a todo el tiempo que habían pasado juntos, esas palabras aún no habían sido pronunciadas. ¿El amor de Anya? Eso era demasiado esperar.

Mientras esperaban a encontrar la prueba definitiva, a Anya la estancia en *Légate* se le hizo eterna. Decoró la casa con adornos navideños, envolvió regalos, preparó comidas... Román se presentó allí la mañana de Navidad, para estar presente cuando Charlie se despertara. Intercambiaron regalos, pero ella seguía sin tener lo que tanto anhelaba: La libertad.

Román continuó investigando a partir del mensaje de Aringa. En el almacén de *Légate* descubrió que Giddons había recibido un envío de África coincidiendo con la epidemia que asoló Topaku. El paquete con las muestras pasó por el procedimiento de riguroso aislamiento correspondiente. Giddons estampó su firma y se hizo cargo. Pero desde entonces las muestras desaparecieron, presuntamente destruidas en la explosión.

Su búsqueda volvía a tropezar con otro obstáculo. Como pariente más cercano, un hermano de Giddons había recibido todos sus documentos, pero en aquel momento se hallaba viajando por la India y estaría ilocalizable hasta principios de año. De manera que tuvieron que seguir esperando.

En Nochevieja, a las doce, Anya alzó su copa para brindar. Sólo ansiaba una cosa: Alejarse de *Légate*. Hacia mediados de Enero, la CÍA terminó de investigar los documentos de Giddons que habían pasado a manos de su hermano. No encontraron registro ni mención alguna de las muestras de agua enviadas desde Topaku. Al día siguiente Anya fue a hablar con Wendy, la abogada que la estaba asesorando. Según ella, como madre de Charlie tenía derecho a apartar a su hijo de una situación o de un entorno inadecuado.

¿Inadecuado? Casi soltó una carcajada. ¡Qué ironía! Para el resto del mundo, la vida que su hijo llevaba en *Légate* era como un sueño hecho realidad. Unas magníficas instalaciones con piscina, genios de la ciencia como instructores. Y para colmo... A Charlie le encantaba. Estaba entusiasmado. ¿Cómo podía defender ante cualquiera que *Légate* era

inadecuado para su hijo? No tenía ninguna prueba. Y tampoco podía demostrar que Slater era un monstruo que había asesinado al padre de Charlie.

La víspera del desfile del Año Nuevo Chino en San Francisco, Slater y Neville fueron a visitarla a la casa. Sus siluetas se recortaron en el umbral de la puerta, en medio de la densa niebla de aquel frío día de Enero. Por desgracia, no se le ocurrió ninguna excusa para impedirles la entrada. Colgaron sus abrigos en el pechero. Aparentemente tenían intención de quedarse un buen rato.

—Doctor Neville —fingió un amable tono de voz—, ¿va todo bien? Tiene aspecto de cansado.

Vio que las ojeras le llegaban casi hasta el bigote.

—Sí, estoy atravesando un momento algo difícil.

Era de conocimiento público que la Asociación de Psiquiatras Americanos lo estaba investigando, y que además había sido denunciado por dos de las parejas que participaron en su experimento de fertilización. Anya estaba orgullosa del papel que había jugado en todo aquello. Nunca más el doctor Neville volvería a manipular a sus pacientes de una manera tan atroz.

—Pero quien más me preocupa eres tú, Anya. Estas son las primeras Navidades que pasas sin tu marido.

—Sí.

El dolor constante que le provocaba su pérdida se mezclaba con otras ansiedades. Quedaba menos de un mes para el primer aniversario de su muerte. Si no hubiera sido por el constante apoyo de Román, se habría derrumbado.

—Has adelgazado —observó Slater.

—¿Tienes problemas para comer? —quiso saber Neville.

—No, estoy bien —respondió, sosteniéndoles la mirada.

—Había esperado que vinieras a verme —dijo Neville—. Soy un buen profesional. Y tú estás pasando por momentos muy duros...

Como si pudiera confiar en él... Se mordió el labio, dominando el impulso de expresar toda su hostilidad.

—Estoy bien —repuso, tensa.

Slater se dedicó a pasear por la casa, observándolo todo. Al cabo de unos segundos se volvió hacia ella, mirándola fijamente:

—Estás mintiendo, Anya.

¿Qué era lo que sabía? Se esforzó por mantener el control. Por supuesto,

le había mentado, pero no tenía nada de qué avergonzarse. Le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Yo no miento.

—No estás bien. Estás fría, distante. Y confundida.

De repente le dio la espalda, presa de un violento ataque de tos. Tuvo que sentarse en la mecedora, frente a la chimenea.

Por la palidez de su rostro, se veía que estaba enfermo. Pero seguía siendo igual de poderoso. Le recordaba un animal mortalmente herido, dispuesto a asestar su último zarpazo.

—Desde que tuvimos aquella conversación el día de Acción de Gracias... —le dijo cuando logró recuperarse—. Me has estado evitando. Y no me gusta tu actitud. No es bueno para Charlie.

«¡Canalla!», le gritó en silencio. «¡No me digas lo que es bueno o no para mi hijo!».

—Aun así —apuntó Neville—, Charlie mantiene contigo un vínculo afectivo algo problemático. Como psiquiatra que soy, de eso entiendo algo. Como la mayor parte de los niños de su edad, ese vínculo está fundamentado sobre la dependencia. Él espera de ti comida y refugio, además, por supuesto, de amor incondicional. Sin embargo, Charlie también es consciente de tus necesidades. Por eso se muestra protector, casi hasta la agresión.

—Lo cual me parece perfectamente normal —comentó ella.

—Ese vínculo... —Slater se interrumpió de nuevo, presa de otro ataque de tos—. Ese vínculo es la única razón por la que soporto tu actitud, Anya.

Le había transmitido el mensaje alto y claro. Si no hubiera sido por Charlie, ya se habría deshecho de ella. Resultaba irónico, que el análisis clínico de Neville de su vínculo afectivo con Charlie, fuera la garantía de su seguridad. El psiquiatra se inclinó hacia delante, mirándola fijamente:

—¿Qué piensa Charlie de tu relación con Román?

—Está un poco celoso.

Slater soltó un resoplido de disgusto e incredulidad.

—Charlie nunca hace nada a medias. Odia a Román.

—No —le espetó Anya—. Román tenía una amistad especial con el padre de Charlie.

—Ese chico me aprecia a mí más que a Román —pronunció Slater, levantándose de la mecedora—. No es de extrañar. Yo le facilito la estimulación intelectual que necesita para alcanzar todo su potencial. Charlie ni siquiera habría nacido si no hubiera sido por mí. ¿Recuerdas, Anya? La

fertilización artificial. Sin mí, ni siquiera te habrías quedado embarazada.

Le ardían los ojos, febriles. Anya se daba perfecta cuenta de que estaba a punto de perder el control. Un hombre peligroso que podía estallar en cualquier momento.

—¿A qué has venido?

—A recordarte que mañana te pases por la clínica para que te vacunemos de la gripe —tosió de nuevo—. Ojalá yo me hubiera vacunado antes.

Pero Anya no estaba dispuesta a que la vacunaran. A juzgar por todo lo que sabía de *Légate*, no le habría extrañado que utilizaran a sus empleados como conejillos de indias.

—No creo en ese tipo de vacunas.

—Pues no tienes elección. Es obligatoria. Charlie se vacunará la semana que viene, con los otros chicos del colegio.

Por nada del mundo dejaría que eso sucediera. No, mientras le quedara algo de aliento en el cuerpo. Slater se dirigió hacia la salida, seguido de Neville.

—Si necesitas hablar con alguien, yo siempre estoy disponible. Adiós, Anya.

«*Hasta nunca*», pronunció para sus adentros, y cerró la puerta.

Al día siguiente por la noche tendría lugar el desfile del Año Nuevo Chino. Chou Liu le había prometido que contactaría con ella... Para ayudarla a escapar. Y eso era exactamente lo que pensaba hacer.

Capítulo 17

Pese a lo mucho que había esperado que llegara aquel momento, nada la había preparado para el impresionante espectáculo del Año Chino. Charlie y ella estaban en Kearney Street, con la mirada clavada en un horrible dragón. Bengalas rojas rasgaban la niebla de la tarde, mientras el larguísimo cuerpo del animal serpenteaba por las calles.

—¿Estás asustado, corazón? —le preguntó Anya.

—Ni hablar.

Pero ella sí. Aterrada, más bien. Si al menos pudiera estar segura de que eso era lo más adecuado... La multitud estallaba en vítores y aplausos, con los fuegos artificiales surcando el cielo. El dragón se giró en aquel instante hacia ella. Acercó tanto su largo y rojo hocico que hubiera podido extender la mano y tocarlo. Bruscamente, el animal se alzó de nuevo y continuó bailando.

—¿Sabes? Sigo conservando el dragón de la caja china que me regaló Román —le confesó Charlie, sacándose de un bolsillo para mostrárselo.

—Muy bien. Para que te proteja —aprobó Anya, pensando que iban a necesitar de toda la protección que pudieran conseguir.

Charlie señaló la hilera de pies que asomaban por debajo de las faldas del dragón:

—Por lo menos hay veinte personas ahí debajo...

Seguían al dragón bailarinas con faroles de papel de colores y músicos con tambores. Pero el espectáculo no lograba distraer a Anya de sus preocupaciones. Ojalá Román hubiera estado con ellos. Le había informado de su plan, y se suponía que tenía que reunirse allí con ella. Pero había demasiada gente. Y demasiado ruido. De pronto creyó oír un rumor cerca de su oído:

—Anya.

Se quedó muy quieta. Aquella voz no parecía la de Román. ¿Se trataría del contacto de Chou Liu? Se giró en redondo. Ningún rostro le resultaba familiar. «¡Maldito seas, Román! ¿Dónde estás?», pronunció para sus adentros.

—¡Mira! —gritó en aquel instante Charlie, señalando una colorida

carroza en forma de pez.

—Ese pez simboliza la prosperidad y la buena suerte para el Año Nuevo —explicó Anya, volviéndose de nuevo hacia el niño.

Mientras el desfile continuaba su curso, subieron por la empinada cuesta de Chinatown. La preocupaba que Chou Liu aún no se hubiera puesto en contacto con ella. Lo primero que había hecho nada más llegar al barrio, fue acercarse al mercado de Wang Ho y llamar a la puerta del apartamento del primer piso... Sin resultado.

A instancias de Charlie, se detuvieron ante un escaparate presidido por un imponente dragón lacado en rojo.

—Los dragones sólo protegen a los buenos —declaró con tono convencido—. Cuando ven a los malos, se los comen de un solo bocado.

—Como los dinosaurios —añadió Anya.

El crío alzó la mirada hacia ella, frunciendo el ceño.

—¿Papá era de los buenos?

—Claro que sí. De los mejores.

—¿Y Román? ¿Él también es bueno?

—Sí. ¿A ti qué te parece?

—A veces me hace enfadar. Me trata como si fuera un niño.

—Bueno, Charlie... —intentó no sonreírse—. La verdad es que lo eres.

—¿Lo ves? Tú siempre te pones de su lado.

No se le ocurrió nada que responder. No le había contado lo que en teoría iba a suceder aquella noche: Su fuga definitiva de *Légate*. Si Chou Liu no aparecía finalmente, no quería que Charlie supiera más de la cuenta. Podría ser peligroso. Se arrodilló para ponerse a su misma altura y mirarlo fijamente a los ojos.

—Tienes que confiar en mí, Charlie. Sobre Román... Y sobre todo lo demás.

—¿Todo lo demás? ¿Qué quieres decir?

—Esta noche podría suceder algo que... —¿Cómo podría contárselo? Ni siquiera ella misma lo sabía—. Es una sorpresa. En cualquier caso, tienes que saber que yo siempre procuraré hacer lo mejor para ti. Siempre.

—De acuerdo —se encogió de hombros—. ¿Podemos ir a comer algo? Tengo hambre.

Terminado el desfile, las calles se habían llenado de gente gritando y bailando, con sus disfraces de colores. Tanto bullicio la ponía nerviosa. Se sentía atrapada en una especie de gigantesco calidoscopio...

—Anya.

En esa ocasión oyó claramente la voz. Cuando se volvió para escrutar el mar de rostros, descubrió a Chou Liu acercándose a ella. Con su largo abrigo negro, el anciano chino no podría destacar más entre aquella multitud multicolor. Una sonrisa de bienvenida se dibujó en sus finos labios, medio ocultos por la perilla gris. «*Lo conseguiremos*», pensó Anya. «*Charlie y yo lograremos escapar*».

Tirando de su hijo, se dirigió a su encuentro. Avanzaban con penosa lentitud, de tanta gente como había.

—¿Mamá? La hamburguesería está en la otra dirección...

—Lo sé, Charlie. No te separes de mí.

Bajó de la acera justo cuando pasaba un grupo de niñas con flores de loto en el cabello, riendo alegremente. Cuando intentó rodearlas, sintió que Charlie le soltaba la mano. Se habían separado.

—¡Charlie!

La invadió el pánico. Se volvió en todas direcciones, aterrada. ¿Dónde estaría? Perderlo era lo que más temía en el mundo. Luces, colores y rostros se confundían en un vertiginoso remolino.

—¡Charlie!

—Estoy aquí, mamá.

La tiró de la chaqueta.

Se arrodilló, acunándole el rostro entre las manos.

—No te separes nunca de mí, Charlie. Suceda lo que suceda, no te separes nunca de mí.

Vio que la miraba confundido. No había querido asustarlo, pero aquello era importante y necesitaba que lo comprendiera.

—Anya.

Esa vez, la voz sonó justamente detrás de ella. Se incorporó. Era Chou Liu.

—Gracias a Dios...

—Venga conmigo. Su padre está esperando.

—Este es Chou Liu —le explicó a Charlie—. Vamos a acompañarlo. Él nos llevará a ver al abuelo...

De pronto, un dragón danzante la separó del anciano. Y el fragor de los cohetes y bengalas no logró disimular un sonido inequívoco: El de un tiroteo. ¿De dónde procedería? Se giró en redondo.

Chou Liu la estaba mirando. La luz de su mirada se tornó opaca. Se llevó

las manos al pecho antes de caer al suelo de bruces. Sin soltar a Charlie, Anya se arrodilló a su lado, horrorizada.

—¡Que alguien llame a una ambulancia!

Le buscó el pulso. El abrigo se le había abierto, revelando la camisa empapada de sangre. Con un último esfuerzo, el anciano susurró:

—No deje que se lleven al niño. Huya.

Un hombre vestido con un largo abrigo se inclinó entonces sobre él.

—Apártese, señora. No hay nada que pueda hacer.

—Pero...

—Déjelo —sus ojos eran como rendijas en un rostro frío, impasible—. Yo cuidaré de usted y de su hijo. Será mejor que me obedezca.

Pero Anya se levantó como un resorte. Cuando el extraño se estaba incorporando a su vez, le dio un fuerte empujón en el pecho. Perdido el equilibrio, cayó de espaldas.

Se perdió de inmediato en la multitud, tirando de Charlie. Dobló una esquina y echó a correr cuesta abajo.

—¿Adónde vamos? —inquirió el niño.

Por toda respuesta, lo agarró en brazos mientras intentaba abrirse paso entre la gente. Chou Liu le había dicho que huyera. Alguien quería atrapar a Charlie.

Poco después llegaba a un estrecho callejón al que desembocaban múltiples escaleras de incendios. Si la capturaba allí, no podría esconderse en ninguna parte. Siguió corriendo. Charlie no decía ya nada, de puro miedo. Le pesaba demasiado, le dolían terriblemente los brazos...

Al final del callejón, se volvió para echar un vistazo y distinguió unas siluetas. Alguien corría tras ella. Un grito resonó entre las paredes de ladrillo. Justo cuando se volvía para seguir corriendo, casi chocó contra un hombre. Era moreno y llevaba una chaqueta negra de cuero.

—¡Román!

—¡Agáchate!

Se escondió detrás de un cubo de basura, abrazando a Charlie con fuerza. Fue entonces cuando vio el arma de Román. Apuntó y disparó tres veces. Hubo fuego de respuesta y se agachó a su lado.

—Parece que hay tres.

Anya sintió una punzada de pánico. Si Charlie no hubiera estado allí, con ella, se habría desmayado de miedo. Pero tenía que ser fuerte. Tenía que salvar a su hijo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Salir. Fuera tendremos más oportunidades de despistarlos.

Lo miró. Por su expresión, parecía capaz de enfrentarse con aquellos tres. Y con todo un ejército.

—Yo te cubriré la retirada y tú echarás a correr. Cuesta arriba. Ahora.

Se colocó en posición de disparo e hizo fuego una y otra vez. Anya echó a correr, con Charlie, hacia la multitud.

No había dado ni diez pasos cuando Román la alcanzó.

—Yo llevaré a Charlie.

Agradecida, le pasó su carga. Estaba agotada.

—No —se quejó el niño—. Yo quiero a mamá...

—Aguanta, Charlie. Tienes que ser fuerte.

Anya tenía el corazón en un puño. No era justo hacer pasar al pequeño por todo aquello. Siguieron corriendo.

—Charlie, ¿recuerdas lo que estábamos hablando antes, sobre los malos?

—Sí.

—Pues nosotros somos los buenos, y tenemos que permanecer juntos.

—De acuerdo.

Se aferró al cuello de Román mientras se internaban en la multitud.

Allí estaban más seguros. La gente reía, cantaba. Anya estaba muy cerca de Román, alerta. De repente se dio cuenta de que no sabía dónde estaban.

—Román, deberíamos ir a casa de mi madre...

—No. Estarán esperando eso precisamente.

—¿Entonces dónde?

—Subiremos Nob Hill, hacia el Ritz-Carlton. Allí, en la puerta, tomaremos un taxi.

En California Street no había ya tanta gente. Estaban en el límite de Chinatown. Había menos bullicio, menos ruido, pero... ¿estarían a salvo? Aunque aparentemente nadie los perseguía, no las tenía todas consigo. Jadeaba de agotamiento. Las piernas se le doblaban mientras subía la cuesta. Cruzaron la calle y rodearon un tranvía. Estaban muy cerca del gran hotel Ritz-Carlton.

—No puedo más —se detuvo, incapaz de seguir.

—Ya casi hemos llegado —la animó Román, con Charlie en los brazos.

El niño se soltó para abrazarla, llorando:

—Mamá, tengo miedo...

—Yo también. Pero ya verás cómo no nos pasará nada.

Justo en aquel momento un coche frenó a su lado. Un hombre se apresuró a bajar, vestido con un impermeable y vaqueros. Era Harrison, el vigilante de *Légate* que solía patrullar la casa.

—Anya y Charlie —los llamó—. Venid los dos...

Antes de que ella pudiera impedirlo, Charlie corrió hacia Harrison y el vehículo que lo esperaba. Pero Román estiró el brazo en el último momento y lo agarró de la camiseta. El niño cayó en la acera.

—¡Charlie, vuelve! —gritó Anya con voz ronca.

Pero se levantó y siguió corriendo hacia los brazos abiertos de Harrison, que se apresuró a meterlo en el coche. Cuando el vigilante se volvió hacia ellos, vieron que estaba armado.

—No me obligues a dispararte, Román.

—Suelta al chico. Su sitio está con su madre. Lo sabes perfectamente.

—Yo sólo recibo órdenes.

Román ya se disponía a levantar su arma, pero Anya lo agarró del brazo:

—No dispaes. Charlie está ahí dentro.

—Iba a reventarles los neumáticos.

Harrison subió rápidamente y cerró la puerta. Anya seguía inmóvil, paralizada. Su peor temor se había visto realizado. Le habían arrebatado a su hijo. Despreocupada de su propia seguridad, echó a correr hacia el coche y frenéticamente intentó abrir la puerta. El vehículo se puso en marcha, pero ella no se soltó. No podía.

—¡Charlie!

El coche aceleró. Anya perdió pie y cayó al suelo, rodando por el asfalto. Sintió un violento dolor en la base del cráneo, y todo se volvió negro.

Sentado a la cabecera de la cama, Román velaba el inquieto sueño de Anya. Estaban en el dormitorio de una casa del otro lado de la ciudad.

—Se pondrá bien —le aseguró Wade Bouchard, acercándose—. Es una contusión superficial.

—¿Pero entonces por qué no se ha despertado? Lleva así cerca de una hora.

—Tiene miedo —el tono de Wade era más clínico, profesional, que preocupado—. He observado esas reacciones antes. Su cerebro quiere protegerla de que se despierte y se enfrente con el miedo.

—El miedo de perder a Charlie.

—Tú y yo sabemos que el chico estará a salvo en *Légate*.

—Su lugar está con su madre —masculló Román, airado.

Wade se apoyó entonces contra la puerta, sin dejar de mirarlo.

—¿Quieres a mi hija?

—¿Y usted?

—Una buena pregunta —arqueó las cejas—. No he sido un buen padre en el sentido tradicional del término. Pero quiero a mí hija. Todo lo que hago es por Anya. Para forjar un nuevo mundo para ella.

«¡Maldito idealista!», murmuró Román para sus adentros.

—Los hijos necesitan un padre que pueda estar con ellos, a su lado...

—¿Como el tuyo?

Se le encogió el estómago. Sí, su padre siempre había estado a su lado. Para insultarlo o para pegarle.

—Touché.

Se volvió nuevamente hacia Anya mientras Wade abandonaba la habitación. Vio que cerraba con fuerza los ojos y que movía las piernas como si estuviera huyendo en sueños. ¿Estaría reviviendo su desesperada fuga? Todo aquello era culpa suya. Tanto tiempo esperando en *Légate* y no había podido planificar una estrategia de fuga mínimamente segura. Por eso se había dejado arrastrar por la desesperación. Y todo se había ido al diablo. Apretó su mano blanca, delicada. ¿Llegaría a perdonarlo alguna vez?

Capítulo 18

Anya luchaba por recuperar el conocimiento. Le dolía el cuerpo. Un zumbido constante torturaba sus oídos. Tenía que despertarse. Abrió los ojos y vio a Román, Tenía muy mal aspecto; estaba pálido, demacrado. Una sonrisa asomó a sus labios.

—Ya te has despertado.

—¿Dónde estoy?

—No te preocupes de eso ahora —le refrescó la frente con una toalla húmeda antes de acercarle una botella de agua a los labios—. Toma un sorbo.

Se incorporó sobre un codo y bebió. El dolor de cabeza estaba empezando a ceder.

—Estoy bien. Por favor, dime dónde estamos.

—En la ciudad. Esta casa es segura.

Bebió otro sorbo de agua. Habían ido a la ciudad, a San Francisco... ¿Por qué? Chinatown. De repente lo recordó todo. ¡Charlie! La botella se le cayó de las manos mientras intentaba sentarse.

—¿Dónde está mi hijo?

—Quédate tumbada, Anya. Todavía no puedes moverte.

—Tengo que encontrarlo.

—Está a salvo. Estoy seguro de ello.

Nada más levantarse de la cama, tuvo una náusea. Estaba demasiado mareada para dar un solo paso. Pero tenía que hacerlo. De algún modo sacó la fuerza necesaria para mantenerse de pie. Recordó la persecución, el tiroteo, Harrison llevándose a su hijo...

—Está con Slater.

—Y Slater no le hará ningún daño —la agarró del codo.

—¿Cómo diablos estás tan seguro? —una punzada de dolor le hizo cerrar los ojos—. Él mató a mi marido. Muy bien podría matar a...

Le falló la voz. Se le doblaban las rodillas. Román la sostuvo mientras se dejaba caer de nuevo en la cama.

—Tumbate.

Un pensamiento coherente comenzó a abrirse paso en su cerebro. Esa vez Slater había ido demasiado lejos. Sus hombres habían matado a Chou Liu. La

seguridad de *Légate* le había robado a su hijo a punta de pistola.

—Tenemos que llamar a la policía.

—No creo que sea prudente.

—Pero esto no es una conspiración sin pruebas que lo demuestren... Se trata de un asesinato. Mataron a Chou Liu.

—¿Viste a alguien apretar el gatillo? —le preguntó con tono firme y suave a la vez, no exento de tristeza.

—Vi a un tipo vestido con un abrigo...

—¿Podrías identificarlo?

Multitud de imágenes borrosas cruzaron por su mente. Por desgracia, era incapaz de recordar su rostro.

—Quizás no vi al asesino, pero vi a la gente de *Légate* llevándose a Charlie. Era Harrison, el tipo que suele patrullar nuestra casa. Puedo contarle a la policía exactamente lo que sucedió.

—Sigue siendo tu palabra contra la suya. Y lo único que han hecho ha sido llevarse a Charlie a su casa. A *Légate*.

—Pero yo soy su madre. Y quiero que me devuelvan a mi hijo. La policía tiene que ayudarme.

Román le tomó las manos entre las suyas y se arrodilló a su lado.

—Recuperaremos a Charlie. Ya lo verás...

Abismada en la mirada de sus ojos castaños, podía ver en ellos compasión, preocupación... Quería ayudarla. Pero percibía también otra cosa.

—¿Qué pasa, Román?

—Tengo que decirte algo...

Bajó la mirada, ganando tiempo antes de continuar.

—Más malas noticias.

—Muy malas.

Anya no podía imaginar nada peor que lo que estaba sintiendo en aquel momento.

—Adelante.

Se llevó sus manos a los labios y le besó los nudillos. Aquel gesto le recordó el primer día que la vio en *Légate*, cuando fingió flirtear con ella. Pero incluso en aquel entonces, no había sido un juego. Estaban unidos por una extraña conexión.

—Debí haberlo adivinado desde el principio.

—¿De qué estás hablando?

—Hace seis años, Jeremy y tú llegasteis a *Légate* esperando un milagro.

—Y sucedió —repuso ella—. La fertilización artificial fue un éxito. Pude tener a mi hijo.

—Lo tuviste, sí —pronunció con tono suave—. Pero Charlie no es tu hijo.

Se quedó estupefacta. Román continuó:

—Te implantaron un óvulo fertilizado de unos padres genéticos diferentes. Te utilizaron como madre de alquiler.

Anya no podía creerlo.

—Eso es mentira.

Se arrodilló frente a ella, tomándole las manos.

—Ojalá lo fuera.

—¿Tienes alguna prueba?

—Conseguí tu expediente médico, así como los de Jeremy y Charlie. Los análisis de sangre no coinciden.

—Los análisis de sangre no son infalibles.

—También hice la prueba del ADN. Ni Jeremy ni tú sois los padres biológicos de Charlie.

Anya recordaba haber encontrado aquellos expedientes en el escritorio de Román. En aquel entonces no le había dado demasiada importancia porque quería confiar en él. Recibir aquella información fue como escuchar una condena a muerte. Como si el mundo se hubiera detenido de repente.

—¿Cómo pudo suceder algo así?

—Los otros médicos a los que Jeremy y tú fuisteis a ver, acertaron en sus diagnósticos. Era imposible que pudierais tener un hijo. Seguramente Neville os eligió para sus experimentos de fertilización.

Recordaba bien las preguntas del psiquiatra, su insistencia en que Charlie y ella compartían un vínculo problemático, extraño. Pero Neville no le había dicho que no era su madre biológica.

De inmediato se dijo que no le importaba. ¿Quería a Charlie? ¡Claro que sí! Y él también la quería a ella.

—Sigue siendo mi hijo.

—No, a efectos legales —replicó Román—. Charlie y tú no estáis genéticamente relacionados.

—¿Quiénes son sus padres biológicos? —de repente se le ocurrió un pensamiento terrible—. ¿Slater?

—No —se apresuró a tranquilizarla—. Eso fue lo primero que comprobé.

—¿Entonces?

—Durante el proceso de experimentación, varias personas donaron esperma y óvulos. Charlie fue elegido entre lo mejor de lo mejor. Creado a partir del ADN de dos genios.

—Fue un experimento...

Un sollozo escapó de su garganta. Su mundo se estaba cayendo a pedazos.

Al crear a Charlie, Slater había estado jugando a ser Dios. Había diseñado a un genio. Por eso tenía tanto interés en el chico, por eso había insistido tanto en que estudiara en *Légate*. Slater estaba criando a un niño probeta modelo, para que con el tiempo, lo sucediera al frente de su imperio.

—No tengo derecho a llamar a la policía —pronunció, abatida—. Charlie no es realmente mi hijo.

—No te rindas —Román se sentó a su lado, en la cama—. Habrá una batalla legal. Pero al final, recuperarás a Charlie.

—No puedes prometérmelo... —se le quebró la voz. Se le aflojaron los miembros. Estaba exhausta—. Quiero dormir —cerró los ojos—. Para siempre.

—Claro —dijo Wade—. Yo ya lo sabía.

Román miró la puerta cerrada de la habitación donde Anya llevaba horas durmiendo. Uno de los compañeros de su padre, un médico de renombre, la atendía continuamente. Aparte de unos cuantos golpes y una contusión menor, se encontraba bien. Físicamente, por supuesto. Porque emocionalmente estaba destrozada.

Se volvió hacia Wade, que estaba sentado ante la mesa de la cocina, con una taza de café entre las manos. Como Román, no había dormido. Eran las cuatro de la madrugada.

—¿Cómo lo descubrió?

—Lo sospeché tan pronto como me enteré de que Anya estaba visitando *Légate*.

—¿Por qué?

Él ya estaba trabajando para Slater cuando comenzaron aquellos experimentos y no había sospechado nada.

—Tengo que admitir que *Légate* ha hecho un gran trabajo en las ramas de la ciencia y la política. Pero yo siempre supe que Fredrick Slater era un hombre sin escrúpulos. Conforme *Légate* fue creciendo en poder y reputación, Slater llegó a convencerse a sí mismo de que estaba por encima de la ley. Nadie podía interponerse en su camino. Y quería un heredero

adecuado para su imperio.

—Charlie.

—En efecto. Cuando oí que mi hija estaba participando en un experimento de fertilización artificial, intenté disuadirla. Incluso hablé con Claudette, que por cierto, me mandó al infierno... Luego, cuando nació Charlie, pedí un par de favores a unos colegas médicos que conocía. Conseguí los análisis de ADN de los tres. Y lo supe —se sirvió más café—. Anya y Jeremy eran buenos candidatos para el experimento. Muy inteligentes los dos. Nadie se sorprendió del coeficiente de Charlie. Yo intenté decírselo. Pero cuando fui a verla y vi lo mucho que adoraba a su hijo... Ya no pude.

Román lo comprendía perfectamente. A él le había pasado lo mismo. Conocía el secreto del nacimiento de Charlie desde hacía cerca de dos meses y no le había dicho nada a Anya. No había querido hacerle daño.

—¿Cree que Jeremy lo sabía?

—Jeremy era bioquímico, estaba familiarizado con la ciencia médica. Conocía los hechos, los datos, las altísimas probabilidades que jugaban en su contra a la hora de concebir hijos. Sospecho que optó por creerse el milagro y despreocuparse de la verdad.

De repente a Román se le ocurrió algo:

—Quizás descubrió la verdad. Quizás fue por eso por lo que fue asesinado.

Wade se lo quedó mirando fijamente:

—Creo que ya es hora, Román Alexander, de que tú y yo pongamos nuestras cartas sobre la mesa.

—Se refiere a la epidemia de Topaku, supongo.

—Supones bien.

—¿Por qué debería confiar en usted?

Wade soltó una carcajada:

—Yo soy todo lo que tienes, Román. Tú quieres sacar a Charlie de *Légate*, ¿no?

—Sí. Quiero que Anya y Charlie estén juntos.

—¿Y crees que la CÍA os va a ayudar? —inquirió con una mueca despectiva—. ¿Crees que Anya les importa algo?

«*A Maureen, sí*», pensó Román. La agente pelirroja tenía un corazón más blando que la mantequilla. Pero no era ella quien daba las órdenes. Y la CÍA quería pruebas sólidas que usar en un tribunal.

—Reconócelo —insistió Wade—. No puedes esperar a que la CÍA se

decida a actuar. No tienes tiempo.

A su espalda, Román oyó que alguien se acercaba. Era Anya.

—Quiero a mi hijo. Ahora.

Tenía ojeras y estaba terriblemente pálida. Entró con paso decidido en la cocina, sacó una silla y tomó asiento.

—¿Qué es lo que has escuchado de nuestra conversación? —le preguntó su padre.

—Lo suficiente para saber que según tú, Jeremy pudo ser asesinado porque sabía lo de los padres biológicos de Charlie —se sirvió media taza de café—. Empecemos a partir de aquí.

Román sentía la necesidad de explicarse, de disculparse con ella. Debería decirle que lamentaba haberle ocultado el secreto del nacimiento de Charlie. O que lamentaba aún más haber tenido que ser él quien se lo dijera.

Cuando miró a Wade, al otro lado de la mesa, vio sus propios pensamientos reflejados en su mirada. Ninguno de los dos sabía cómo lidiar con aquella mujer que había sufrido la pérdida de su marido y se enfrentaba ahora con la de su hijo.

—Dejemos una cosa clara —miró fríamente a uno y a otro—. Charlie es mi hijo. No me importan las pruebas de ADN. Yo soy su madre.

Semejante demostración de coraje no pudo menos de conmovier a Román.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Devolverme a mi hijo.

Asintió, solemne. Haría lo que fuera para satisfacer su exigencia. Le devolvería a Charlie o moriría en el empeño.

—Si seguimos los canales legales —terció Wade—, eso podría llevarnos un tiempo. Pero conozco a abogados muy buenos que...

—No me basta. Quiero recuperar a mi hijo hoy mismo.

—Eso es imposible —afirmó su padre—. Charlie está en *Légate*, y ambos sabéis que ese lugar es una fortaleza, ¿verdad, Román?

—Sí.

—Además, lo primero es lo primero. Necesitamos aclarar el misterio de la epidemia de Topaku. Román, estábamos a punto de poner nuestras cartas sobre la mesa, ¿recuerdas?

—Usted primero. ¿Cómo llegó a descubrir lo que estaba sucediendo allí?

—Tengo una fuente en el interior de *Légate*. No me preguntes por el nombre. No te lo daré.

—¿A eso le llama poner las cartas sobre la mesa?

—Estamos hablando de Topaku —le recordó Wade, terco.

—Bien. Dejémoslo así.

Se abismaron en la conversación, aportando cada cual los datos con que contaba. El virus fue creado y aislado en un laboratorio de París. El laboratorio contactó con *Légate*, supuestamente para crear una vacuna. Pero el verdadero objetivo de *Légate* no era otro que experimentar con humanos, para descubrir si el virus era susceptible de ser utilizado como arma bacteriológica.

—¿Cuáles son sus fuentes? —inquirió Román.

—Científicos que ahora están afiliados al CCV. Debido a sus propios prejuicios, la CÍA no los considera testigos de confianza.

—Topaku reunía al parecer todos los requisitos para un experimento en toda regla —reflexionó en voz alta—. Una aldea aislada con un único sistema de abastecimiento de agua; un pozo comunal.

Aringa, el bioquímico africano, había trabajado ocasionalmente para *Légate* en diversos proyectos. Estaba en Topaku cuando el virus apareció de repente. Fue la llegada de un equipo de *Légate* con una vacuna lo que le hizo sospechar que el virus podía haber sido introducido a propósito, con vistas a realizar un experimento, a través del agua del pozo comunal. Envió un breve informe a Jeremy. Y las muestras de agua al doctor Giddons, de *Légate*.

—Aquí es donde se pierde el rastro —señaló Román—. Las muestras desaparecieron.

—¿En qué proyecto estaba trabajando Giddons cuando llegaron aquellas muestras a *Légate*? —le preguntó Wade.

—Trigo. Estaba trabajando en una variedad de trigo manipulada genéticamente. Cuando llegaron las muestras, Giddons ni siquiera estaba en *Légate*.

—Por lo que es fácil que otra persona hubiera accedido a las muestras para destruirlas.

—No, eso no ocurrió —Román conocía bien los procedimientos de tratamiento de esos materiales—. Cuando se reciben en *Légate* sustancias de ese tipo, se trasladan de inmediato a un laboratorio y se aíslan convenientemente. Allí permanecieron en frío durante días, esperando a que volviera Giddons. Los registros demuestran que él llegó a revisarlas.

—Pero ahora ya no están —terció Anya, decepcionada—. Y no tenemos forma alguna de demostrar que existieron alguna vez.

—Excepto por la nota del almacén —apuntó Román.

Los tres se quedaron callados. El sol ya se estaba levantando. La luz del amanecer se filtraba por las rendijas de las persianas. Wade se levantó de la mesa, estirando los músculos.

—Voy a preparar más café.

Román miró a Anya, pensando que no quería volver a separarse de ella nunca más. Quería pasar cada noche abrazándola, y despertarse a su lado cada mañana para ver su melena rubia derramada sobre la almohada...

—¡Ya lo tengo! —exclamó Wade—. Tenemos una prueba. Una prueba irrefutable —apoyando ambas manos sobre la mesa, se apresuró a explicarse—: Supón, Román, que Giddons analizó las muestras y descubrió la existencia del virus en el agua. ¿Qué es lo que haría a continuación?

—Informar de ello a Slater.

—Y Slater sabría que esos análisis demostraban que el virus fue inoculado deliberadamente.

—¿Estás sugiriendo que Slater hizo volar el edificio para matar a Giddons y destruir esos análisis? Sí, eso me lo puedo creer. Pero... ¿Dónde está la prueba?

—¿Y si cometió algún error a la hora de manipular las muestras? —Wade planteó la pregunta como si fuera un profesor, esperando a que sus propios alumnos descubrieran la verdad—. ¿Y si él mismo llegó a infectarse con el virus?

—Es posible —reconoció Román.

—Por lo que yo sé, ese virus procede de un grupo de Filoviridae de efectos no inmediatos. El contagio se produce mediante una exposición directa y prolongada. Por ejemplo, trabajando en un laboratorio.

Román recordó sus últimos momentos con Jeremy. Estaba enfermo, tosiendo. Le había dicho que había un virus circulando por el laboratorio. Había más gente enferma. Todos habían sido infectados por el virus.

—Slater tenía que volar el edificio entero —pronunció Román—, para evitar la extensión del virus.

—Seguro que por aquel entonces, ya estaba vacunando a la gente.

—Es verdad.

—Esperad un momento... —los interrumpió Anya, frunciendo el ceño—. Yo sigo sin ver dónde está esa prueba...

—Jeremy estaba infectado —dijo Román—. Pero se suponía que ese virus nunca habría debido estar en una instalación de *Légate*. Sólo pudo haberse contagiado de una forma: A través de las muestras del agua de

Topaku. Esa es nuestra prueba.

—¡Claro! Y la evidencia del virus aún seguirá en sus restos... Quieres que exhume el cuerpo de mi marido —era una decisión muy dolorosa, pero no dudó en tomarla—. Román, por favor, informa a Maureen de todo esto. Estoy segura de que la CÍA podrá prepararme los papeles necesarios para que firme cuanto antes una solicitud de exhumación.

—¿Lo veis? Todo va a salir bien —afirmó Wade—. *Légate* será cerrado. Y tú, hija mía, recuperarás a Charlie antes de que te des cuenta.

—Ni siquiera eso es lo suficientemente pronto —con los ojos brillantes, Anya se volvió hacia Román—. Si hay alguien capaz de burlar a la seguridad de *Légate*, ése eres tú.

—Espero que no me estés sugiriendo que entre allí a la fuerza...

—No te estoy sugiriendo nada. Te lo estoy exigiendo. Me mentiste y me utilizaste. Debido a todo lo que me ocultaste, no estuve preparada para lo que pasó en Chinatown. ¡Maldita sea, Román! He perdido a mi hijo. Ahora eres tú quien tiene que devolvérmelo.

No intentó defenderse contra su furia, pero tampoco bajó la mirada. Se la sostuvo, ansiando distinguir en sus ojos una sombra de vacilación, de perdón incluso. Pero no vio nada parecido. Lo despreciaba. Asintió lentamente con la cabeza.

—Volveré con Charlie.

—Y cuando todo esto haya terminado —añadió ella—, cuando mi hijo vuelva a estar a mi lado... No quiero volver a verte... Jamás.

Capítulo 19

A las siete cuarenta y ocho minutos de la tarde, Román se arrastraba por las rocas de la costa, acercándose a la estrecha playa de arena de la finca de *Légate*, donde solía correr todas las mañanas. La luna estaba empezando a salir, reflejándose en las oscuras aguas.

Detrás de él, Anya respiraba a jadeos, agotada por el esfuerzo. No debería estar allí. No estaba en forma para emprender aquel asalto. Pero Román había sido incapaz de convencerla de que se quedara. Cuando llegó a las rocas del mismo borde de la playa, se detuvo y miró su reloj.

—Ocho minutos.

El tiempo era crucial. Maureen lo había dispuesto todo para que a las ocho en punto *Légate* se quedara sin energía eléctrica. Aunque un generador de emergencia empezaría a trabajar a los pocos segundos, el sistema de seguridad informático quedaría desactivado durante al menos veinte minutos. Tiempo suficiente para que Román y Anya rescataran a Charlie.

A las ocho y diez minutos se produciría otra distracción, cuando Maureen y otros cuatro agentes, incluidos dos expertos del Centro de Control de Enfermedades, se presentaran en la puerta de *Légate* con una orden de registro de sus archivos. Y facultados, además, para revisar las condiciones de almacenaje de sus productos biotecnológicos. Eso mantendría a Slater suficientemente ocupado.

En teoría, Anya y Román deberían escapar de allí antes de que el sistema de seguridad volviera a activarse.

—Dímelo otra vez —le susurró Anya—. ¿Qué es lo que hacemos a las ocho?

—Cruzar la playa. Subir los ochenta y siete escalones del acantilado. Y entrar en la casa.

—¿A cuánto está de lejos?

—Un par de kilómetros.

Contempló su pálido rostro, enmarcado por el gorro de lana negro con el que se había recogido su melena rubia. Aunque no dudaba de su determinación, no estaba muy seguro de que pudiera soportar un esfuerzo físico semejante.

—Es mejor que te quedes aquí. Cuando el sistema de seguridad vuelva a funcionar, nos localizarán fácilmente.

—Charlie es mi hijo. Podré hacerlo.

—Mira, sé que estás enfadada conmigo, pero...

—La palabra «*enfado*» no describe bien lo que siento.

—Tienes que confiar en mí. Si te metes en problemas, será peligroso para todos. Para Charlie y para ti.

—No cometeré ningún error.

La decisión era suya, y tenía que aceptarla. En el fondo, estaba admirado. Era una mujer fuerte y valiente. Reunía todas las cualidades que había deseado en una compañera. En aquel preciso instante, mientras contemplaba sus finos rasgos, memorizándolos, se negaba a creer que su relación hubiera terminado. Anya era el tesoro de su vida. La necesitaba tanto como el aire que respiraba. Desenfundó su pistola de la sobaquera.

—Hay algo más que tengo que decirte antes de que empiece todo esto...

—No.

—Puede que sea mi última oportunidad, así que te lo diré, te guste o no. Si te escondí el secreto de la filiación de Charlie, no fue para hacerte daño. Fue precisamente para ahorrarte más dolor.

—¿Por qué?

—Porque... —le alzó la barbilla—. Te amo —antes de que tuviera oportunidad de decir algo, volvió a consultar su reloj—. Las ocho. Vamos.

Salió a la playa y empezó a correr hacia las escaleras a toda velocidad. Anya se cayó una vez, y Román tuvo que esperar durante diez valiosos segundos a que lo alcanzase. Luego empezó a subir. Ochenta y siete escalones de madera, resbaladizos por la fina niebla. Había que tener cuidado con cada paso.

Una vez arriba, se puso a cubierto. Aunque el sistema de seguridad debería estar desconectado, no quería arriesgarse a que lo descubrieran. Anya seguía subiendo, agotada. Cuando sólo le faltaban tres escalones para llegara arriba, resbaló. Consiguió agarrarse a la barandilla, ahogando un grito.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

—Me he torcido el tobillo.

Román agradeció la oportunidad de aquel accidente. Ahora, por fuerza, tendría que mantenerse al margen.

—Baja otra vez y espérame en las rocas.

—Puedo hacerlo.

—No puedes. Con tu actitud, pondrás en peligro toda la operación de rescate. He dicho que vuelvas.

—¿Román?

—¿Qué?

—¿Me amas de verdad?

—Con todo mi corazón.

Y echó a correr. Los guardias de seguridad estarían vigilando el sendero de asfalto, pero sabía dónde se hallaban apostados. Aquel terreno le resultaba muy familiar. Conocía cada árbol, cada roca.

Cuando se acercó un vigilante armado, se escondió tras un matorral. No lo atraparían. No podía consentirlo. Se estaba jugando demasiado. Transcurrió un minuto entero. El único punto débil de su plan era la presunción de que Charlie estaría en la casa. Si Slater lo había instalado en la mansión o en algún edificio aledaño, no tendría tiempo para buscarlo.

El vigilante desapareció y Román echó a correr de nuevo. Había luz en las ventanas de la casa de Anya. Alguien estaba con Charlie. Rezó para que no fuera Slater. Cuando se estaba acercando sigilosamente al porche, oyó una voz:

—No te muevas.

Oyó el inequívoco click del seguro de una pistola y se giró lentamente. Era Harrison.

—Has venido a por Charlie, ¿verdad?

—Ese niño tiene que estar con su madre.

A pesar de lo sucedido en San Francisco, Román no tenía a Harrison por un esbirro sin escrúpulos. A lo largo de los últimos meses, el vigilante había llegado a encariñarse mucho con la madre y con el hijo. De repente bajó el arma.

—Dile a Anya que lo siento.

Román entró en la casa por la puerta principal. Claudette se hallaba sola, en el salón. Por primera vez desde que la conoció, parecía triste, compungida. Se levantó nada más verlo.

—¿Se encuentra Anya a salvo? ¿Está bien?

—Lo estará tan pronto como recupere a su hijo.

Charlie bajó en aquel momento las escaleras. Cuando vio a Román, entornó los ojos, desconfiado.

—¿Qué le has hecho a mi mamá?

—Te está esperando, Charlie. Ven conmigo.

—No —gritó—. Te odio.

La lanzó algo. El amuleto del dragón. Román lo recogió del suelo y se lo guardó en el bolsillo.

—Ven conmigo, Charlie —insistió—. Voy a llevarte con tu madre.

—¡No! El señor Slater dice que eres malo.

No había tiempo para explicaciones. El sistema de seguridad de alarma no tardaría en volver a funcionar. Claudette se acercó al niño:

—Escúchame, jovencito. Vas a acompañar a Román. Ahora mismo.

—Pero el señor Slater dice...

—El señor Slater es un canalla. Y ahora vete.

Pero el niño seguía negándose, y Román tuvo que llevárselo en brazos. Demasiado problemático para una fuga teóricamente sigilosa.

Fuera, en el porche, ambos se quedaron paralizados al ver a Anya. Iba montada a pelo en una yegua moteada llamada Pegaso, la favorita de Charlie. Román sintió que el pecho se le hinchía de orgullo. Su tenacidad era asombrosa. Aquella mujer valía su peso en oro.

—¡Mamá!

—Sube, corazón.

Román alzó al crío. Su plan había sido volver por donde habían venido, pero ahora tendrían que improvisar.

—Dirígete a la puerta de la mansión —le sugirió—. Maureen estará allí.

Anya montó a su hijo delante, abrazándolo.

—Hay espacio para otra persona.

—No, así irás más rápido. Nos vemos luego.

—Quiero que te vengas conmigo.

Anya fue perfectamente consciente del doble significado de su frase. Quería que Román se quedara con ella y con Charlie... Ahora y siempre. Aunque no había tenido intención alguna de perdonarlo, no podía arrojar por la borda aquellos últimos meses que habían pasado juntos. Cuando Román le habló antes de amor, creyó en sus palabras. Jamás había pretendido herirla, hacerle daño. Estaba absolutamente convencida de ello.

—Por favor... —le pidió—. Vente con nosotros.

—De acuerdo.

Pero en lugar de subir a la yegua, agarró las riendas y corrió delante de ella. Anya luchaba por sobreponerse al dolor del tobillo, abrazando con fuerza a su hijo. Porque era su hijo.

—Agárrate a las crines, Charlie.

Se detuvieron cerca de la mansión. Entre las sombras, logró distinguir las siluetas de varios guardias. Parecía que se había producido una conmoción en la puerta principal.

—A partir de aquí tendremos que continuar a pie —sugirió Román.

El tobillo seguía doliéndole. No estaba roto, pero la lesión era grave y no sabía si podría apoyar su peso en él.

—¿No podemos seguir a caballo? Los vigilantes no nos dispararán. Nos conocen.

Román desvió la mirada hacia Charlie.

—No quiero correr ese riesgo.

Una vez que bajó al niño, alzó los brazos hacia ella. La luz de la luna arrancaba reflejos a su pelo negro. A pesar de todo lo sucedido, sus labios esbozaban una sonrisa de ánimo. Aceptó su ayuda. Era su hombre, su compañero...

Nada más tocar el suelo, ahogó un gemido de dolor.

—Apóyate en mí —susurró Román—. Entraremos por la puerta trasera.

Se obligó a caminar, cojeando. Charlie se colocó al otro lado.

—Mamá, estás herida...

—Shhh, Charlie... Baja la voz. No podemos hacer ningún ruido.

La fachada trasera de la mansión estaba fuertemente iluminada, y Anya sospechó que aquel último tramo iba a ser muy peligroso. Como si alguien le hubiera leído el pensamiento, las sirenas empezaron a sonar. El sistema de seguridad y alarma había vuelto a activarse. Las cámaras de videovigilancia funcionaban de nuevo.

Había un guardia armado apostado justamente en la puerta. Román retrocedió.

—Tenemos que escondernos.

—El laberinto —sugirió Charlie.

Los altos setos del laberinto se levantaban a su espalda. Era un buen escondite.

—Tiene razón —dijo Anya.

Román se volvió hacia el pequeño:

—Guíanos tú.

Sin cometer un solo error, Charlie los llevó al centro del laberinto. Anya se sentó en el borde de la fuente de mármol y se refrescó la cara con el agua fría. Cuando alzó la mirada, vio que Charlie la estaba mirando. Tenía una expresión solemne, preocupada.

—Te pondrás bien. Ya lo verás.

—Claro que sí, corazón —lo abrazó—. Todos volveremos a estar bien. Como antes.

—No me dejes, mamá. No vuelvas a dejarme nunca más.

—No volveré a dejarte. Te lo juro.

Román, mientras tanto, se había asomado por encima de un seto.

—Algo está pasando.

Anya oyó los gritos, las pisadas de gente corriendo. ¿Se dirigirían hacia allí? Román sacó su teléfono móvil y marcó un número.

—Maureen —dijo en un susurro—. Vamos a entrar en la mansión por la puerta de atrás. No te muevas de la principal. Vamos hacia allí —desconectó la llamada y se volvió hacia Anya—: Si logramos llegar, nos salvaremos.

La distancia hasta la puerta trasera era corta, apenas unos quince metros desde la salida del laberinto, pero parecían kilómetros. Anya ignoraba si podría recorrerlos. Pero tenía que intentarlo. No había otro remedio. Román se asomó una vez más por encima del seto.

—Han dejado la puerta sin vigilancia. Vamos.

Caminó unos pasos, cojeando. No podía. El dolor del tobillo era casi insoportable.

—Vete sin mí. Llévate a Charlie.

—Ni hablar.

La levantó en brazos, sin soltar la pistola.

—No te separes de nosotros, Charlie —le pidió ella.

—De acuerdo, mamá.

Se movieron con rapidez, saliendo del laberinto. Sin vacilar lo más mínimo, Román se dirigió directamente a la mansión. Al llegar a la puerta trasera, presionó con el pulgar el botón de apertura. Estaban dentro. Sin soltarla, caminó por un amplio pasillo que llevaba al vestíbulo principal. ¡Iban a conseguirlo!

El corazón de Anya latía a toda velocidad. Unos cuantos pasos más y aquella interminable pesadilla acabaría por fin. Fue entonces cuando vio a Slater. Su fugaz esperanza estalló en mil pedazos. Se interponía directamente en su camino, esgrimiendo una pequeña pistola.

—Ya es suficiente.

Desde donde estaban, Anya podía ver una esquina del vestíbulo principal... Y escuchar a lo lejos el eco de una acalorada discusión.

—Ríndete —pronunció Román—. Has perdido, Slater.

—Yo nunca pierdo.

Dejó a Anya en el suelo, escondiendo en todo momento el arma detrás de su espalda.

—Por aquí —dijo Slater mientras abría la puerta del comedor—. Moveos.

Román se dirigió a ella:

—Haz lo que dice.

—Sabia decisión —comentó Slater—. No hay razón para que nadie resulte herido.

Román ayudó a Anya a pasar a una inmensa habitación de techos altos, llena de mesas y de sillas de diversos estilos, y la hizo sentarse. Slater cerró la puerta a su espalda y se volvió hacia ellos. Tosió. Tenía un aspecto lamentable. Llevaba los primeros botones de la camisa abiertos, revelando la hinchazón del cuello. Román reconoció los síntomas. Estaba pálido como la cera, del mismo color gris apagado que había tenido Jeremy cuando contrajo el virus.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró. Slater estaba contagiado—. ¿Qué has hecho?

—*Légate* es mi creación —pronunció con voz ronca—. Yo convertí este patético instituto en un poder mundial. Mi poder.

Estaba delirando, febril. Cada paso que daba le costaba un inmenso esfuerzo.

—Necesitas un médico —afirmó Román.

—Eso te gustaría, ¿eh? Encerrarme en un hospital para que tú pudieras asumir todo el control —se llevó una mano al bolsillo del chaleco y sacó un tubo de ensayo—. ¡Aquí está! Esto es lo que habías estado buscando, ¿verdad? La muestra de agua infectada de Topaku.

—¿Dónde estaba?

—En mi caja fuerte. Detrás del Degas.

Román se preguntó cómo podía haber sido tan estúpido. Por fuerza tenía que conocer el procedimiento tan estricto que regía para manipular ese tipo de sustancias...

—¿Por qué no te deshiciste de ella?

—Es mía. La llevo siempre conmigo. Infectaré todo este lugar. Lo cerraré. Sin mí, *Légate* ya no valdrá la pena.

—Todavía tienes tiempo. Podrías...

—¡Calla! —bajó sus ojos enrojecidos, fijándolos en Charlie—. Ven aquí, hijo mío. No tengas miedo.

—Estás enfermo —murmuró el pequeño.

—Pero tú no te contagiarás —le aseguró—. El mismo día que llegaste a *Légate* te hice vacunar.

—Yo no te di permiso... —replicó Anya.

—En el colegio pasan tantas cosas de las que no tienes ni idea...

Se apoyó en una mesa, respirando trabajosamente.

—Pero tú no te vacunaste —dijo Román. Conocía a la perfección su historial médico—. No podías, a causa de tus alergias.

—Exactamente —se irguió—. Pero me recuperaré. Existe un tratamiento. Lo descubrí a última hora, cuando ya era demasiado tarde para esos pobres diablos de Topaku.

—¿Existía un tratamiento de cura? —Anya se tensó en su silla—. Pudiste haber curado a Jeremy, pero decidiste matarlo...

—No podía dejar detrás ninguna prueba —esbozó una mueca de desprecio—. Vamos, Charlie. Tú y yo vamos a hacer un viaje. Iremos a sitios maravillosos. Continuaremos con tu educación.

Charlie retrocedió varios pasos.

—¿Tú mataste a mi papá?

—Algún día lo comprenderás. *Por el mayor bien*. Ese es nuestro lema.

—Charlie —le dijo Román—. Quiero que hagas lo que voy a decirte. Corre hasta el fondo de la habitación y escóndete.

El niño se volvió hacia él, con el rostro bañado en lágrimas.

—Por favor... —le suplicó su madre—. Escóndete, Charlie.

—No les escuches —tronó Slater—. A ti no te gusta Román. Él no quiere que desarrolles todo tu potencial.

De repente el niño echó a correr con la rapidez del rayo y desapareció detrás de las mesas del inmenso salón. Roma se colocó entonces delante de Anya y apuntó a Slater con su pistola.

—Suelta el arma.

Slater tosió. Con su mano libre, se enjugó el sudor de la frente.

—Ves lo que tengo en la mano, ¿verdad? Esta pequeña pistola es una maravilla tecnológica. Puedo atravesarte de un disparo y matar también a Anya.

Román había visto antes aquel prototipo. Sabía que no estaba mintiendo.

—Lo haré, no tengas la menor duda. No tengo nada que perder.

—Te equivocas —replicó Román—. Matándonos a sangre fría perderás tu humanidad, si es que no la has perdido ya. ¿Qué es lo que te ha pasado?

Levantaste un imperio fundamentado en la búsqueda del «*mayor bien*», ¿recuerdas?

—Claro que sí. Y lo mantengo —se tambaleó levemente, pero el pulso no le tembló—. Todo lo que he hecho redundará en beneficio de la humanidad. Tú no eres capaz de darte cuenta. Tienes la mente demasiado estrecha.

A su espalda, la puerta del comedor se abrió de pronto. Era Jane Coopersmith. Slater apenas la miró.

—Menos mal que has venido. Busca al chico. Está escondido entre las mesas.

—Lo sé —repuso Jane—. Estoy al tanto de todo lo que ocurre en esta casa.

La mujer abrió entonces más la puerta... Y Wade Bouchard entró tras ella.

—¡Papá! —exclamó Anya.

Wade no había querido participar en su plan de asalto a la mansión. No era su estilo. Él prefería trabajar en la sombra, a su manera.

—Bueno, bueno... Parece que hemos atrapado al oso en su guarida.

—Acércate —le pidió Slater, burlón—. Soy todo tuyo.

—No lo toques —le advirtió Jane—. Tiene el virus.

—¿Cuál era tu plan? Supongo que pretendías infectar todo el complejo y escapar con el chico, ¿verdad?

—Eres un viejo estúpido.

—Tal vez... —admitió Wade—. Pero tú lo eres aún más. Porque están a punto de atraparte.

—A mí nunca me atraparán.

Slater volvió el arma contra sí mismo y se encañonó la sien. El disparo sería mortal de necesidad.

Pero Román no podía permitirlo. No quería que se suicidara. Era un final demasiado fácil. Slater debería purgar todo el dolor y el daño que había causado, incluido el asesinato de Jeremy.

Apuntó rápidamente y lo acertó en el brazo, obligándolo a soltar la pistola. Slater se tambaleó una vez más, pero no llegó a caer al suelo. Dos hombres vestidos de negro irrumpieron en aquel instante en el comedor. Ya se lo estaban llevando de allí cuando apareció Maureen.

—Que no se vaya nadie —ordenó—. Estamos todos en cuarentena.

Román se arrodilló frente a Anya, tomándole las manos entre las suyas.

—¿Cuarentena? Me temo que nos hemos vuelto a quedar atrapados aquí.

Sacudió la cabeza lentamente, resignada.

—Yo ya me había hecho a la idea de que nunca escaparía de *Légate*...

—Ni de mí. Porque siempre me tendrás a tu lado.

Charlie corrió a abrazarla.

—Tranquilo, corazón. Ya ha pasado todo. Estamos a salvo.

Se abrazaron los tres. Juntos formaban una especie de islote de calma en el caos en que se convirtió el comedor, con Wade protestando por la cuarentena, acompañado de la silenciosa Jane Coopersmith, y Maureen dando órdenes a sus agentes y a los miembros del Centro para el Control de Enfermedades. Con un suspiro, Anya se apoyó contra el pecho de Román. Exhausta, era consciente de que la estaban abandonando sus últimas fuerzas.

—¿Todavía no hemos tenido suficiente diversión? —le preguntó, irónica.

Por toda respuesta, una deliciosa sonrisa iluminó el rostro de Román. Anya abrazó con fuerza a Charlie. Aquella era su familia. Lo que siempre había querido.

—Te amo.

—Y yo a ti, Román.

Charlie aprovechó para intervenir:

—Román... ¿Podrías devolverme mi dragón?

—Por supuesto —se lo puso en la mano—. Nos ha traído buena suerte.

—¿Sabes? Ya no te odio. Tú has cuidado muy bien de mamá y de mí.

—A partir de ahora, todos cuidaremos de todos.

Anya le sonrió, emocionada. Había recorrido un largo y duro camino para alcanzar la felicidad. Y ahora que la había encontrado, no estaba dispuesta a dejarla escapar.

—Dímelo otra vez.

—¿Que te amo?

—Eso. Yo también te amo.

Y supo, sin género de duda o de temor, que estarían juntos. Toda la vida.

Fin